

Olivier Guez

# LA DESAPARICIÓN DE JOSEF MENGELE



Desde 1949, año en que llegó clandestinamente a Argentina, y hasta su muerte en 1979, Josef Mengele, bajo otros nombres (pero por un tiempo con el suyo), se escondió, o vivió «discretamente», en Argentina, Paraguay y Brasil. Sostenido económica y moralmente por su familia desde Alemania o por oportunos «protectores» filonazis, y protegido por Perón y Stroessner (entre otros), el médico que en Auschwitz cometió atrocidades sin número nunca fue detenido ni juzgado, a pesar de que lo buscaban el Mosad y Simon Wisenthal. Soberbio, vanidoso y convencido hasta el final de haberse sacrificado por Alemania y la humanidad, el llamado Ángel de la Muerte trató de llevar una vida corriente (casarse, tener hijos, trabajar), e incluso regresó en dos ocasiones a Europa, hasta que se convirtió en un claustrofóbico prisionero de sus propias esperanzas.

El relato frío, preciso y esclarecedor de sus pasos hasta el fin de sus días, y de todas las complicidades personales y políticas que explican por qué nunca pagó por sus crímenes, dibuja un retrato muy difícil de olvidar.



Olivier Guez

# **La desaparición de Josef Mengele**

ePub r1.0

Titivillus 09.12.2018

Título original: *La disparition de Josef Mengele*

Olivier Guez, 2017

Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



En memoria de Ada y Giuditta Spizzichino,  
Grazia Di Segni y Rossanna Calò

Tú que hiciste tanto daño a un hombre sencillo  
soltando una carcajada al verlo sufrir,  
no te creas a salvo  
pues el poeta recuerda.

Czesław Miłosz

# **Primera parte**

## **El pachá**

La felicidad solo se encuentra en lo que agita, y lo único que agita es el crimen; la virtud [...] no puede nunca conducir a la felicidad.

Sade

El North King surca el agua cenagosa del río. Los pasajeros, que han subido a cubierta, escrutan el horizonte desde el amanecer, y ahora que las grúas de los astilleros y la línea roja de los tinglados perforan la bruma, unos alemanes entonan un canto militar, unos italianos se persignan y unos judíos rezan, pese a la llovizna, unas parejas se besan, el transatlántico arriba a Buenos Aires tras una travesía de tres semanas. Solo en la borda, Helmut Gregor cavila.

Esperaba que acudiera a buscarlo una lancha de la policía y así evitar los incordios de la aduana. En Génova, donde ha embarcado, Gregor ha suplicado a Kurt que le haga ese favor, se ha presentado como un científico, un genetista de altos vuelos, y le ha ofrecido dinero (Gregor tiene mucho dinero), pero el intermediario se ha zafado sonriendo: los favores de esa índole se reservan para los peces gordos, para los dignatarios del antiguo régimen, raramente para un capitán de las SS. Aun así, enviará un cable a Buenos Aires, Gregor puede contar con él.

Kurt se embolsó los marcos pero la lancha no ha aparecido. De modo que Gregor aguarda en el gigantesco vestíbulo de la aduana argentina con los demás emigrantes. Sostiene con firmeza dos maletas, una grande y otra pequeña, y observa a su alrededor a la Europa del exilio, las largas filas de personas anónimas, elegantes o desaliñadas, de las que se ha mantenido apartado durante la travesía. Gregor ha preferido contemplar el océano y las estrellas o leer poesía alemana en su camarote; ha pasado revista a los últimos cuatro años de su vida, desde que abandonó Polonia a la desesperada en enero de 1945 y se diluyó en la Wehrmacht para



escapar de las garras del Ejército Rojo: su internamiento durante unas semanas en un campo norteamericano de prisioneros, su liberación gracias a su documentación falsa a nombre de Fritz Ullmann, su escondite en una florida granja de Baviera, no lejos de Günzburg, su ciudad natal, donde cortó heno y seleccionó patatas durante tres años haciéndose llamar Fritz Hollmann, después su huida en Semana Santa, dos meses atrás, la travesía de las Dolomitas por caminos sembrados de contrabandistas, la llegada a Italia, a Tirol del Sur, o Alto Adigio, donde pasó a ser Helmut Gregor, a Génova por fin, donde el bribón de Kurt le facilitó las gestiones ante las autoridades italianas y la emigración argentina.

## 2

El fugitivo tiende al funcionario de aduanas un documento de viaje de la Cruz Roja Internacional, una autorización de desembarco y un visado de entrada: Helmut Gregor, 1,74 metros de altura, ojos castaño verdoso, nacido el 16 de agosto de 1911 en Termeno, o Tramin en alemán, municipio de Tirol del Sur, ciudadano alemán de nacionalidad italiana, católico, mecánico de profesión. Dirección de Buenos Aires: calle Arenales 2460, barrio de Florida, c/o Gerard Malbranc.

El aduanero inspecciona su equipaje, la ropa meticulosamente doblada, el retrato de una mujer rubia de rasgos delicados, libros y algunos discos de ópera, y hace una mueca al descubrir el contenido de la maleta pequeña: jeringuillas hipodérmicas, cuadernos de anotaciones y dibujos anatómicos, muestras de sangre y de células: un poco extraño para un mecánico. Llama al médico del puerto.

Gregor se estremece. Ha corrido riesgos descabellados para conservar el maletín comprometedor, fruto inestimable de años y años de investigaciones, toda su vida, que se llevó consigo cuando abandonó precipitadamente su puesto en Polonia. Si los soviéticos lo hubieran capturado en posesión de aquello, lo habrían ejecutado sin mediar juicio alguno. De camino hacia el oeste, en la primavera de 1945 de la gran debacle alemana, se lo confió a una enfermera comprensiva, con la que se reunió posteriormente en el este de Alemania, en zona soviética, un periplo demencial tras su liberación del campo estadounidense y tres semanas de viaje. Después se la traspasó a Hans Sedlmeier, su amigo de la infancia y hombre de confianza de su padre, industrial de profesión; Sedlmeier, con quien se vio regularmente en los bosques que rodeaban la granja donde se enterró durante tres años. Gregor no habría abandonado Europa sin su maletín: Sedlmeier se lo devolvió antes de su marcha a Italia con un grueso sobre lleno de dinero, y ahora un estúpido de uñas mugrientas lo está echando todo por la borda, piensa Gregor, mientras el médico del puerto inspecciona las muestras y las anotaciones hechas con apretada letra gótica. Como el médico no entiende nada, interroga a Gregor en español y este le contesta en alemán; el mecánico le habla de su vocación de biólogo aficionado. Los dos se miden con la mirada y el médico, que tiene ganas de irse a comer, con un gesto le indica al aduanero que puede dejarlo pasar.

Aquel 22 de junio de 1949, Helmut Gregor ha alcanzado el santuario argentino.

En Génova, Kurt le había prometido que en el puerto lo esperaría un médico alemán que lo conduciría a casa de Malbranc, pero el intermediario ha vuelto a engañarlo.

Gregor da mil vueltas bajo la lluvia, tal vez su contacto ha pillado un atasco. Escruta los muelles, el trajín de los estibadores, las familias reunidas que se eclipsan sonriendo, las pilas de cuero y los fardos de lana de las zonas de los cargueros. Ningún médico alemán a la vista. Gregor consulta su reloj, gime la sirena de un barco frigorífico, Gregor, angustiado, duda en correr a casa de Malbranc, pero decide esperar, es más prudente. Pronto es uno de los últimos pasajeros del North King, que sigue en el muelle.

Dos calabreses cargados como mulas le proponen compartir un taxi. Gregor se sorprende yéndose con los piojosos; ese primer día en tierra sudamericana no le apetece quedarse solo, y, además, no tiene adónde ir.

## 4

En el hotel Palermo, comparte una habitación sin lavabo ni servicios con sus acompañantes, que se burlan de él: Gregor, el tirolés del sur, no sabe ni una palabra de italiano. Maldice su elección, pero asume la situación en que se halla, acepta unas lonchas de salchichón con ajo y se duerme exhausto, con el maletín fuertemente encajado entre la pared y él, a salvo de la codicia de los dos hombres.

A la mañana siguiente, está al pie del cañón. En casa de Malbranc, nadie contesta al teléfono: sube a un taxi, deja el maletín en la consigna de la estación de tren y se dirige a una calle tranquila del barrio de Florida. Gregor llama a la puerta de una espaciosa villa de estilo neocolonial. Regresa al cabo de una hora, llama de nuevo

a la puerta, después telefonea tres veces, en vano, desde el café en que ha buscado refugio.

Antes de abandonar Génova, Kurt le ha facilitado un segundo contacto en Buenos Aires: Friedrich Schlottmann, un hombre de negocios alemán, dueño de una floreciente empresa textil. En 1947, Schlottmann financió la exfiltración de aviadores e ingenieros del ejército del aire alemán, vía los países escandinavos. «El hombre es poderoso, podrá ayudarte a encontrar un empleo y nuevos amigos», le dijo Kurt.

Al llegar a la oficina central de la Sedalana, Gregor exige ver a Schlottmann, pero este va a estar toda la semana de vacaciones. Ante su insistencia, una secretaria lo conduce ante un responsable de recursos humanos, un germano argentino con traje cruzado cuya pinta le desagrada de inmediato. Gregor es candidato a un puesto de gerente, pero, en vez de eso, el joven de pelo aceitoso le ofrece un trabajo de obrero «muy honorable»: cepillar la lana que llega a diario de Patagonia; es lo que suele dárseles a los camaradas recién llegados. Gregor tuerce el gesto, podría saltar a la garganta de aquel mequetrefe. ¿Él, un hijo de buena familia, con dos doctorados, uno en antropología y otro en medicina, ponerse a frotar, a friccionar tonsuras de corderos en compañía de indios y extranjeros, inmerso en los efluvios de productos tóxicos, diez horas al día, en un suburbio de Buenos Aires? Gregor sale dando un portazo del despacho del empleado y jura retorcerle el pescuezo a Kurt cuando regrese a Europa.

Gregor analiza la situación mientras se toma a sorbos una naranjada. Encontrar un trabajo, aprender cien palabras de español

cada día, echarle el guante a Malbranc, un exagente de la red Bolívar de la Abwehr, los servicios de inteligencia nazis; sobrellevar la situación con paciencia permaneciendo con los dos calabreses aunque podría permitirse un buen hotel. No entiende el dialecto de los meridionales, solo que son veteranos fascistas de la conquista de Abisinia. Unos soldados no lo traicionarán, así que mejor mantener un perfil bajo y sus preciadas divisas, el futuro es incierto, Gregor nunca ha sido temerario.

Avellaneda, La Boca, Monserrat, Congreso..., ante un mapa desplegado, se familiariza con la topografía de Buenos Aires y se siente diminuto ante el damero, insignificante como una pulga, él, que hasta hace poco tenía aterrorizado a todo un Reich. Gregor piensa en otro damero, barracones, cámaras de gas, crematorios, vías férreas, donde pasó sus mejores años como ingeniero de la raza, una ciudad prohibida sumida en el olor acre de carne y pelo socarrados y rodeada de torretas y alambre de espino. En moto, en bicicleta y en coche, circulaba entre las sombras sin rostro, infatigable dandi caníbal, botas, guantes y uniforme deslumbrantes, gorra levemente inclinada. Cruzar su mirada y dirigirle la palabra estaba prohibido; sus propios camaradas de la Orden Negra le temían. En la rampa donde se clasificaba a los judíos de Europa, ellos estaban borrachos, pero él permanecía sobrio y silbaba entre dientes compases de *Tosca* con una sonrisa. No abandonarse nunca a un sentimiento humano. La piedad es una debilidad: con un movimiento del fino bastón, el omnipotente sellaba la suerte de sus víctimas, a la izquierda la muerte inmediata, las cámaras de gas, a la derecha la muerte lenta, los trabajos forzados o su laboratorio, el mayor del mundo, que él alimentaba con «material humano idóneo» (enanos, gigantes, tullidos, gemelos) con la llegada diaria de los convoyes. Inyectar, medir, sangrar; descuartizar, asesinar, practicar autopsias: a su disposición, un zoo de niños cobayas con el fin de desvelar los secretos de la gemelaridad, de producir superhombres y de acrecentar la fecundidad de las alemanas para poblar algún día con campesinos soldados los territorios del Este arrancados a los

eslavos y defender la raza nórdica. Guardián de la pureza de la raza y alquimista del hombre nuevo: después de la guerra le esperaban una formidable carrera universitaria y el reconocimiento del Reich victorioso.

Sangre para el suelo, su demencial ambición, el gran proyecto de Heinrich Himmler, su jefe supremo.

Auschwitz, mayo de 1943-enero de 1945.

Gregor es el Ángel de la Muerte, el doctor Josef Mengele.

## 6

Bruma, lluvias violentas, el invierno austral se apodera de Buenos Aires y Gregor, tumbado en la cama, se deprime, está resfriado. Observa la carrera de una cucaracha surgida de un conducto de ventilación y se estremece bajo las mantas. No se había sentido tan indispuesto desde el otoño de 1944. Los soviéticos se lanzaban al asalto de Europa Central: él sabía que la guerra estaba perdida y no lograba conciliar el sueño, agotado por los nervios. Logró levantar cabeza gracias a su mujer, Irene. Durante el verano ella se presentó en Auschwitz y le mostró las primeras fotos de su hijo, Rolf, nacido unos meses antes, y pasaron unas semanas idílicas. Pese a su ingente tarea tras la llegada de cuatrocientos cuarenta mil judíos húngaros, vivieron una segunda luna de miel. Las cámaras de gas funcionaban a pleno rendimiento; Irene y Josef se bañaban en el Sola. Los SS quemaban a hombres, mujeres y niños en los fosos; Irene y Josef recogían arándanos con los que ella preparaba confituras. Las llamas brotaban de los crematorios; Irene le chupaba el pene a Josef y Josef poseía a Irene. En menos de ocho semanas fueron exterminados más de trescientos veinte mil judíos húngaros.

Cuando a comienzos de otoño Josef había amenazado con venirse abajo, Irene permaneció a su lado. Se habían mudado a un nuevo barracón equipado con bañera y cocina, y tenían testigos de Jehová a su servicio.

Gregor mira el retrato de Irene colocado en la mesita de noche, una foto de 1936, el año en que se conocieron, en Leipzig. Él trabajaba en el hospital universitario, ella estaba de paso, estudiaba historia del arte en Florencia. Un flechazo: la joven tenía diecinueve años, el cabello rubio y el cuerpo delgado, el porte de una Venus de Cranach, su ideal femenino.

Gregor tose y se acuerda de Irene, con un vestido de verano, colgada de su brazo en el Jardín Inglés de Múnich; de Irene embobada en el cupé Opel corriendo por las autopistas del Reich el día de su boda, en vísperas de la guerra. Y Gregor se subleva al contemplar por milésima vez los labios finos de su esposa en la fotografía. Se negó a acompañarlo a Argentina con su hijito, a llevar una vida de fugitiva allende el océano. Mengele figura en la lista estadounidense de criminales de guerra y su nombre ha salido a relucir en varios juicios.

En realidad, Irene se lo ha quitado de encima. Con el paso de los años, en los bosques y en los hostales de los alrededores de su escondite bávaro, Josef la notaba cada vez más distante. Sedlmeier, su padre y sus dos hermanos, Karl y Alois, le contaron que Irene, que lucía un crespón negro, se consolaba con otros hombres. «Para encubrirlo» declaró a la policía militar estadounidense que él había muerto en combate. «La muy perra», gimió Gregor en su buhardilla de Palermo: a su regreso del frente, sus compañeros fueron recibidos como héroes por sus mujeres; la suya se enamoró de un vendedor de zapatos de Friburgo antes de mandarlo al umbral de la nada.

En el aseo del piso de arriba, Gregor, con una toalla anudada a la cintura, admira su vientre liso y su torso lampiño, la suavidad de su epidermis. Siempre ha mimado su piel. Sus hermanos e Irene se burlaban de su vanidad de modistilla, de las horas que se pasaba hidratándose y contemplándose en el espejo, pero él bendice su coquetería, que le ha salvado la vida. Al ingresar en las SS, en 1938, se negó a que le tatuaran su número de inscripción bajo la axila o en el pecho como exigía el reglamento: cuando, acabada la guerra, los estadounidenses lo detuvieron, lo tomaron por un simple soldado y lo liberaron a las pocas semanas.

Gregor se acerca al espejo y examina el arco de sus cejas, su frente ligeramente prominente, su nariz, su boca astuta, de frente y de perfil, y mueve los iris, los ojos engatusadores, y súbitamente severos e inquietantes. Durante mucho tiempo, el ingeniero de la raza aria se preguntó cuál era el origen de su misterioso nombre. Mengele suena como una suerte de pastel de Navidad o de arácnido veloso. ¿Y por qué tenía la tez y el pelo tan mates? En Günzburg, sus compañeros de clase lo habían apodado Beppo el gitano, y, desde que se oculta en Buenos Aires tras un bigote tenebroso, se asemeja a un hidalgo, a un italiano: a un argentino. Gregor sonrío rociándose agua de colonia y descubre un espacio entre sus incisivos superiores. Pese a la derrota y la fuga —con Malbranc todavía en la lista de ausentes—, ha vencido a la fiebre y se le pone tiesa en un periquete. Para ser un hombre de treinta y ocho años a quien la vida y la guerra han vapuleado lo suyo, piensa, sigue siendo seductor. Gregor se peina hacia atrás como William Powell en *Matando en la sombra*, se viste y sale, el cielo luce claro, la brisa del Río de la Plata resulta reconfortante.

Lleva unos días recorriendo Buenos Aires. La colosal avenida del 9 de Julio y su obelisco; Corrientes, sus cabarés y sus librerías; el rascacielos Barolo y los cafés *art nouveau* de la avenida de Mayo; el



césped cubierto de papeles grasientos del parque de Palermo; las arterias hormigueantes del centro, las pastelerías y las lujosas tiendas de la calle Florida. La víspera, observó el relevo al paso de la oca de los granaderos ante la Casa Rosada, el palacio presidencial, el fervor de los curiosos a su alrededor, el respeto de estos al cuerpo militar. El ejército, institución estabilizadora, en Argentina como en todas partes. Solo los alemanes se afanan en destruir sus tradiciones con su culpabilidad colectiva, masculló en el metro que lo trasladaba al tugurio de Palermo.

Por doquier guapas mujeres, flores, perros vagabundos, plátanos y ficus, efluvios de puros y de carne asada, tiendas mejor surtidas que en Europa. Fotos de Alfredo Di Stéfano en camiseta blanca con ribete rojo del River Plate y retratos de Carlos Gardel y de Agustín Magaldi ornan los quioscos de periódicos que exhiben grabados de la Virgen y las portadas de *Sintonía*, la revista de las celebridades y de las estrellas.

Gregor se sube a un tranvía, se pierde entre el tropel de peatones y automóviles; desde su fundación, es una metrópoli abierta a los desertores y los charlatanes. No habla con nadie. Al divisar a unos judíos de barba rojiza, los hijos de los *rusos* que huyeron de los pogromos zaristas de comienzos del siglo XX, cambia de acera. En su mapa, ha rodeado con un círculo rojo el barrio de Villa Crespo y la plaza Once, donde los judíos han abierto sus talleres de confección; teme cruzarse con un espectro de Auschwitz que podría desenmascararlo.

Gregor no se siente demasiado desarraigado. Argentina, en pleno *boom*, es el país más desarrollado de Latinoamérica. Desde que acabó la guerra, la Europa devastada le compra sus productos alimenticios. Buenos Aires rebosa de cines y teatros; los tejados son grises, los colegiales visten severos uniformes. Y como en Alemania en tiempos del Reich, la gente profesa un auténtico culto al *líder* de la nación, un dúo, un oso con un uniforme de opereta y un gorrión engastado en joyas. El redentor y la oprimida: Juan y Evita Perón se exhiben triunfalmente en todos los muros de la capital.

Gregor mata el tiempo elucidando el romance de la pareja en los periódicos. Se conocieron en enero de 1944, en una gala benéfica en favor de los damnificados por el terremoto que, días antes, había asolado San Juan. La joven actriz Eva Duarte se queda cautivada por el coronel Perón, uno de los hombres fuertes de la camarilla de oficiales en el poder, portavoz de los desheredados, deportista emérito, excelente orador, ojos de lince y facciones de indio: Perón ha llamado a la movilización a todo el país para que acuda en ayuda de la ciudad destruida.

Después de la velada, Perón habla en la radio, donde Evita trabaja, y Evita pasa al Ministerio de Trabajo, donde Perón pule su destino. El entusiasmo y la generosidad de ella lo impresionan: la contrata para su secretaría y no tardan en vivir juntos. Evita se entrega a su ascendiente: «Perón, mi sol y mi cielo, cóndor gigante que vuela alto y seguro entre las cumbres y cerca de Dios. La razón de mi vida».

Perón, en plena maniobra, sigue en ascenso. Ya es ministro de la Guerra y vicepresidente del gobierno. Incrementa el presupuesto de las fuerzas armadas, crea un ejército del aire y agita en las ondas de la radio la amenaza de un ataque del vecino brasileño que nunca se producirá. Al finalizar el conflicto mundial, Estados Unidos apremia a la junta militar a convocar elecciones libres. En septiembre de 1945, una gran marcha por la libertad lanza a la calle a los opositores al régimen. Argentina ruge, los oficiales se pelean, los más liberales se deshacen de los nacionalistas, detienen a Perón y lo destituyen de sus funciones. Sus partidarios se movilizan; en respuesta al llamamiento de la Confederación General del

Trabajo, obreros, sindicalistas y vagabundos marchan sobre Buenos Aires y, en la plaza de Mayo, ante las verjas del palacio presidencial, reclaman su liberación y su retorno al gobierno. Perón contrae matrimonio con Evita y a los pocos meses es elegido presidente.

Provincianos, ambiciosos y revanchistas, Evita y Perón se parecen. Él es hijo de las desoladas estepas del estado de Chubut, su padre un fracasado inestable, su madre una mujer voluble; ella, hija ilegítima de un notable bígamo de provincias. Evita aún no ha nacido cuando Perón ingresa en 1911, a los dieciséis años, en un colegio de cadetes militares. Paraná, los Andes, Misiones, la amazónica: el joven soldado explora las vísceras de Argentina en cada uno de sus destinos y descubre a peones reventados de trabajo, a los obreros de los mataderos de Buenos Aires peor tratados que los animales que llevan allí a degollar. Las desigualdades de un país rico, principal proveedor de materias primas a Inglaterra, que, a su vez, dicta su ley: los ingleses controlan la red ferroviaria, los bancos explotan los tesoros de la pampa e inmensos bosques de quebrachos rojos cuyo tanino extraen. Los grandes terratenientes acaparan el poder y celebran suntuosas fiestas. En Buenos Aires se dan la mano palacios y cuchitriles, el teatro Colón y los burdeles de La Boca.

La crisis de 1929 devasta Argentina. Proliferan los parados y los mendigos, las huelgas paralizan el país, bandas anarquistas merodean por la campiña. A Perón se le agota la paciencia. Indiferentes a las desdichas de los ciudadanos, los dirigentes corruptos organizan la penuria, predicán la democracia pero cometen fraude en las elecciones. La década de 1930: fumaderos de opio, escándalos financieros, éter y cocaína, un robo a mano armada. A mediados del infame decenio, Evita, adolescente, desembarca en Buenos Aires para convertirse en actriz.

A la cándida y frágil muchacha la engañan productores sin escrúpulos. Evita se subleva: jamás olvida ni perdona nada. Sueña con sacar violentamente a los traidores de sus inmundas guaridas, con decapitar a los barones del azúcar y de la ganadería

conchabados con los capitalistas extranjeros que pisotean a los humildes como ella. Evita es más fanática y apasionada que Perón.

En 1946 se han hecho los dueños de Argentina, con el apoyo de la Iglesia, los militares, los nacionalistas y los proletarios: la hora de la espada ha llegado.

## 9

Los Perón quieren emancipar Argentina y anuncian una revolución estética e industrial, un régimen plebeyo. El presidente Perón atruena y vitupera, en la radio, ante las masas hechizadas, gesticula y fanfarronea, promete el fin de la humillación, de la dependencia, y una vida maravillosa, el gran salto: es el salvador, el justicialismo peronista logrará que Argentina figure en los libros de historia.

Perón es el primer político que sacude a la vetusta sociedad colonial argentina. Como secretario de Estado, ha mimado a los trabajadores; como presidente, impulsa los servicios públicos con el apoyo de la CGT, integrada en el inmenso aparato estatal. Crecimiento y autosuficiencia, orgullo y dignidad: Perón quiebra los privilegios de la oligarquía, planifica sus sueños de grandeza, centraliza y nacionaliza los ferrocarriles, el teléfono, los sectores estratégicos hasta ahora en manos de los extranjeros.

Evita es el icono de la modernización radical en ciernes. Vestida de gala, la madona de los pobres recibe a delegaciones sindicales, visita hospitales y fábricas, inaugura ramales de carretera, reparte prótesis dentales y máquinas de coser, arroja fajos de pesos por las ventanillas del tren en el que recorre infatigablemente el país. Crea una fundación de ayuda a los descamisados, a todos los desheredados, y propaga el bondadoso mensaje peronista en el

extranjero ante las multitudes que la aclaman. En 1947, durante su Gira del Arcoíris, la reciben el Papa y varios jefes de Estado.

Los Perón, mediadores del pueblo y de la voluntad divina, consolidan el orden nuevo, nacionalista y autoritario. Purgan la universidad, la justicia, la prensa, la administración; triplican los efectivos de los servicios secretos, hombres de gabardina beis y traje oscuro. Perón vocifera: «¡Alpargatas sí; libros no!»: despedido de su puesto en la biblioteca municipal de Buenos Aires, Jorge Luis Borges es ascendido a inspector nacional de aves de corral y conejos.

Perón piensa el mundo. El hombre es un centauro movido por deseos antinómicos y hostiles que galopa en una nube de polvo en busca del paraíso. La Historia es el relato de las contradicciones humanas; capitalismo y comunismo convierten al individuo en un insecto, el primero lo explota, el segundo lo esclaviza. Solo el peronismo superará el individualismo y el colectivismo. Es un catecismo simple y popular que ofrece un compromiso inédito entre el cuerpo y el alma, el monasterio y el supermercado. Perón promete a su pueblo la posición vertical del péndulo: el fin de la edad del centauro para Argentina, nación cristiana, nacional y socialista.

10

Centauros y descamisados, a Gregor le trae sin cuidado la improbable armonía de las antinomias peronistas. Por el momento solo piensa en ubicarse y en salvar el pellejo.

Cuando regresa la primavera austral, deja de hacer turismo. A mediados de septiembre de 1949 obtiene una tarjeta de residencia y consigue un empleo de carpintero de obra en el barrio de Vicente

López. Se muda a ese barrio, a un nuevo cuchitril con una ventana mugrienta que comparte con un ingeniero y su hijita. Una noche lo despiertan los gemidos de la niña. Esta, la frente ardiendo, la cara lívida, sufre convulsiones y el padre, aterrado, suplica a Gregor, con quien jamás ha intercambiado tres palabras, que busque un médico lo antes posible. Gregor murmura al oído del ingeniero que él puede atenderla, siempre y cuando no revele sus conocimientos a nadie, si no, ya se las arreglará, no moverá un dedo, su hija morirá, y si luego lo traiciona, que se prepare.

Nadie debe saber que es médico. Él, que despreciaba a los manitas y los oficios manuales durante sus estudios en las mejores universidades alemanas, consiente en montar suelos y ajustar vigas; desde que comenzó su fuga ha tenido que habituarse al trabajo físico embrutecedor, a las faenas duras. En la granja de Baviera, tenía que limpiar la cuadra, podar los árboles, binar la tierra. Aquí las semanas van pasando, su vida es tediosa, solitaria, desde que está en Buenos Aires teme dar un paso en falso, tener un encuentro desafortunado, se enfrenta con su miedo. Gregor está abrumado. Todos los días cambia de itinerario para acudir al trabajo. Se cruza regularmente con germanohablantes pero no se atreve a abordarlos. Sueña con degustar un codillo de cerdo y un zumo de manzana en uno de los restaurantes alemanes que ha descubierto durante sus peregrinaciones invernales —el ABC, en pleno centro; Zur Eiche, en la avenida Crámer, u Otto, en el barrio de Chacarita—, pero se niega a tratar con ellos como se niega a hablar su idioma en público. Gregor tiene un fuerte acento bávaro. También ha renunciado a comprar *Der Weg*, la revista mensual que postula libertad y orden. Gregor se consuela recogiendo el correo que todavía le envían al hotel Palermo. Gracias a su amigo Sedlmeier, sigue en contacto con Irene y su familia: a través de una lista de correos, les manda cartas impregnadas de melancolía, y Sedlmeier, a su vez, le expide las cartas y los giros postales que le mandan sus padres. En su país todo va bien. La empresa familiar de máquinas agrícolas prospera, sus carretillas y sus segadoras trilladoras se venden «como

rosquillas», se ufana su padre. Alemania no ha acabado de retirar sus escombros y apenas comienza a rehacerse. Karl sénior lo espera: en cuanto los «*Amigos* revanchistas dejen de fastidiar», regresará al seno familiar y al consejo de administración. «Josef, deja de lloriquear, has luchado en el frente del Este, ya no eres un niño. Sé paciente, sigue desconfiando, todo se arreglará».

Encerrado con dos vueltas de llave en la habitación abandonada por el ingeniero y su hija, Gregor escucha una ópera de Strauss mientras devora *Der Weg*. La antevíspera, presa de vértigo, soltó la sierra de espiga y estuvo en un tris de caerse de una estructura de madera de varias plantas de altura. Le debe la vida a la agilidad del capataz de la obra. Entonces, cansado de vegetar eternamente y de esperar el regreso de Malbranc, ese fantasma, corrió a comprar en el quiosco la revista de los nostálgicos de la Orden Negra y se la metió debajo de la chaqueta.

Poemas, una prosa alambicada, artículos racistas y antisemitas, como si el Tercer Reich nunca se hubiera venido abajo, Gregor se deleita con el *kitsch* teutónico de los autores amordazados en Alemania por los Aliados desde el final de la guerra. Lee con atención los breves anuncios por palabras de las últimas páginas, descubre tiendas de comestibles refinadas, cervecerías, agencias de viajes, bufetes de abogados y librerías, la magnitud del cosmos germano argentino de la capital, y se regocija, tal vez pueda salir de su caverna, por fin dará comienzo su vida en Buenos Aires.

Al día siguiente, al salir de la obra, Gregor se persona en la sede de la editorial Dürer, en el número 542 de la avenida Sarmiento, y conoce allí a Eberhard Fritsch, su director, el editor de *Der Weg*.

Fritsch examina desde detrás de su escritorio al *Hauptsturmführer*, que le relata su hoja de servicios sin revelar su auténtica identidad: ingreso en 1937 en el partido nazi, en la asociación de médicos nazis y las SS un año después, servicio militar en el Tirol, en un cuerpo de cazadores alpinos, afiliado voluntario en las Waffen-SS, Oficina Central de la Repoblación y de la Raza en la Polonia ocupada, frente del Este tras la puesta en marcha de la operación Barbarroja con la división Viking, acantonamiento en Ucrania, ofensiva en el Cáucaso, batalla de Rostov del Don, sitio de Batáisk, Cruz de Hierro de primera clase. Gregor, orgulloso de sí mismo, detalla a Fritsch cómo socorrió a dos tanquistas atrapados en el interior de su vehículo en llamas. Evoca su asignación a un campo de prisioneros de Polonia, pero no menciona Auschwitz y se lamenta de su suerte, del exilio, de su adorada patria ocupada, de la inmensidad de Buenos Aires y de su nostalgia del uniforme. Necesita desahogarse.

Fritsch enciende un cigarrillo y siente empatía. Conserva un recuerdo deslumbrante de la reunión de las Juventudes Hitlerianas en la que participó a los catorce años durante su única estancia en Alemania, en 1935, y no se cree una sola palabra de los horrores que la propaganda aliada imputa al nazismo, «mentiras dictadas por los judíos». Ha fundado la editorial Dürer para acudir en ayuda de soldados como Gregor. Abre sus columnas a los literatos de la sangre y el suelo censurados en Europa y les propone tarifas excepcionales en esos tiempos de hambruna, pastillas de caldo, conservas de carne y cacao en polvo; ofrece a los camaradas aterrizados en las orillas del Río de la Plata un punto de encuentro, redes. El joven Fritsch asegura a Gregor que tiene «el brazo muy largo» y que puede estar tranquilo: en Argentina, tierra de fugitivos tan grande como la India, no existe el pasado. Nadie le preguntará de dónde viene ni por qué está allí. «A los argentinos les importan un comino los rifirrafes europeos y siguen echando en cara a los judíos el haber crucificado a Cristo».



Gregor escucha a Fritsch contarle, radiante, la fiesta organizada en el estadio Luna Park de Buenos Aires para festejar el Anschluss; cómo Argentina, oficialmente neutral, fue la cabeza de puente de la Alemania nazi en Sudamérica durante la guerra. Los alemanes blanquearon allí millones y millones de dólares y se procuraron divisas y materias primas. Sus servicios de espionaje habían establecido su cuartel general regional en Buenos Aires. «Aquí se montó la caída del gobierno boliviano proamericano a finales de 1943. Perón y los coroneles, que tomaron el poder aquel año, intentaron aliarse con el Führer. Dispersaron violentamente la manifestación que celebraba la liberación de París e impidieron la distribución de *El gran dictador* de Chaplin. Cuando cayó Berlín, Perón prohibió a las emisoras de radio que transmitieran la noticia: queríamos construir un bloque de naciones favorables a los nazis para joder a los yanquis. Pero nos obligaron a romper las relaciones diplomáticas con Alemania, y más tarde a declararle la guerra. Resistimos con todas nuestras fuerzas hasta finales del invierno de 1945. Argentina fue la última nación en entrar en guerra...». Suena el teléfono, Fritsch se interrumpe y despide a Gregor.

12

De buena gana le daría un puñetazo en la cara al guapito de ojos azul grisáceo. O, si no, un buen mazazo en los dedos, zas, en las falanges, o, mejor aún, en las uñas, sí, muy a gusto le arrancaría las uñas de las dos manos a Fritsch, una tras otra. Gregor interpreta la escena en el cuarto de baño del cuchitril de Vicente López mascullando: «¿Cómo te atreves, Eberhard, argentinillo de mierda? Has pasado quince días en Alemania ¿y me vas a dar a mí lecciones con la autoridad de tus veintiocho años? Pues sí, los

“horrores”, como dices tú, los horrores existieron, la Alemania asediada tenía que defenderse, aplastar a las fuerzas de la destrucción empleando todos los medios posibles. La guerra no es un juego de niños, y el nazismo, pedazo de cretino, no se limita a las grandiosas coreografías de las Juventudes Hitlerianas». Gregor machaca el tubo de pasta dentífrica y luego se calma, bruscamente; si no, llegará tarde a la obra; el más mínimo retraso le resulta insoportable.

Gregor pasa cada vez con mayor regularidad por la revista, eje de los nazis en Buenos Aires. Se cruza allí con un personaje brutal del que había oído hablar en Auschwitz, uno de sus proveedores regulares; acompañado de un perro adiestrado para despedazar carne humana, Josef Schwammburger dirigió campos de trabajos forzados y liquidó varios guetos en Polonia. Conoce también allí a Reinhard Kops, el especialista en complots judeomasónicos de la revista, un exagente de los servicios secretos de Himmler en los Balcanes, y traba amistad con aquel al que Fritsch considera su «mejor pluma, el gran artesano del éxito creciente de *Der Weg*», un autor en cuyos trabajados artículos ha reparado Gregor, Willem Sassen. Aunque se pasa con el *whisky* y fuma sin parar (Gregor no fuma), el holandés políglota de traje a rayas le causa buena impresión. Gregor ha procurado siempre no alternar más que con peces gordos y mandarines: tanto en la universidad como en Auschwitz, no se mezcló nunca con la morralla de las SS, solo con los médicos jefes y los comandantes del campo. No soporta la mediocridad.

Los dos bigotudos se husmean. Al igual que Gregor, Sassen, afiliado voluntario a un grupo de las SS holandesas, luchó en el frente ruso y penetró en territorio soviético, hasta el Cáucaso, donde resultó gravemente herido. Al igual que Gregor, Sassen, propagandista del Reich en las ondas belgas y colaboracionista de primera, fue detenido después de la guerra en Holanda y condenado a una dura pena de cárcel, pero se escapó en dos ocasiones antes

de trasladarse a Irlanda y luego a Argentina, al timón de una goleta que zarpó de Dublín.

Sassen aprecia la cultura clásica y la fuerza de las convicciones de su nuevo amigo, el médico: Gregor confía en su discreción y, por primera vez desde que está en Buenos Aires, le ha revelado su verdadera identidad y su historia. Como todos los demás, las mujeres las primeras y luego Fritsch —quien paga al holandés un sueldo considerable y su alquiler—, Gregor se deja seducir por la prestancia y la locuacidad de Sassen: en unos meses, el astuto holandés ha aprendido el español a la perfección y se ha hecho un sitio en Argentina. Su agenda de contactos impresiona a Gregor. En cuanto sea posible, Sassen le presentará a Rudel, de quien es ocasionalmente chófer y negro, sí, el célebre coronel Hans Ulrich Rudel, el as de la Luftwaffe, el piloto más condecorado de la historia alemana (2530 misiones, 532 tanques destruidos), otro refugiado en Argentina, y a varios peces gordos más. Podrá conocer también al presidente Perón, que «siempre tiene mucho tiempo que dedicar a los alemanes».

Perón nunca olvidó a los oficiales del gran Estado Mayor alemán que lo instruyeron en el arte del mando, en los tiempos en que el ejército argentino se cubría con cascos de punta y se equipaba con fusiles Mauser y cañones Krupp. Presencia, autoridad, disciplina: tanto fascina el genio militar al joven Perón que escribe una tesis sobre la batalla de los Lagos Masurianos y rara vez se duerme sin consultar a sus estrategias prusianos favoritos, Clausewitz, el conde Alfred von Schlieffen y Colmar von der Goltz, el teórico de la nación en armas, un modelo de sociedad que Perón intenta imponer a

Argentina ahora que se ha hecho con el poder. Todo debe subordinarse a los objetivos de la defensa nacional.

Alemania e Italia le fascinan desde el ascenso de Mussolini al poder, a comienzos de la década de 1920. Como todos los lanzadores de boleadoras de su generación, a Perón le entusiasman las hazañas de Italo Balbo y de Francisco de Pinedo, los fascistas voladores, esos intrépidos aviadores que fustigan el éter estrellado para enlazar Roma con Sudamérica. Perón escucha la voz del Duce difundida en las ondas argentinas y corre a ver al cine Palace *Un hombre, un pueblo*. Mussolini le impresiona: un dirigente investido por la Providencia para salvar una nación y hacer estallar el *continuum* de la Historia.

Descubre Italia en 1939 siguiendo una formación del ejército fascista y como agregado militar en la embajada de Argentina en Roma. Durante dos años viaja, se informa y toma notas: está convencido de hallarse en el corazón de una experiencia histórica inédita desde la Revolución francesa, la fundación de una democracia popular auténtica. Mussolini ha conseguido que converjan fuerzas dispersas hacia el objetivo que él les ha fijado, el socialismo nacional. El 10 de junio de 1940, el ejército italiano entra en guerra. Desde el balcón de la Piazza Venezia, el Duce enfervoriza a una inmensa multitud ante un Perón ataviado con uniforme de gala.

Unos meses antes, Perón ha viajado a Berlín y al frente oriental, tras la invasión relámpago de Polonia. Perón, que ha leído *Mein Kampf* en italiano y en español y admirado los bronce de Breker y de Thorak, se queda anonadado por los cambios en curso: Alemania se alza de nuevo, las heridas del nazismo han cicatrizado y en ningún otro lugar de Europa existe una máquina engrasada con tanta precisión. Los alemanes trabajan ordenadamente al servicio de un Estado organizado a la perfección. El volcán Hitler hipnotiza a las masas: la Historia se torna teatro, triunfa la voluntad y, como en *Tempestad en el Mont Blanc* y *La embriaguez blanca*, las películas con Leni Riefenstahl que Perón descubre durante su peregrinaje

alemán, confraternizan el valor y la muerte. La lava hitleriana lo destruirá todo a su paso.

De vuelta en Argentina, elabora una visión muy personal de la guerra que hace furor. Dado que la Italia fascista y la Alemania nazi ofrecen una alternativa al comunismo y al capitalismo, Estados Unidos y la Unión Soviética se han aliado para luchar contra la emergencia de esta tercera fuerza, el Eje, el primer bloque de potencias no alineadas, según Perón.

Derrotadas Alemania e Italia, Argentina va a tomar su relevo y Perón triunfará allí donde fracasaron Mussolini y Hitler: soviéticos y estadounidenses no tardarán en aniquilarse con sus bombas atómicas. El vencedor de la Tercera Guerra Mundial aguarda tal vez en las antípodas, Argentina tiene una formidable carta que jugar. Entonces, a la espera de que la Guerra Fría degenere, Perón se convierte en el gran trapero. Hurga en las basuras de Europa y emprende una gigantesca operación de reciclaje: gobernará la Historia con los residuos de la Historia. Perón abre las puertas de su país a millares y millares de nazis, de fascistas y de colaboracionistas; soldados, ingenieros, científicos, técnicos y médicos; criminales de guerra invitados a dotar a Argentina de embalses, misiles y centrales nucleares, a convertirla en superpotencia.

Perón en persona vela por el buen desarrollo de la gran evasión. En Buenos Aires crea un servicio especial, la División de Informaciones, dirigida por Rudi Freude, el hijo de su principal valedor en la victoriosa campaña presidencial de 1946, Ludwig Freude, riquísimo banquero nazi y accionista de la editorial Dürer; a la España

franquista, a Suiza y luego a Italia, Roma y Génova, donde embarcó Gregor, envía a un estafador de ojos azules, el excapitán de las SS Carlos Fuldner. Freude y Fuldner fijan los *ratlines*, los itinerarios de evacuación, y coordinan las redes de exfiltración, complejas cadenas de diplomáticos y de funcionarios corruptos, de agentes secretos y de eclesiásticos que ofrecen la absolución a los criminales de guerra, como un auto de sobreseimiento. Se ha entablado la lucha final contra el comunismo ateo.

A finales de la década de 1940, Buenos Aires se ha convertido en la capital de la hez del Orden Negro derrotado. Se cruzan allí nazis, ustachas croatas, ultranacionalistas serbios, fascistas italianos, cruces flechadas húngaros, legionarios romanos de la Guardia de Hierro, vichyistas franceses, rexistas belgas, falangistas españoles, católicos integristas; asesinos, torturadores y aventureros: un Cuarto Reich fantasma.

Perón cuida a sus desesperados. En julio de 1949, amnistía a los que han entrado con identidad falsa y los recibe a veces en la Casa Rosada.

Aquella noche, una élite de ese grupo ha concertado una cita en un velero amarrado en el puerto.

Es una noche suave de diciembre, sin luna, los obenques tintinean, sopla un suave viento; en un muelle, Gregor y Sassen caminan junto a unos barcos de recreo. «Centauro», murmuran ambos hombres al oído de un gorila que los registra minuciosamente, secundado por tres comparsas de similar tonelaje. El holandés y el alemán cruzan la cubierta del *Falken* y penetran en el castillo lleno de humo de donde brota una algarabía de lenguas de Europa Central y de español.

Sassen acepta de buen grado el vaso de cerveza que le tiende una mujer regordeta, Gregor se limita a pedir un poco de agua. «Estás de suerte», le susurra Sassen, «esta noche ha venido lo más granado». Le señala a un hombre parapetado tras una perilla picuda y gafas oscuras con montura de metal negro, «Ante Pavelic, el *poglavnik* croata» (ochocientas cincuenta mil víctimas serbias,

judías y gitanas), rodeado por una barrera de ustachas; «Simon Sabiani», el exalcalde de Marsella, condenado a muerte en rebeldía en Francia, «y sus amigos del Parti Populaire Français», de inspiración fascista; «Vittorio Mussolini», el segundo hijo del Duce, con «Carlo Scorza», exsecretario general del Partido Fascista; «Robert Pincemin», que dirigió la Milice en Ariège; «Eduard Roschmann», el Carnicero de Riga (treinta mil judíos letones asesinados), «borracho, como de costumbre»; el físico «Ronald Richter, el niño bonito del presidente: le ha prometido ser el primero en conseguir la fusión nuclear. Perón ha puesto a su disposición una isla en un lago de la Patagonia para que prosiga sus investigaciones». Rudel aún no ha llegado, pero no puede tardar.

Gregor no conoce a nadie, salvo a Kops, a Schwammberger y al fortachón en pantalones de golf, con quien conversan ante un ojo de buey, y, qué sorpresa, el jurista Gerhard Bohne, el director administrativo del programa de eutanasia Aktion T4 (dos millones de esterilizados, setenta mil minusválidos gaseados), con quien se cruzó varias veces en Auschwitz. Este se adelanta para saludarlos cuando, de pronto, todos los asistentes se paralizan. Cuatro hombres han subido a un estrado improvisado: un coronel argentino, «Fuldner y Freude júnior, nuestros ángeles guardianes», y un cuádragenario con terno y pajarita, «el marica belga», sonrío Sassen, «el señor Pierre Daye», que toma la palabra.

Meses atrás, Daye participó en la fundación en Buenos Aires del Centro de Fuerzas Nacionalistas, una agrupación de rexistas, fascistas y ustachas que aspira a aplastar el capitalismo estadounidense y el bolchevismo ruso, y milita a favor de la amnistía «cristiana» de los criminales de guerra encarcelados en Europa. En vísperas de la Tercera Guerra Mundial, el continente no puede privarse de tan curtidos luchadores.

Daye evoca la caída original, el asesinato de Abel a manos de Caín y la eterna lucha fratricida que contamina a la sociedad humana desde la creación del mundo. «El abyecto materialismo cosmopolita, esa negación de Dios, jese es el enemigo, esa es la

causa de todas nuestras desdichas!», brama el católico ferviente. «Debemos unir a nuestras familias para llevar a buen término el combate. Nada ni nadie se interpondrá en nuestra marcha triunfal cuando hayamos reconciliado el nazismo con el cristianismo...». El auditorio silba y aplaude, Daye está exultante y prosigue con su voz nasal: «El magnífico presidente Perón, a quien debemos la libertad, ha hecho de esa fraternidad su misión. Y ayudaremos a Argentina a convertirse en el contrapeso hemisférico de Estados Unidos. Eso, para empezar, queridos amigos. Rusos y norteamericanos no tardarán en librar una lucha a muerte. El año pasado, el bloqueo de Berlín estuvo en un tris de ir más allá. Hoy en día se multiplican las tensiones en los cuatro rincones del mundo. Seamos, pues, pacientes, el futuro nos pertenece, volveremos a Europa...».

Sassen aferra el brazo de Gregor y le pide que suba a cubierta, tiene allí a «dos amigos muy queridos» que quiere presentarle.

«*Oberst* Rudel», masculla una sombra achaparrada.

«Malbranc», susurra una voz más vivaracha.

Gerard Malbranc, por fin.

En ocasiones, Gregor sigue soñando con embarcarse en un transatlántico rumbo a Hamburgo, un carguero repleto de maíz rojo y de lino violáceo que le acercaría a Irene. El tercer domingo de Adviento, desde un bar del puerto le ha escrito una carta que no casa mucho con él. Nunca le había declarado su pasión con semejante ardor, nunca la había echado tanto de menos ni rememorado sus recuerdos de su vida en común, sus mil noches de amor, el verano lujurioso en Auschwitz, las navidades apretados el uno contra el otro cuando él regresaba del frente, la última vez en



los bosques cubiertos de nieve, el brillo de los copos en su cabellera dorada, y, una vez más, le ha propuesto que se reúna con él, una vez más le ha suplicado que cruce el Atlántico. En respuesta, Irene le ha enviado una foto de Rolf con pantalones cortos de cuero, le ha deseado un feliz 1950, de manera comedida, y aconsejado que se compre un perro para quebrar su soledad. Extrañamente, se ha apresurado a hacerlo, se ha regalado un perrito al que ha llamado Heinrich Lyons. Irene le ha sugerido el nombre en su carta, el de un antepasado americano, Harry Lyons, que él ha germanizado, ¡qué hallazgo! Es el homónimo del fundador de Múnich, Enrique el León, príncipe colonizador, duque de Baviera y de Sajonia, perro de Gregor.

Una gran sorpresa desde Alemania, sin embargo: la muerte en Navidad de Karl Thaddeus, su hermano menor, nacido prematuramente —tan solo los separan dieciséis meses—, Karl, a quien Gregor siempre odió oscuramente. Gregor se pavonea en la terraza soleada de una cervecería de Florida, cavilando sobre su infancia en el caserón de ventanas estrechas como troneras. Un día, Karl le robó su tren eléctrico; luego, cuando su madre volvió a casa, el pequeño lloriqueó y castigaron al mayor. La autoritaria Walburga le pegó y lo encerró en el sótano. A Karl le correspondían siempre las mayores porciones en la comida. Karl podía acompañar a su madre a las pastelerías de la Marktplatz. El pequeño cabroncete: mil veces había deseado Beppo su muerte, en un incendio o en un accidente de coche, mil veces había rumiado sus celos arrojando piedras al Danubio que recorre Günzburg y sus bosques. Ahora Karl se había reunido con Walburga en el crematorio.

En la carta en la que le anuncia el fallecimiento de su hermano, su padre le cuenta también que los Aliados se muestran «cada vez más razonables». Desde hace unos meses han suspendido las acciones judiciales contra crímenes de guerra y permiten que los antiguos nazis ocupen puestos importantes en el gobierno y la industria de la nueva República Federal. «Van comprendiendo, lentamente, quiénes son sus auténticos enemigos. La Guerra Fría

les abre los ojos. Y nosotros, Josef, olvidamos la guerra, nos volcamos en la reconstrucción y seguimos adelante. Ya veremos cómo gobierna su nave el viejo gilipollas de Adenauer».

Gregor remolonea por la calle Florida porque acaba de instalarse en casa de Malbranc. Han vuelto a verse tras su encuentro a bordo del Falken. Malbranc se ha deshecho en excusas: viaja una barbaridad por sus negocios, y cuando está en Buenos Aires pasa más tiempo en su residencia de Olivos que en la casa de Florida; su mujer está más a gusto allí. Gregor no ha tenido suerte, debió de presentarse y llamar en mal momento. Cuando Malbranc le ofrece mudarse a su casa, Gregor no se hace de rogar. Ha abandonado su triste suburbio por la estupenda casa, una cama mullida, una habitación luminosa arrullada por la fuente del patio, panecillos, huevos y una bondadosa austriaca que se afana en la cocina mañana y noche.

Su anfitrión resulta ser inestimable: Malbranc, el exespía nazi que ocultó radioemisoras y compró armas durante la guerra, es un pilar de la sociedad nazi bonaerense. Por su casa pasan regularmente Karl Klingenfuss, exdiplomático de alto rango del departamento judío del Ministerio de Asuntos Exteriores, el gran Bubi (Ludolf von Alvensleben), condenado a muerte en rebeldía en Polonia, exsecretario jefe de Himmler y amigo de Herbert von Karajan, y Constantin von Neurath, hijo de un exministro de Asuntos Exteriores de Hitler. Fritsch y Sassen acuden a jugar al póquer, acompañados de un arquitecto apasionado por la música y la literatura clásicas alemanas, Frederico Haase, que luce un clavel en el ojal y se encapricha de Gregor.

Pasando por criptas y pasajes secretos, Gregor ha encontrado su camino en el laberinto porteño.

«1950, año del Libertador», proclama Perón. El *líder* se erige en heredero de San Martín, el padre de la independencia argentina.

El 25 de junio estalla la guerra de Corea.

El 14 de julio, Adolf Eichmann desembarca a su vez en Buenos Aires bajo el pseudónimo de Ricardo Klement.

Abandona rápidamente la capital. Fuldner le ha encontrado un empleo en la Capri, una empresa pública que construye fábricas hidroeléctricas en la región de Tucumán.

17

De todos sus nuevos amigos, Uli Rudel es el preferido de Gregor. Derribado treinta y dos veces, el águila del frente del Este había logrado siempre retornar a las líneas alemanas por más que Stalin pusiera precio a su cabeza —cien mil rublos, una fortuna—. Tocado por un obús antiaéreo y con una pierna amputada en febrero de 1945, Rudel volvió a subir a su Stuka dos meses después de la operación y todavía derribó entre alaridos de sirenas a veintiséis carros soviéticos antes de rendirse a los Aliados el 8 de mayo de 1945.

Cuando el aviador le mostró la insignia de caballero de la Cruz de Hierro con hojas de roble, espadas de oro y brillantes, de la que es único poseedor y que le entregó Hitler en persona, Gregor lo miró con ojos de niño: Rudel pertenece sin duda a la raza de los grandes señores. Pese a su prótesis, juega al tenis y acaba de escalar el Aconcagua, la más alta cima de las Américas. Es descendiente de los Caballeros Teutónicos, con cuyas leyendas fabulaba Beppo ante el fuego celebrando el solsticio de verano a los dieciséis, diecisiete años, cuando dirigía la sección local del Grossdeutsche

Jugendbund, un movimiento de juventudes nacionalista y conservador. Rudel es un guerrero alemán, tal como Gregor se ve a sí mismo y como Rudel parece considerarlo pese a su modesta carrera. Al fin y al cabo, Gregor no es más que un capitancillo de las SS: al coronel le gusta coincidir con él en el ABC cuando está de paso por Buenos Aires.

Cada vez que se ven, ambos nazis conversan largo y tendido. No beben alcohol y razonan mediante categorías matemáticas, compartiendo los mismos desengaños sentimentales: la esposa de Rudel exigió el divorcio antes de su marcha a Argentina; la misma visión apocalíptica de la República de Weimar «degenerada» y «amoral» de su juventud; la misma convicción de que Alemania fue apuñalada por la espalda en 1918; la misma devoción «total» al pueblo alemán, a la sangre alemana. Lucha, todo es lucha: solo sobreviven los mejores, es la ley insoslayable de la Historia, los débiles y los indignos deben ser eliminados. Purgada y disciplinada, Alemania es la mayor potencia del mundo.

Sentado a la mesa con el piloto heroico, Gregor exalta su propio pasado de soldado de la biología y no le oculta nada. Mengele se despoja de la máscara de Gregor. Como médico, ha cuidado del cuerpo de la raza y protegido a la comunidad de combate. Ha luchado en Auschwitz contra la desintegración y los enemigos internos, los homosexuales y los asociales; contra los judíos, esos microbios que desde hace milenios llevan a la derrota de la humanidad nórdica: había que erradicarlos por todos los medios. Ha actuado como un hombre moral. Poniendo todas sus fuerzas al servicio de la pureza y del desarrollo de la fuerza creativa de la sangre aria, ha cumplido con su deber como miembro de las SS.

Rudel fascina a Gregor porque ha triunfado portentosamente. Consejero de Perón, dirige el desarrollo del primer caza a reacción de Sudamérica, el Pulqui, junto a un genial aviador, Kurt Tank, también escapado de manera clandestina de Alemania. Gana fortunas como intermediario ante el ejército del aire de varios gigantes industriales alemanes, Daimler-Benz, Siemens, el

constructor de hidroaviones Dornier, y todo eso gracias a las licencias de importación que Perón le ha concedido generosamente. Libre de movimientos, Rudel viaja y navega de un ámbito a otro, de Europa a Sudamérica, en el corazón de todas las intrigas, de las redes de evasión de criminales: la Odessa, la Esclusa, la Araña. Rudel, cofundador con Von Neurath del *Kameradenwerk*, que envía paquetes y paga las minutas de los abogados de sus amigos encarcelados en el país, es el mariscal de la emigración nazi.

Rudel prohíja a Gregor y lo pone en guardia: ni mención del tesoro nazi, ninguna pregunta, a nadie, nunca.

Con respecto a ese famoso tesoro, circulan rumores demenciales en Buenos Aires. Se cuenta que, poco antes de finalizar la guerra, Martin Bormann, el secretario de la Cancillería de Hitler, despachó hacia Argentina aviones y submarinos atestados de oro, joyas y obras de arte robadas a los judíos: la operación Tierra de Fuego. Rudel podría ser uno de los que transportó el botín, colocado en varias cuentas a nombre de Eva Duarte. Tras su matrimonio, Perón pudo echar mano del oro de los nazis, permitiendo que su esposa financiara su fundación. Hace poco han aparecido en las calles de Buenos Aires los cadáveres de dos banqueros sospechosos de administrar los fondos.

«Aparte de eso, todo es posible en Argentina», le dice Rudel a Gregor. «¿Conoces mi divisa? Solo se pierde el que se abandona a sí mismo».

Entonces Gregor se emancipa. De acuerdo con su padre y con Sedlmeier, que siguen alimentándolo, representará a la empresa familiar en Argentina, explorará los gigantescos mercados de

maquinaria agrícola del subcontinente. Rudel lo alienta y lo lleva en avión privado a Paraguay con la idea de asociarse: el país alberga colonias de granjeros alemanes de las que una de las más antiguas, Nueva Germania, fue fundada por Elisabeth Nietzsche, la hermana del filósofo, fanática antisemita. En el sudeste de Argentina abundan las praderas fértiles; allí resultarían inestimables las carretillas, las segadoras trilladoras, las esparcidoras de estiércol y de abonos Mengele. Y la comarca es segura: Rudel cuenta en la zona con numerosos amigos que en 1927, en Villarrica, fundaron el primer partido nazi fuera de Alemania.

También Sassen piensa en su amigo médico. Le ofrece un enjuague ocasional, más delicado pero idóneo para él y sumamente remunerador: ayudar a las jóvenes burguesas desvergonzadas a liberarse con discreción de sus pecados en Buenos Aires en vez de tener que ir a dar a luz a una ciudad lejana y abandonar al bebé en un orfanato. Abortar es un crimen severamente castigado en la Argentina católica, pero Gregor acepta la propuesta. Ha recuperado su maletín de muestras y de instrumentos médicos (bisturíes, lancetas, pinzas) desde que vive en casa de Malbranc. Socorrer a las familias más respetables, ¿cómo negarse a ello? Le cosquillean las manos, por fin van a reanudar la práctica de la medicina, después de todos esos años de operario y de granjero.

En aquel final del año 1950 reina cierta euforia entre los fascistas de Buenos Aires. La Tercera Guerra Mundial está al caer, Perón controla los télex, con un dedo en el gatillo, en plena escalada de la guerra de Corea. El presidente Truman promete utilizar todo el arsenal militar para contrarrestar la ofensiva norcoreana en el sur; el general MacArthur prepara un cinturón de cobalto radiactivo entre el mar Amarillo y el mar de Japón para impedir que chinos y soviéticos penetren en la zona de combate.

A la espera de que se concreten los sueños imperiales de Perón, Gregor y sus nuevos amigos se pegan la gran vida. Botines relucientes, pelo engominado, Haase y Gregor asisten a las representaciones del *Tristán* de Wagner, de la *Carmen* de Bizet, en

el Colón, el más hermoso teatro del mundo, al decir de Clemenceau. El arquitecto y el médico melómanos cenan en el café Tortoni o en el Castelar y, entre dos bocados de bistec de primera calidad, charlan sobre el elemento sublime en la música alemana, que abarca todos los sentidos y se acerca al infinito. Sassen, aficionado a las variedades mexicanas, arrastra a veces a su amigo y a Fritsch a los cabarés o al Fantasio de Olivos, su *dancing* fetiche, frecuentado por productores y actrices. Un juego de roles: paga Fritsch, Gregor se come con la vista a unas sirenas con cabellos de indio, Sassen bebe, baila, toquetea a *yeguas* y *potrancas* mientras su mujer y sus niñas languidecen en casa. Dos veces por semana, miércoles y sábados, Gregor va a ver a una *lechera*, una mamona, a un club de luz tamizada en la zona de Corrientes, otra sugerencia de Sassen. A esas chicas dóciles Gregor les prohíbe que le toquen la piel, solo el rabo, nada de besos, ninguna intimidad, paga, se corre y se va.

Cuando en Buenos Aires hace demasiado calor, pasan los fines de semana en la pampa, en casa de Dieter Menge, un expiloto, también amigo de Rudel, que hizo fortuna reciclando chatarra y posee una gran estancia jalonada de eucaliptos y acacias. Un busto de Hitler alegra el jardín, una cruz gamada de granito orna el fondo de la piscina. En casa de Menge, las veladas se prolongan, el aire es transparente y los hombres están hermanados por el oficio de las armas, la prueba de fuego, las certezas. Los nazis, en mangas de camisa, toman cerveza y *schnaps*, asan los cuartos de buey, un lechón, eructan y hablan de la patria lejana y de la guerra; Gregor no se muestra muy locuaz, pero Sassen descuella en ese jueguecito, exaltado, imita el estruendo de los obuses y el silbido estridente de los proyectiles, rememora las oleadas de fuego, los rostros ennegrecidos y los harapientos uniformes de las divisiones siberianas de Stalin. Todos los 20 de abril, Menge y su pandilla organizan una procesión con antorchas para conmemorar el aniversario del Führer. En ocasiones, Rudel trae a un nuevo invitado, algún recién llegado a la tierra prometida. Por ejemplo, a Wilfred von Oven, antiguo colaborador cercano de Goebbels, o a

algún prestigioso visitante de paso, como el miembro de las SS del tajo en la cara Otto Skorzeny que, chutado con anfetaminas, rescató a bordo de un planeador a Mussolini cuando este se hallaba en arresto domiciliario en los Abruzzos tras el desembarco aliado en el sur de Italia. Reconvertido en traficante de armas, Skorzeny pretende haber seducido a Evita durante la etapa española de su Gira del Arcoíris, «Uf, una cochina de cuidado, la señora Perón», pregonan: Fritsch se ríe burlonamente, Sassen brinda por el Reich y por Argentina, donde los nazis gozan de una vida tan placentera.

A mediados de marzo de 1951, Menge invita a la horda salvaje a la estancia. Rudel, Malbranc, Fritsch, Bohne, Sassen, Haase, todos acuden a celebrar los cuarenta años de su amigo Gregor. Tienen un regalo para él. Un grabado mítico de Durero: *El caballero, la muerte y el Diablo*.

Al ser relevado MacArthur del mando en Extremo Oriente, el frente se estabiliza. Perón está furioso, la salida de la edad del centauro y la Tercera Guerra Mundial quedan aplazadas. Sus grandiosas ambiciones requieren ahora una reelección triunfal. Así que apuntala su régimen: queda prohibido difamar a las autoridades, son censurados los principales diarios, se cierra *La Prensa*, que es expropiada y transformada en órgano de la CGT. Se duplican los efectivos militares y se intensifica la propaganda; se encarcela a disidentes, algunos parlamentarios buscan refugio en Montevideo. Y Perón recluta a la dama de la esperanza para asegurarse la más amplia de las victorias: propone a su mujer convertirse en la vicepresidenta de su siguiente mandato.



Una cola interminable espera cada día a Evita en el Ministerio del Trabajo y delante de su fundación, cuyo presupuesto se ha decuplicado. La gente se pelea por intercambiar unas palabras con ella o tan solo por cruzar su mirada con la de ella. Rozar su mano es tocar a Cristo. Es la más generosa de las diosas: Evita nunca ha donado tantas casas, medicamentos y ropa a los menesterosos argentinos, nunca se ha avenido a tantos sacrificios, como si tuviera los días contados, ya no duerme y se ha activado en todos los frentes, como si el régimen estuviera amenazado, manda ocultar armas y se plantea crear una milicia privada de trabajadores a su sueldo.

Buenos Aires se cubre de carteles con su efigie. Del obelisco, en la avenida del 9 de Julio, penden inmensas banderas llamando a votar a «Perón - Eva Perón, la fórmula de la patria».

El 22 de agosto de 1951, cientos de miles de argentinos, con la enseña peronista prendida en la solapa de sus chaquetas, convergen hacia la avenida más ancha del mundo, donde los esposos deben anunciar oficialmente su candidatura. Rudel y Gregor, perdidos en la marea humana, no despegan los ojos de la tribuna oficial ni de Perón, satisfecho, engominado, con los brazos en cruz. De súbito, un inmenso clamor: aparece Evita. Manda besos a sus fieles, que se arrodillan y lloran, arrojan una miríada de confetis desde los balcones de alrededor, al tiempo que, como si estuvieran en el estadio, antorchas, banderas y luces de Bengala saludan la llegada del ídolo.

Cuando el secretario general de la CGT pide a la multitud que la proclamen candidata a la vicepresidencia, Eva se acurruca en los brazos del líder, balbucea, pide cuatro días de reflexión. Consternación. La multitud ruge. Evita suplica: «¿Un día?». La multitud patalea. Evita implora: «¿Unas horas entonces?». Ni hablar. Durante dieciocho minutos, corean, jalean su nombre y *¡Ahora, ahora!* Evita se tambalea, prorrumpe en sollozos y anuncia que comunicará su decisión esa misma noche, en la radio.

Rudel y Gregor se marchan, la broma ha durado demasiado. Los bombos los ensordecen; la *negrada*, la chusma de los suburbios obreros de Buenos Aires que los envuelve, les repugna: en tiempos de Hitler, ni por asomo habría sido posible semejante circo en Alemania. El mitin es muy propio de la dictadura de opereta de Perón, se dicen los dos nazis, y «en cuanto a los argentinos, son los reyes del psicodrama, obedecen las órdenes sin ejecutarlas. Quien no sabe obedecer no sabrá nunca mandar».

Tras conseguir desprejarse de la masa, Rudel hace partícipe a Gregor de un rumor ultraconfidencial: al parecer, Evita está enferma, muy enferma incluso. «Si eso es cierto, nuestro amigo lo tiene jodido».

El justicialismo peronista no cumple sus promesas. La aceras del centro de Buenos Aires siguen reventadas; los trenes no llegan con puntualidad; Perón gasta a espuestas y se le va la pólvora en salvas; en la Patagonia, Richter le ha engañado devorando cientos de millones de pesos sin producir un solo vatio de electricidad nuclear; la economía argentina titubea y se fabrican fruslerías: Rudel y Gregor lo achacan a la nefasta influencia del cristianismo. Perón no actúa con la brutalidad necesaria, condicionado por ineptias judeocristianas, como la compasión y la piedad, formas de sentimentalismo de las que el nazismo se había zafado.

Gregor desprecia a la camarilla católico-fascista que rodea al *líder*, hombres débiles y tigres desdentados, como Daye, ese fanfarrón que pretende haber tomado el té con Hitler y con el sha de Irán. Su movimiento de unidad popular internacional: monsergas. Su Tercera Guerra Mundial, una fantasía de niño. Ahora Daye se deprime mientras escribe sus memorias, el hijo de Mussolini se lanza a la industria textil y Sabiani, el exalcalde de Marsella, ahoga su soledad en el alcohol. Unas semanas atrás, al anunciarse la muerte del mariscal Pétain, todos se reunieron y organizaron una velada fúnebre en la catedral de Buenos Aires.

Esos hombres están acabados. Miran hacia el pasado mientras los nazis de Buenos Aires escrutan el futuro.

Ambicionan reconquistar Alemania. Los hombres del círculo Dürer no creen en la «democracia» impuesta por los Aliados. Su patria adorada no ha podido cambiar como por arte de magia, es imposible. Siguen pendientes de la actualidad y la comentan en su revista, cuya tirada no cesa de aumentar, pese a la censura y las prohibiciones. Saben que sus compatriotas añoran el Imperio guillermino y los primeros años del Tercer Reich, que no creen en las «atrocidades» perpetradas en los campos de exterminio y que llaman a vengarse de los vencedores tras los juicios de Núremberg. Están convencidos de que los alemanes no han condenado el nazismo. ¿Acaso no plebiscitaron el régimen y sus conquistas? ¿Acaso no veneraban al Führer?, les dice Gregor a Fritsch, Sassen y Rudel. El entusiasmo de los universitarios y los médicos en la década de 1930. El júbilo que les produjo deshacerse de las vetustas barbas humanistas y su aspiración a los cambios más radicales. La popularidad del darwinismo social y de la higiene racial en todos los ámbitos. La explotación de los prisioneros por parte de los gigantes de la industria en los campos de concentración, los cobayas humanos de los laboratorios farmacéuticos, el oro arrancado de las prótesis dentales y enviado al Reichsbank todos los meses.

Todo el mundo se benefició del sistema, hasta que llegó la destrucción de los últimos años de guerra. Nadie protestaba cuando los judíos limpiaban las aceras de rodillas, y nadie dijo nada cuando desaparecieron de la noche a la mañana. Si el planeta no se hubiera coaligado contra Alemania, el nazismo seguiría en el poder.

Los hombres del círculo Dürer creen en su resurrección. Desprecian las realidades triviales de su nueva vida burguesa en la otra punta del mundo y no se deciden a dedicarse a sus negocios y a mantener a sus amantes. La derrota ha interrumpido su fulgurante ascenso. De modo que, a los treinta y tantos años, Fritsch, Sassen y Rudel resuelven proseguir el combate. Han de actuar, y con premura, la patria está en peligro. Adenauer está vendiendo Alemania del Oeste a Estados Unidos e integrándola en Occidente mientras la Alemania Oriental es saqueada por los soviéticos.

Dudan. Desde Argentina, sopesar las relaciones de fuerza no resulta tan fácil, tampoco organizarse. ¿Deben formar un gobierno en el exilio? ¿Fomentar una revolución en Alemania? ¿Derribar a Adenauer mediante un golpe de Estado? Los conspiradores deciden seguir la vía trazada por Hitler veinte años atrás: entrar en el juego político, concertar alianzas, conquistar el poder por las urnas. Las próximas elecciones federales se celebrarán en septiembre de 1953, Rudel es el candidato ideal, los alemanes no han olvidado sus hazañas.

El verano de 1952, el piloto vuela para coordinar una acción común con los militantes nazis del Partido Socialista del Reich. La coyuntura parece favorable para los designios del círculo Dürer, pues en Alemania, en septiembre, estalla un escándalo: en el marco de los acuerdos de Luxemburgo, «rabbi Adenauer», como lo llama Rudel, reconoce la culpabilidad de los alemanes y compromete a la República Federal de Alemania a pagar miles de millones de dólares a Israel como compensación e indemnizaciones a los judíos. Un mes después, el canciller consigue la ilegalización del Partido Socialista del Reich: Rudel regresa a Buenos Aires y consulta a sus compañeros. Vuelve enseguida a Alemania, donde esta vez el Partido Imperial, una formación nacional-conservadora, lo designa candidato. Pero el círculo Dürer, desconectado del milagro económico, anda desencaminado. Los alemanes prefieren las vacaciones en Italia a la nostalgia nazi. El mismo oportunismo que los incitó a servir al Reich los mueve a abrazar la democracia: los

alemanes tienen la cerviz flexible y, en las elecciones de 1953, el Partido Imperial es barrido del mapa.

Cuando Gregor descubre los reveses de su querido Rudel, está comiéndose una almendra garrapiñada, tumbado en el canapé de cuero marrón de la espaciosa sala de estar del piso al que se mudó meses atrás, en la segunda planta del 431 de la calle Tacuarí, en pleno centro de Buenos Aires. Ha prodigado consejos a los amigos del círculo Dürer pero se ha limitado a seguir sus maquinaciones a distancia. En el fondo, nunca le ha importado mucho la política y, desde niño, por más que afirme su amor a Alemania y su fidelidad al nazismo, solo ha pensado en sí mismo, solo se ha querido a sí mismo. Para el astuto Gregor, en ese final de 1953, todo va bien, incluso cada vez mejor. Tanto da que Argentina siga llorando la muerte de Evita, de un cáncer de cuello uterino, y se hunda en la miseria, tanto da que Adenauer haya frustrado los planes de sus compañeros de exilio, lo esencial está garantizado. Se ha ganado la estima de sus pares y prosperan sus pequeños negocios: Gregor se divierte y se enriquece.

Dirige una carpintería de obra y una fábrica de muebles financiadas por el inagotable caudal familiar, practica abortos clandestinos y pregonar la legendaria resistencia de la maquinaria agrícola Mengele a los granjeros de las provincias del Chaco y de Santa Fe. El clan invierte en Sudamérica y, uno tras otro, van desembarcando en Buenos Aires: su hermano Alois y la mujer de este, el fiel Sedlmeier en varias ocasiones, y en breve Karl sénior, el patriarca envejecido y temible, nazi cuando fue menester, en mayo de 1933, ahora teniente de alcalde independiente de Günzburg. La

llegada de Karl sénior preocupa a Gregor. Su padre siempre le echó en cara su matrimonio con «esa perdida de Irene» y que no se hubiera involucrado en la floreciente empresa que había levantado de la nada y que, cuando visita a su hijo mayor, cuenta con más de seiscientos asalariados.

En casa de Gregor, se detiene ante el grabado de Durero y acaricia a Heinrich Lyons, «un animal bien adiestrado», y ahí acaba la cosa. Ninguna cordialidad, ninguna efusión. Fiel a sí mismo, el industrial y caballero consagra toda su energía a sus negocios, lo mismo en Buenos Aires que en Günzburg. Gregor le hace de intérprete cuando se entrevista con financieros argentinos, sin precisar que es su hijo, y le presenta a algunos de sus amigos mejor situados. Le enorgullece presentarle a Klingenfuss, exdiplomático del departamento judío de Asuntos Exteriores, ya capitoste de la Cámara de Comercio germano argentina, y a Von Neurath, que acaba de ser nombrado director de la filial argentina de Siemens. Se han asociado con Orbis, una prometedora empresa de cocina y hornos de gas dirigida por un nazi de Dresde, Roberto Mertig. El éxito y el patriotismo de este último, cuyos empleados son todos alemanes, seducen al patriarca Mengele. Cuando se despiden, padre e hijo prometen volver a verse pronto, en Europa, ¿quién sabe?

Paraguay es el otro terreno de caza de los Mengele. Siguiendo las órdenes de su padre, Gregor pasa cada vez más tiempo allí, con Rudel, que ha restañado sus sinsabores electorales escalando el volcán Llullaillaco, y con los Haase: la esposa paraguaya del melómano es hija del ministro de Finanzas del general Stroessner, al mando de Paraguay desde el golpe de Estado de mayo de 1954.

Acompañado de Heinrich Lyons y de sus catálogos de equipamiento agrícola, Gregor recorre las lujuriantes campiñas de la isla rodeada de tierras, los palmerales, las mesetas desnudas del Gran Chaco, los campos de mate y de algodón; visita a los ganaderos, a las comunidades menonitas y a los descendientes de los pioneros fanáticos de Nueva Germania. Ya ha entablado

valiosas relaciones en todo el país. Haase le presenta a Werner Jung, un exdirigente de las Juventudes Nazis paraguayas, y, gracias a Rudel, se hace amigo de Alejandro von Eckstein, barón báltico en el exilio, capitán del ejército de Stroessner y hermano de armas del dictador. Juntos, en los años treinta, vencieron a los bolivianos en una guerra del desierto absurda pues, pese a las alegaciones del alto Estado Mayor, no había una gota de petróleo en el Chaco.

Gregor piensa que Paraguay podría constituir un buen refugio en caso de que se derrumbara Argentina. Un atentado ha estado a punto de costarle la vida a Perón en abril de 1953, la coyuntura se degrada, la inflación se dispara, los obreros del metal se declaran en huelga, los salarios se desploman. Como un chiquillo al mando de un avión, el *líder* presiona las palancas de mando de la economía argentina al albur de sus caprichosos estados de ánimo. Desde la muerte de Evita, cuyo cuerpo ha hecho embalsamar, Perón anda desorientado. En su residencia de Olivos, se atiborra de raviolis y recibe regularmente a tres muchachas a quienes enseña a ir en bicicleta. Nelly, su nueva compañera, tiene trece años; cuando se porta bien, la autoriza a ponerse las joyas de Evita. La prensa le atribuye una aventura con Gina Lollobrigida mientras la Iglesia se alarma con las orgías presidenciales. Todo el mundo lo llama «el Pocho», el gordo.

Gregor lo ha comprobado personalmente, Perón tiene feas bolsas de grasa bajo los ojos. Durante la breve audiencia que le concedió cuando Sassen y Rudel cumplieron por fin con su promesa, el presidente jugaba como ausente con sus caniches, mientras los tres nazis lo contemplaban admirados. Apenas cambió unas palabras con Gregor. Su abuelo había sido médico y a él también le hubiera gustado cursar estudios de medicina, pero para gran fortuna de los argentinos, la mano de Dios lo guio hacia la escuela militar. Perón los despidió enseguida con un amplio movimiento del brazo, ya se anunciaba su nuevo favorito, el hermano Tommy, un curandero estadounidense.

Siempre vestido con elegancia y de humor jovial, Gregor goza de buena reputación entre la comunidad alemana de Buenos Aires. Considerado de gran talla intelectual, trufa sus frases con citas de Fichte y de Goethe. Las mujeres alaban su cortesía casi ceremoniosa y su notable cultura germánica. Dentro de esa comunidad, solo en un hombre no opera su encanto. Se lo presentó Sassen un día en que Gregor almorzaba en el ABC, en su reservado habitual, bajo el blasón de Baviera. Cuando saludó a aquel tipo de frente despoblada y toscamente vestido, supo de inmediato que no podrían entenderse. La mano de Ricardo Klement estaba húmeda, protegían su mirada oblicua unas gruesas gafas que llevaba torcidas.

Aquel día, Sassen no pudo evitar revelar a los interesados la auténtica identidad de ambos. Adolf Eichmann, le presento a Josef Mengele; Josef Mengele, este es Adolf Eichmann. Al segundo, a Eichmann, el nombre del primero no le dice nada. El gran mandamás del Holocausto se ha cruzado con cientos y con miles de capitanes y médicos. Mengele es un verdugo de pacotilla, un mosquito a ojos de Eichmann, quien se lo hizo notar de forma manifiesta durante ese primer encuentro, poniendo especial cuidado en recordarle su deslumbrante trayectoria en la cima de los arcanos del Tercer Reich, el aplastante peso de sus responsabilidades, su poder: «¡Todo el mundo sabía quién era yo! Los judíos más ricos me besaban los pies para salvar la vida».

Antes de viajar a Argentina, Eichmann se ocultó también en una granja, al norte de Alemania. Trabajó allí como guardabosques y crio pollos. Posteriormente, en Tucumán, dirigió a un equipo de agrimensores y geómetras de la Capri, la empresa estatal fundada



por Perón para reciclar a sus nazis y construir, llegado el caso, centrales hidroeléctricas. La Capri quebró en 1953; Eichmann, su mujer y sus tres hijos, todos varones, se instalaron en Buenos Aires, en la calle Chacabuco, en el barrio de Olivos.

Gregor procura evitar a los Klement, pero desde que se mudó al mismo barrio a principios de 1954, a una hermosa casa de estilo morisco con jardín, en el 1875 de la calle Sarmiento, se los topa a menudo, sobre todo a los chiquillos, siempre disfrazados de gauchos, como si fuera carnaval. Eichmann es una atracción de feria; invitado a las reuniones a bordo del Falken y a las excursiones campestres a casa de Menge, la sociedad nazi parece hechizada por su aura maléfica. Cuando Sassen habla con él, parece estar accediendo a Himmler, a Göring y a Heydrich juntos, de quienes Eichmann se jacta de haber sido íntimo. Dondequiera que vaya, en los círculos nazis, Eichmann se embriaga, toca el violín, hace su numerito. Se presenta como gran inquisidor y como zar de los judíos. Ha sido amigo del gran muftí de Jerusalén. Disponía de coche oficial y de chófer para aterrorizar a Europa a su antojo. Los ministros le iban detrás y se apartaban para dejarlo pasar. Gozó de las mujeres más hermosas de Budapest. En más de una ocasión, al finalizar una fiesta, ha dedicado fotos a admiradores firmando: «Adolf Eichmann, *SS-Obersturmbannführer* jubilado».

El ansia de notoriedad de Eichmann exaspera a Gregor, tan prudente desde su llegada: solo ha revelado su auténtica identidad y la naturaleza de sus actividades en Auschwitz a sus escasos íntimos. A todos los demás les da una versión muy evasiva de su trayectoria: médico militar, alemán, desplazado al Nuevo Mundo para cambiar de vida. Cada vez que se lo cruza, Gregor desprecia al excomerciante inculto, al hijo de contable que no acabó sus estudios universitarios ni se expuso nunca a los sufrimientos del frente. Eichmann es un pobre tipo, un fracasado de tomo y lomo, incluso la lavandería que había abierto en Olivos está ya cerrada, y es un hombre resentido que envidia la bonita casa de Gregor, su vida de

soltero y su nuevo coche, un soberbio cupé alemán Borgward Isabella.

Lo mismo piensa Eichmann de él. Gregor o Mengele, tanto da, es un hijo de papá miedica: un mierdecilla de piel morena.

## 23

Gregor extrae la foto del marco y la quema en una ventana, pronto no queda del retrato más que un montoncillo de cenizas. Una ráfaga de viento las dispersa en el aire tibio de Buenos Aires. Irene exige el divorcio para casarse con el vendedor de zapatos de Friburgo. Gregor llama a Haase y a Rudel, necesita un buen abogado defensor argentino que se ponga en contacto con su abogado de Günzburg. El dinero no es problema, pero quiere multiplicar los intermediarios, las tapaderas, y no piensa pasarle ni una a su exmujer. La sentencia de divorcio se pronuncia en Düsseldorf el 25 de marzo de 1954.

«Una excelente noticia», le escribe secamente Karl senior, «por fin nos quitas de en medio a esa zorra. Dejarás de obsesionarte con reconquistarla, a tu edad resulta indecente». El divorcio satisface al patriarca Mengele, que acaricia un plan maquiavélico. Una jugada a tres bandas: su amada empresa, Josef y otra arpía que le preocupa, Martha, la viuda de Karl júnior y heredera de las participaciones de la empresa de su difunto marido. Martha lleva algún tiempo enamorada: Karl sénior teme que se case con ese extraño que se incorporaría forzosamente al consejo de administración. Propone a Josef que se case con su cuñada a fin de que la sociedad permanezca en manos del clan Mengele, y que le ceda todas sus participaciones a Martha después de su boda: si finalmente se emitiera una orden de arresto contra él, la empresa no quedaría

paralizada. Sucediera lo que sucediese, Josef dictaría a Martha sus decisiones en el consejo de administración.

Echado en una tumbona, en el jardín de la casa morisca, Gregor bendice la genialidad paterna y se regocija ante la idea de tomar a la viuda de su odiado hermano y cuando piensa en el desconcierto y la ira de Irene al enterarse de que él también se casa, y para colmo con Martha, a la que nunca ha tragado.

Karl sénior sugiere a Josef que se vea con su cuñada en los Alpes suizos. «Viajarás con pasaporte argentino bajo tu falsa identidad. Conoces a suficiente gente en Buenos Aires que te puede facilitar uno sin problemas. Yo haré entrar en razón a Martha y me ocuparé del resto, billetes, estancia, desplazamientos. Y me las arreglaré para que la acompañe Rolf. Va siendo hora de que conozcas a tu hijo».

## 24

Gregor emprende las gestiones administrativas en la primavera de 1955. A pesar de sus relaciones y de sus fajos de dólares, esas gestiones se prolongarán, la burocracia peronista es un laberinto, y como Gregor tan solo dispone de un permiso de residencia, debe reunir un consistente dossier (recomendaciones, garantías, certificados de buena conducta, certificados de conformidad) antes de que se le autorice a solicitar un pasaporte de extranjero. Tendrá que esperar un año, o casi: entretanto, Argentina ha caído en la violencia y la contrarrevolución.

El 16 de junio de 1955, los «gorilas», militares antiperonistas, bombardean el palacio presidencial y la plaza de Mayo. Perón sortea el golpe, pero sus días de presidente de Argentina están contados. La Iglesia, refugio de todos los opositores, pide su

cabeza: ha suprimido las subvenciones a los colegios religiosos, ha legalizado el divorcio y la prostitución, ha alentado la proliferación de las sectas bajo la influencia del hermano Tommy. «¡Perón, sí! ¡Curas, no!»: se suceden las manifestaciones y las contramanifestaciones, Perón el Anticristo encarcela a sacerdotes, la Iglesia lo excomulga, la gente saquea capillas, ha dado comienzo el invierno austral de la anarquía. Por cada peronista muerto, el Pocho jura que mandará asesinar a cinco de sus enemigos. En septiembre, cuando Gregor consigue por fin validar su «buena conducta», circulan los rumores de un golpe de Estado, estallan motines en Córdoba y en el puerto de Bahía Blanca. El 16, la Marina bloquea Buenos Aires y amenaza con bombardear las refinerías. «Dios es justo», reza la consigna de los golpistas.

Con Argentina al borde de la guerra civil, Perón dimite. Arroja al fuego sus expedientes más comprometedores y, para evitar acabar colgado de una farola como su mentor Mussolini, sube a bordo de una cañonera paraguaya que lo deja en Asunción. Una junta militar dirigida por un general alcohólico toma el poder. A las pocas semanas, el general es depuesto por otro general, el implacable Aramburu, que promete purificar Argentina de todo rastro de peronismo.

Apostado ante su mueble-radio, Gregor escucha la voz marcial de Aramburu, que remacha: «Será castigado con una pena de seis meses a tres años de cárcel todo aquel que haya colocado en lugar visible imágenes o esculturas de él, el tirano fugitivo, y de su cónyuge difunta, todo aquel que haya pronunciado en público palabras o expresiones tales como Perón, peronismo, tercera vía, y haya loado los méritos de la dictadura caída...». En nombre de la revolución libertadora, los líderes sindicales son detenidos y millares de funcionarios destituidos. Todos los lugares (ciudades, barrios, provincias, calles, estaciones de tren, plazas, piscinas, hipódromos, estadios, *dancings*) que ostentan los nombres de los Perón son rebautizados; las pequeñas Evitas cambiarán de nombre de pila. La fundación es clausurada, sus sábanas quemadas, la cubertería

fundida, las estatuas son retiradas, y los ciclomotores y adornos, exhibidos para mostrar el vicio y la codicia de la pareja derribada. Desaparece el cuerpo embalsamado de Evita. Borges es nombrado director de la Biblioteca Nacional y profesor de la Facultad de Letras de Buenos Aires. Perón encuentra refugio en Panamá, un exilio dorado, cabarés, cigarrillos, *whisky*, guapas jóvenes, y se enamorisca de una artista de variedades, María Estela Martínez, en breve su tercera mujer, a la que rebautiza como Isabel.

Desaparecido su protector, los nazis se inquietan. Aramburu ha prometido cargarse a los aprovechados del régimen anterior. Varias empresas de capital alemán se ven obligadas a cerrar. La policía registra el domicilio de Rudel en Córdoba y lo destina a residencia. Bohne y otros criminales de guerra abandonan Argentina, Daye escribe en su diario que «los dolores del exilio son agrios», Gregor piensa en huir a Paraguay pero cambia de parecer: se ha mantenido apartado de la política y no ha pertenecido nunca al círculo más íntimo de Perón, al fin y al cabo no es más que un honrado empresario. Suspende sus interrupciones ilegales de embarazo y espera a que pase la tormenta. Es posible que también Aramburu admire las tradiciones militares prusianas, podría entenderse bien con los nazis.

Gregor acaba obteniendo un pasaporte, con tres meses de validez. El 22 de marzo de 1956 vuela a bordo de un DC-7 de Pan-Am y llega a Ginebra tras una breve escala en Nueva York.

Sedlmeier lo espera en el aeropuerto y lo acompaña hasta el hotel Engel, en Engelberg, el mejor cuatro estrellas de la estación de esquí.

En la recepción lo reciben una morena atractiva y dos muchachos de doce años: Martha, el hijo de esta, Karl-Heinz, y su propio hijo, Rolf.

26

En el cuarto de baño, Martha canturrea ante el espejo mientras corre el agua en la bañera. Con las manos detrás de la nuca, Gregor, descalzo, oye los chapoteos y a la mujer gozosa, tumbado en la cama de la habitación contigua, donde crepita un fuego de chimenea. Mira caer la nieve y sonrío satisfecho. Su estancia en Suiza está siendo idílica, el aire puro de las montañas lo revigoriza. Martha lo ha presentado a los chicos como el tío Fritz de América. A Rolf le contaron de niño que su padre Josef había muerto en combate al poco de nacer él, en Rusia.

Rolf y Karl-Heinz son dos muchachos formales, atentos y agradecidos que se mantienen erguidos en la mesa y solo hablan cuando Mengele-Gregor-Fritz se lo permite. Lo admiran: el tío Fritz es un consumado esquiador desde su servicio militar en los cazadores alpinos, y les entusiasman sus historias. Durante la cena, el paseo o la velada, lo apremian para que les cuente cosas, Karl-Heinz quiere relatos de combates de tanques, de valentía y camaradería en las estepas polvorientas de Rusia; Rolf, la epopeya andina de San Martín, aventuras de gauchos e indios pampas, «a orillas del Río de la Plata, el río de fango que ondula cual serpiente hasta las ballenas azules del océano». El tío Fritz habla de la conquista del desierto argentino, del «triunfo de la civilización sobre la barbarie salvaje, como hicimos los alemanes en los territorios del Este durante la guerra. Nunca lo olvidéis, chicos, los germanos eran más inteligentes que los griegos y más fuertes que los romanos».

Gregor observa atentamente a su hijo a la menor ocasión. Rolf tiene las manos y la nariz de su madre, sus ojos velados de melancolía, su belleza tímida y su candor; es menos desenvuelto que Karl-Heinz, que le pasa una cabeza y esquía mucho mejor que él. Karl-Heinz es un hombrecito, Rolf todavía un niño. Bombero, cosmonauta, ingeniero, no sabe lo que hará de mayor y cambia de opinión todos los días. A su edad, Gregor era más resuelto.

Aviva la lumbre aletargada y vuelve a echarse, pensando en el niño que fue. No soltaba el microscopio que le había regalado su padre cuando cumplió diez años, convencido de que Josef Mengele sería algún día tan famoso como sus ídolos de antaño, el médico Robert Koch, el emperador de la bacteriología, y August Kekulé, el descubridor de la tetravalencia del carbono y de la fórmula desarrollada del benceno. Muy pronto comprendió que el médico y el investigador serían los sacerdotes y las estrellas del siglo XX. Se acordaba de Serge Voronoff, que ocupó las primeras planas de la época injertando testículos de jóvenes chimpancés a acaudalados pacientes mayores en su clínica de la Costa Azul, proezas de las que la prensa sacó tajada en la década de 1920. Voronoff era un charlatán, pero Alemania a todas luces el paraíso de la medicina moderna, de la ciencia; la biología, la zoología y la aspirina, el microscopio, los laboratorios, eran inventos alemanes. No se pudriría en Günzburg bajo la férula paterna, a los quince años ya había tomado una decisión. Pero de Karl sénior había heredado la tenacidad, la malicia y la ambición, y de su madre, Walburga, la frialdad y el corazón seco, el corazón atrofiado.

Gregor se recuerda de estudiante, en Múnich, en Viena, en Fráncfort, una época embriagadora, los años treinta, los del gran vuelco. Mientras sus condiscípulos se batían en duelo, bebían y hacían machadas en las SA, él trabajó muy duro y su labor se vio recompensada, las más altas eminencias repararon en él: Eugen Fischer, el ilustre eugenista que presenció las masacres de los pastores hereros y namaquas en Namibia a principios de siglo, y el profesor Mollinson, experto en herencia e higiene racial, el director

de su tesis («Investigación morfológica racial sobre la sección de la mandíbula inferior de cuatro grupos raciales», calificada *summa cum laude*). Mollinson lo había recomendado al más famoso genetista alemán, el barón Otmar von Verschuer, gran especialista en gemelos, de quien se convirtió a sus tempranos veintiséis años en asistente de investigación y muy pronto en favorito en el Instituto del Tercer Reich para la Biología y la Pureza Racial, en la Universidad de Fráncfort. Cuando Von Verschuer pasó a dirigir el Instituto Kaiser Wilhelm de Antropología, Herencia Humana y Genética de Berlín, envió a Mengele a Auschwitz, «el mayor laboratorio de la Historia, un insigne honor para un joven investigador brillante y diligente. Tal vez descubra usted los secretos de los nacimientos múltiples». El barón financiaba sus investigaciones y Mengele le enviaba regularmente muestras (médula, ojos, sangre, órganos), esqueletos y los resultados de sus experiencias. No había descansado durante los veintiún meses que pasó en el campo de concentración. Con el rigor que se imponía, había limpiado la rampa, desparasitado cientos de barracas y acabado con varias epidemias de tifus, y su celo había sido recompensado de nuevo, una Cruz de Hierro con espadas acompañada de elogios de sus superiores. A Rolf había que encarrilarlo, se decía Gregor en la gran *suite* con balcón del hotel de cuatro estrellas, con su madre y el vendedor de zapatos de Friburgo no se curtirá nunca. A las mujeres no les gustan los blandengues, prefieren a los hombres viriles y decididos como él, no le cabe duda.

Martha lo advirtió de inmediato, él está hecho de una materia mucho más dura que la de su difunto hermano. La primera noche, durante la cena, mientras los muchachos se inclinaban sobre su plato, el tío Fritz la desnudó con la mirada. Se detuvo en su cabello negro recogido en un moño, sus labios rojos, su boca caballuna, y cuando Martha se levantó para ir al baño, observó detenidamente su grupa metida en carnes, una leyenda de Günzburg, los andares cimbreantes de Martha Mengele, de soltera Weil, un azar desafortunado. No posee la distinción de Irene ni su porte etéreo,



pero, en el hotel Engel, Gregor se juró no volver a pensar en su exmujer, no volver a hacer comparaciones. Martha tiene temperamento y convicciones, Rolf y Karl-Heinz la obedecen, es una nazi convencida, una madre solícita, y a falta de ser hermosa, es una mujer sensual de treinta y cinco años. Por encima de todo, es la viuda de Karl hijo: cuando, la segunda noche, Gregor le quitó el sujetador con ribetes, tuvo la maravillosa sensación de asestarle el postrer golpe de gracia a su hermano, de enterrarlo por segunda vez. «Si me viera cepillarme a su mujer», piensa con una mueca, saltando de la cama.

Se desnuda y entra en el cuarto de baño. Martha lo espera en la bañera.

27

El Mercedes de Sedlmeier ronronea ante el hotel. Martha y los chicos volverán en tren, Gregor en coche con su amigo. No ha visto Günzburg desde noviembre de 1944.

Mientras atraviesan los puertos nevados, Gregor se crispa, el almuerzo a orillas del lago Constanza no lo relaja, se le acelera el pulso, y cuando, al caer la noche, reconoce el meandro del Danubio a la entrada de la ciudad, el castillo renacentista, la iglesia barroca, pide a Sedlmeier que se calle, no se encuentra bien.

Están en el caserón gris de su infancia. Aparte de la pintura de la entrada y las urnas de su madre y de su hermano colocadas en la repisa de la chimenea, nada ha cambiado. Gregor reencuentra las maderas oscuras, la consola Biedermeier, el fonógrafo del comedor donde cena con Sedlmeier, su hermano y su padre, que ha dado la noche libre al ama de llaves y a la cocinera, como Gregor ha exigido. Gregor les da las gracias. El hotel era sublime, los chicos

desbordaban salud, Martha era estupenda, el plan ha funcionado, se casará con ella muy a gusto, pero se ensombrece de inmediato, no hubiera debido ir a Günzburg. ¿Qué va a hacer ahí? Declarado desaparecido desde que finalizó la guerra, ¡Josef Mengele no va a exhibirse por la Augsburger Strasse! ¿Y por qué no delante de la fábrica, ya puestos? Todo el mundo lo reconocería, la gente habla y no es una ciudad grande, sería un riesgo descabellado.

Karl sénior intenta tranquilizarlo. Günzburg le pertenece, la empresa es un pequeño imperio y él es, con mucho, el empresario más importante de la ciudad, nadie se atrevería a denunciar al hijo del patrono, ¿y ante quién, además? Ni siquiera lo buscan en Alemania, no se ha emitido ninguna orden de arresto: «Ya basta, Josef, siempre tan timorato, ¡aquí estás entre los tuyos, qué caramba! La gente conserva buenos recuerdos de ti y me habla con frecuencia de tus brillantes estudios. El señor Globke no se hace tantas preguntas cuando entra todas las mañanas en su despacho de secretario de Estado en la Cancillería. Todo el mundo sabe que criticó las leyes de Núremberg e impuso a los judíos los nombres de Israel y Sarah. ¿Y qué? A la gente le importa un bledo. A Adenauer el primero, ¡como les importa un bledo saber dónde estabas tú durante la guerra! Cumpliste con tu deber, y sanseacabó». Aloís intenta calmar a Karl sénior, un poco debilitado estos últimos meses. Y confirma a Josef que su padre no ha sido nunca tan poderoso y querido por sus empleados, en breve lo nombrarán ciudadano honorario. «De no ser por nosotros, Günzburg se vendría abajo. Financiamos la construcción de nuevas viviendas sociales, de un hospital y de una piscina. Padre tiene pensado repartir salchichas a todos los niños para celebrar sus setenta y cinco años».

Gregor no logra conciliar el sueño. Esos diez días entregado a los deportes de invierno lo han debilitado, está descuidando sus defensas, arrojándose en la boca del lobo, lo presiente. Aunque no salga de casa en una semana, puede suceder lo peor en cualquier momento. Su nombre, por supuesto, figura en una lista de criminales de guerra, imposible confiar en nadie, su familia no

entiende nada. Mañana, está decidido, irá a Múnich a ver a un camarada de la división Viking, un farmacéutico en cuya casa se ocultó un mes antes de refugiarse en la granja, tras recuperar sus notas y sus muestras en zona soviética, al comienzo de su fuga. El anonimato de una gran ciudad es preferible. Irá en coche, Sedlmeier alquilará un sencillo Opel a nombre de Gregor. Después, si todo marcha bien, pasará no obstante unos días en Günzburg: Argentina, Paraguay, muy pronto tal vez Chile, tiene que hablar de negocios con el clan.

Gregor echa pestes al volante mientras oye las noticias. La Bundeswehr participará en unas maniobras de la OTAN, un sacerdote se congratula de la creación de un círculo de amistad judeocristiana en Fráncfort, la misión comercial israelí de Colonia recibe a un nuevo director. Y ese maldito *jazz*: Gregor busca una emisora que emita música clásica. Se inclina sobre la radio, tritura los pulsadores un segundo o dos, y embiste al coche que ha frenado delante. Gregor, conciliador, ofrece dinero a la conductora, apenas la ha rozado con el parachoques, para qué hacer un parte, está lloviendo, no perdamos tiempo. La dama, arrebuja en un abrigo de pieles, se niega, la ley es la ley, «estamos en Alemania, un país civilizado». El BMW plateado de su marido acaba de salir del taller. Gregor insiste, añade treinta marcos a la oferta. Ella saca un fajo de documentos de la guantera; él, agresivo, amenaza con marcharse, ella con llamar a la policía, se acercan unos curiosos, un hombre con gabán anota la matrícula del Opel, y de pronto aparece una patrulla. Extrañado por su documentación argentina y su fuerte acento bávaro, el oficial pide a Gregor que no abandone Múnich hasta que compruebe su identidad.

Cuando los policías se van por fin, Gregor corre a la primera cabina telefónica. Marca, temblando, el número de su padre. Dos horas después, una imponente delegación se precipita a la comisaría central de Múnich. Karl sénior, su abogado, el jefe de policía de Günzburg y Sedlmeier, con un maletín negro en la mano,

se ven con el oficial que acudió al lugar del incidente. Salen a tomar una cerveza, discuten, regatean, carpetazo.

Al día siguiente, Gregor vuela para Sudamérica.

28

Su vida está en Argentina, donde Martha y Karl-Heinz se reunirán con él. A los cuarenta y cinco años, Gregor desea tranquilidad, un nuevo hogar, una casa grande para acogerlos. Localiza una villa de estilo californiano en el número 970 de Virrey Vértiz, una calle discreta y arbolada de la zona más residencial de Olivos, a dos pasos de la orilla del río. Hay dos chiringuitos con baile en la playa y un puerto deportivo, Martha y Karl-Heinz no añorarán su país, el lugar es soberbio y se asemeja al barrio del lago Alster, en Hamburgo, y del Wannsee, en Berlín.

A pesar de su fortuna, Gregor deberá pedir un préstamo para comprar la casa y para llevar a buen término la nueva misión que le ha encomendado su padre: invertir en una sociedad farmacéutica, la Fadro Farm. Mertig, el dueño de Orbis, su socio sudamericano, se lo ha aconsejado, algunos amigos suyos se han lanzado ya a la producción de medicamentos y a la investigación de tratamientos de la tuberculosis. Pero los bancos no prestarán ni un peso a un apátrida cuyo pasaporte está a punto de caducar. Si quiere arraigar allí y casarse de nuevo, Gregor debe recuperar su identidad: volver a ser Mengele.

Gregor consulta con su círculo de íntimos, como siempre. En Argentina no corre ningún peligro. Los estadounidenses solo tienen una prioridad, luchar contra los soviéticos, y los alemanes no quieren saber nada del nazismo. La guerra ha acabado. A Schwammberger, que liquidó varios guetos en Polonia, le han

devuelto su pasaporte, el consulado de la República Federal Alemana no le ha puesto ninguna traba. Y el nuevo embajador es un tipo estupendo, le dice Sassen. Werner Junker fue nazi y un cercano colaborador de Von Ribbentrop en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Estaba destinado en los Balcanes y le alegra reunirse en Buenos Aires con su amigo Pavelic, el exdictador croata.

Gregor se presenta en la embajada, donde facilita toda la información que se ha esforzado en ocultar desde el final de la guerra con el fin de demostrar que en realidad es Josef Mengele. El encargado de asuntos consulares no pestañea cuando Gregor le declara que ha vivido con una identidad falsa desde su llegada a Argentina. Transmite el expediente a Bonn, donde nadie consulta las listas de los criminales de guerra buscados. Puede que, en Múnich, Gregor se hubiera asustado por nada: la República Federal Alemana condena el nazismo pero reintegra a sus ejecutivos y a sus sicarios, indemniza a los judíos pero deja que sus asesinos se dediquen a sus asuntos en Sudamérica y en Oriente Medio. Reconocimiento del derecho al «error político», amnistía para las «víctimas de la desnazificación», cohesión nacional, amnesia general... Adiós, Gregor: en septiembre de 1956, el consulado de Alemania Occidental en Buenos Aires entrega a Josef Mengele una ficha de registro civil y una partida de nacimiento.

Ahora tiene que regularizar su situación ante las autoridades argentinas. Se presenta ante la justicia y entrega sus huellas digitales a la policía. A ningún magistrado le ofuscan sus mentiras, no hay diligencias ni castigo, tantos alemanes recobran la memoria en los últimos tiempos... *Bienvenido, señor Mengele*: en noviembre se le concede una nueva tarjeta de residencia, número 3.940.484, y de vuelta en el consulado recibe un pasaporte alemán a su nombre, Josef Mengele, nacido el 16 de marzo de 1911 en Günzburg, con domicilio en la calle Sarmiento, número 1875, Buenos Aires, 1,74 metros de altura, ojos castaño verdoso, empresario y fabricante de muebles y de juguetes de madera. En la foto que ha facilitado, un bigote surca su rostro oliváceo.

Martha y Karl-Heinz están ya en Buenos Aires. Mengele obtiene un préstamo y compra la espléndida casa codiciada. Colindante con la antigua residencia privada de Perón, dispone de jardín y piscina. Martha se inscribe en el listín y Mengele presenta a Karl-Heinz como su hijo.

El pachá se rodea de familia y se aburguesa.

La vida le sonríe.

29

En noviembre de 1956, Fritz Bauer, fiscal general de Hesse, emite una orden de detención a nombre de Adolf Eichmann, «dondequiera que se encuentre». Judío, socialdemócrata y homosexual, Bauer estuvo internado en un campo de concentración y fue apartado de la función pública por la Gestapo antes de huir a Escandinavia. Bauer quiere obligar a sus compatriotas a enfrentarse a su pasado desde que regresó a Alemania, a finales de la década de 1940.

30

El mundo descubre poco a poco el exterminio de los judíos de Europa. Cada vez más libros, artículos, documentos se dedican a los campos de concentración y de exterminio nazis. En 1956, no obstante las presiones del gobierno de la República Federal Alemana, que solicita y consigue su retirada de la selección oficial

del Festival de Cannes en nombre de la reconciliación francoalemana, *Noche y niebla*, de Alain Resnais, hace que se tambaleen las conciencias. El *Diario de Ana Frank* conoce un éxito creciente. Se habla de crímenes contra la humanidad, de solución final, de seis millones de judíos asesinados.

El círculo Dürer niega la cifra. Se felicita de la empresa de exterminio, pero reduce a sesenta y cinco mil el número de víctimas judías; desmiente los asesinatos en masa, los camiones y las cámaras de gas; los seis millones no son más que una falsificación de la Historia, la enésima maniobra del sionismo mundial para culpabilizar y perjudicar a Alemania tras haberle declarado la guerra e infligido espantosas desgracias, siete millones de muertos, sus más hermosas ciudades arrasadas, tierras ancestrales en el Este perdidas.

Para Sassen y Fritsch, solo un hombre está capacitado para restablecer la verdad. Adolf Eichmann. Este supervisó todas las etapas de la guerra contra los judíos. Tras la muerte de Hitler, de Himmler y de Heydrich, él es el postrer experto, el último testigo clave. Conoce a los actores, las cifras; podrá desmentirlo. Los judíos han arrastrado a Alemania por el lodo, Eichmann lavará su honor. Han orquestado la mayor mentira de la Historia para apoderarse de Palestina, pero serán desmentidos públicamente, caerán sus máscaras y las de sus cómplices: el círculo Dürer acabará con sus maquinaciones y trabajará por la rehabilitación de Alemania, por la redención del nazismo y del Führer.

Fritsch y Sassen ofrecen a Eichmann manifestarse acerca de «la pseudosolución final». Deberían escribir un libro en torno a ese asunto, a la editorial Dürer le gustaría publicarlo. A Eichmann le encanta la idea. Desde que le cerraron la lavandería, ha trabajado en una empresa de productos sanitarios y, a falta de otra cosa, cría conejos de Angora y gallinas bajo el sol embrutecedor de la pampa. Sus jornadas son largas y monótonas, alimenta a los animales, limpia sus jaulas, recoge sus excrementos y rumia el pasado, su gloria de antaño, su familia, que permaneció en Buenos Aires, su

cuarto hijo, Ricardo Francisco, que acaba de nacer, un milagro, su mujer tiene cuarenta y seis años y él va a cumplir cincuenta. Se gana modestamente la vida. De modo que un libro sobre su gran obra... Se acabarían el anonimato y los pollos, cómo va a rechazar semejante oportunidad. Volverá a ser una estrella y se defenderá; él, que recorta los periódicos y las publicaciones sobre historia, sabe que su nombre aparece frecuentemente citado con graves errores, y se indigna, sus hijos deben conocer su verdad. Los alemanes le darán su beneplácito y su tribu podrá retornar a Europa con la cabeza alta. Para entonces, Eichmann, Fritsch y Sassen ganarán mucho dinero gracias a las ventas de la obra.

31

Las sesiones de grabación dan comienzo en abril de 1957 en el opulento domicilio del periodista holandés. Todos los domingos, hombres y mujeres se reúnen alrededor del gran organizador de la Shoah, halagado por tantas atenciones y encantado de disfrutar de los puros y los *whiskies* con sabor a turba del anfitrión. Eichmann tritura su anillo de honor de las SS mientras responde a las preguntas de Sassen y de Fritsch, a ratos respaldados por invitados de competencias más relevantes, el gran Bubi von Alvensleben, sargento mayor de Himmler, y Dieter Menge, el fanático piloto veterano, propietario de la gran estancia donde a los nazis les gusta reunirse.

Pese a la insistencia de Sassen, Mengele se niega a participar en las sesiones. No tiene ganas de oír las fanfarronadas de aquel imbécil amargado y pone en guardia a su amigo: Eichmann acabará causándole problemas, su nombre circula en la prensa, lo busca la justicia alemana, y, como no cierre su boca, tarde o temprano se



enterarán de que se oculta con el pseudónimo de Klement. Mengele no quiere publicidad. Tiene cosas mejores que hacer. Enriquecerse y tirarse a Martha.

Regresa después de pasar una semana de vacaciones en Chile. Ha aterrizado en Santiago con Rudel, en el avión privado de este, y allí los esperaba un viejo amigo del piloto, el «asesino de Milán», Walter Rauff (noventa y siete mil homicidios), el inventor del camión de gas, prototipo de las cámaras de exterminio en el Este. Los tres hombres han explorado los volcanes del desierto de Atacama, han nadado desnudos en las lagunas de color turquesa y han acampado bajo límpidos cielos estrellados.

De vuelta en Argentina, Mengele, Martha y Karl-Heinz, acompañados de Heinrich Lyons, se van de fin de semana a Mar del Plata, a orillas del océano, y a Tigre, la ciudad de los canales sembrados de islotes cubiertos de árboles y flores, en el delta del río Paraná y del Río de la Plata. Se alojan en el Tigre Hotel, donde durmieron el príncipe de Gales y el tenor Caruso. Desde la llegada de Martha a Argentina, Mengele redescubre de su brazo el esplendor de Buenos Aires, admirando la fuente alemana en la avenida Libertador, la Torre de los Ingleses ante la terminal ferroviaria del barrio de Retiro, o el esplendoroso *art déco* del edificio Kavanagh, en la plaza San Martín. La pareja acude a los teatros y a conciertos, cena con los Haase y los Mertig, lleva a Karl-Heinz al hipódromo de San Isidro. Rodeados de gente elegante y de nuevos ricos, compran en los grandes almacenes Gath & Chaves.

La vida es grata ese año de 1957. Mengele disfruta del encanto de una rutina desconocida: la supervisión de los deberes de Karl-Heinz, los muslos y los platos de Martha, el abrillantado de los cromados de su juguete —el cupé Borgward Isabella—, las excursiones al burdel con el diablo de Sassen, aunque menos asiduamente que antes.

El futuro se anuncia prometedor, lo peor ha quedado atrás, Mengele se siente seguro. Ha vendido su taller de carpintería para entrar en el capital de Fadro Farm. Vuelve a abismarse con deleite

en la lectura de las revistas médicas y científicas, trabaja en sus antiguas anotaciones, las completa. No ha renunciado a un puesto de profesor de universidad, tampoco a la mejora genética de la especie humana ni a la gloria.

Entretanto, Sassen y Fritsch prosiguen sus conversaciones con Eichmann. Durante seis meses, «con el infatigable espíritu del alemán eterno», este último monologa con orgullo, a ratos emocionado hasta las lágrimas por sus propios relatos, por su éxito —«seis millones de judíos asesinados»—, por sus pesares —no ha rematado su misión, «la aniquilación total del enemigo»—. Eichmann les confirma a Sassen, a Fritsch y al círculo Dürer, que se negaban a creer la «propaganda enemiga», el alcance del exterminio; detalla las matanzas en masa, las cámaras de gas, los hornos crematorios, los trabajos forzados, las marchas de la muerte, las hambrunas: la guerra total que ordenó el Führer.

Sassen y Fritsch, esos corderos, creían que el nazismo era puro. No se esperaban las precisiones de Eichmann. O, en cualquier caso, querían pensar que Hitler había sido traicionado y Eichmann manipulado por potencias extranjeras. Seis millones, la cifra los estremece. Tan pronto como concluyen las grabaciones, mantienen las distancias con ese hombre que ha cometido crímenes contra la humanidad. Han jugado su última carta, y han perdido. Sassen guarda escrupulosamente las cintas, pero la editorial Dürer renuncia a publicar el libro. Unos agentes yugoeslavos han disparado a Pavelic, que se ha visto obligado a huir a Uruguay. Una vez más, Adenauer ha ganado las elecciones, las del otoño de 1957. Al año siguiente se crea en Luisburgo una Oficina Central de Investigación de los Crímenes Nazis. El nazismo no tiene ya futuro en Alemania: no hay vuelta atrás.

La revista *Der Weg* desaparece, Fritsch liquida la editorial y se instala en Austria a comienzos de 1958. Tras prohibírsele que se dedique a publicar, acaba de portero de noche en un gran hotel de Salzburgo.

Sin ingresos fijos desde que se marchó Fritsch, Sassen se consagra a su carrera periodística con diferentes pseudónimos y planea regresar a Europa: a él también le gustaría participar del milagro económico, allá.

Amargado y frustrado, Eichmann no ha renunciado a dejar oír su voz. Se plantea presentarse ante un tribunal alemán, convencido de que su honor y su reputación quedarían lavados al término de un juicio sensacionalista cuya estrella sería él. Sus hijos y conocidos lo disuaden. Ocupa ahora un empleo subalterno en Orbis, la empresa de Mertig, tras la quiebra de su criadero de gallinas y conejos.

A Mengele no le sorprende ver la desbandada de todos ellos. Qué desprecio le inspiran aquellos nazis de salón. ¡Eichmann el fanfarrón, Sassen el pornógrafo sensible y Fritsch el mocoso! Él sabe, él ha visto y él ha cometido, sin remordimientos ni pesar.

Mengele se aleja de Sassen, huye de Eichmann y aconseja a todos los nazis de Buenos Aires que lo imiten: «Eichmann es peligroso».

Lo esperan otros excitantes proyectos.

El 25 de julio de 1958, Josef Mengele contrae matrimonio con Martha Mengele en Nueva Helvecia, Uruguay. Una boda íntima, apagada, Karl-Heinz, Rudel y Sedlmeier son sus únicos testigos, junto a los Mertig y los Haase, y también a los amigos llegados de Paraguay: Jung, el exdirigente de las Juventudes Hitlerianas reconvertido a los negocios, y Von Eckstein, el barón báltico. Sassen no ha sido invitado; Karl sénior, indispuerto, se ha resignado a quedarse en Günzburg; Alois ha preferido hacer honor a su palco en el Festival de Bayreuth. Un conductor insensato atropelló a Heinrich

Lyons dos semanas antes de la ceremonia. Una vez hechos los brindis y devorada la comida (trucha ahumada y ensalada de salchichas, *gulasch* de cierva, *strudel* de ciruelas damascenas y *riesling* del Mosela de 1947), los Mengele confían a su hijo mayor a los Haase, y se van: la carretera es larga hasta Bariloche.

Martha se acurruca contra Josef al volante del Borgward Isabella. La capota silba, el cupé hiende el aire, a la pampa verde espinaca le suceden la estepa pedregosa, cielos inmensos abigarrados de golondrinas malvas y águilas negras, kilómetros y kilómetros de pistas espinosas a través del país infinito, hasta que la carretera se eleva, surgen montañas de triple dentición, mandíbulas de tiburón, emergen los Andes hirsutos, el Tirol argentino, y los Mengele orillan un lago celeste lavado por la nieve cuando por fin se perfilan Bariloche y su lujoso hotel.

Todo es maravilloso en el hotel Llao Llao. Un ramo de flores y bombones esperan a los recién casados en su habitación, desmesurada y amueblada con gran sobriedad, como debe ser. Su terraza ofrece maravillosas vistas de los lagos Nahuel Huapi y Moreno, que enlazan la península y la colina donde se yergue el hotel, un panorama de hermosos caserones de tejados en pendiente, como una aldea alemana medieval, protegida de la abyección y la agitación del mundo. La primera noche, un succulento cordero de Patagonia asado en brocheta. Martha es feliz. Al alba, cuando se desvanece la bruma, ella se estremece ante tanta belleza, el paisaje titánico, las crestas violáceas, los rayos de sol que atraviesan los bosques de hayas antárticas y de robles nevados. Josef, que tiene un sueño agitado, duerme aún, metido bajo las mantas.

Esa luna de miel lo desconcierta. Nunca hubiera pensado que toleraría la presencia de otra mujer. Martha es dulce y paciente, receptiva a sus reflexiones sobre la caída del Imperio romano, a los largos monólogos que amenizan sus caminatas, cuando le cuenta la tumultuosa vida de Wagner y de Albrecht von Haller, el padre de la biología alemana, el primero que estudió las vísceras de los

animales. Nunca hasta entonces había experimentado tanto deseo como el que siente por aquella mujer de grandes dientes y dedos amercillados. Martha es una fuente de juventud, la amorosa amante lo conduce por atajos desconocidos. Cuando estén de vuelta en Buenos Aires, le regalará una residencia secundaria en un balneario, a orillas del océano.

En la posguerra, Bariloche acogió a un fuerte contingente de nazis, muchos austriacos, encantados de volver a calzarse unos esguís, y a un pintor flamenco, el exjefe de la propaganda hitleriana en la Bélgica ocupada. También acudieron alemanes. Kops, el exespía de Himmler con quien Gregor se cruzó en la redacción de *Der Weg*, había abierto allí un hotel, el Campana, y la mejor tienda de ultramarinos-charcutería de la ciudad, el Delikatessen Wien, pertenecía a un capitán de las SS, Erich Priebke, implicado en la masacre de trescientos treinta y cinco civiles en las fosas ardeatinas de Roma. Rudel, visitante regular y miembro del club andino de la ciudad, le dio sus señas a Mengele.

Una noche se encuentran todos alrededor de una *fondue*. Rauff ha cruzado la frontera chilena para felicitar a los recién casados. Los nazis charlan de los buenos tiempos por enésima vez, y recuerdan a Richter, el sabio atómico que embaucó a Perón y se cepilló sus millones con los supuestos reactores de su laboratorio secreto en la isla de Huemul, muy cerca de allí, a la altura de Bariloche. Llueven las anécdotas, tintinean las copas, Kops anuncia que se está tramando un gigantesco complot en la Casa Blanca y en el Kremlin. Mengele bosteza y rodea el talle de Martha. Prefiere el sexo palpitante de su esposa a esa compañía viril que huele a aguardiente barato.

Al día siguiente, Martha y Josef trepan y caminan a través de calveros y oquedales. Sus pasos crujen en la nieve que cae a grandes copos, y se detienen a almorzar en un promontorio desde el cual se adivina, ahí abajo, el valle. Mengele está al borde del precipicio cuando un tímido sol perfora la masa algodonosa y asoman las cimas de los glaciares, los lagos azules, la naturaleza

fascinante. Presa de vértigo, como el viajero que contempla un mar de nubes pintado por Caspar David Friedrich, abre los brazos, rompe a reír. Se le dilata el pecho, le ruge la sangre, percibe sus pulsaciones en las sienes, Martha le habla pero él no oye, absorto en sus reflexiones, tan feliz, tan ufano, en ese mundo de ruinas y de miseria abandonado por Dios, posee libertad, dinero, éxito, nadie lo ha detenido y nadie lo detendrá nunca.

33

A su regreso, un rimero de correo espera a los Mengele. Entre las facturas y los folletos publicitarios, una carta de su padre y una citación de la policía: Mengele debería haberse presentado en la comisaría de Olivos tres días antes. Está hablando por teléfono con su abogado cuando un vecino llama a la puerta insistentemente con expresión atormentada. La policía estuvo la víspera y la antevíspera. Y la policía vuelve. Mengele no ha deshecho aún el equipaje cuando dos fornidos sargentos lo esposan y se lo llevan en su furgón, las sirenas a todo volumen.

Un oficial le arroja a la cara los periódicos de la víspera. «LOS CARNICEROS DE BUENOS AIRES», «LOS DOCTORES DE LA MUERTE», titulan dos diarios conservadores; «EL ASESINO CALZA ZUECOS BLANCOS», anuncia en la portada el semanario *Detective*. La hija de un gran industrial falleció unos días atrás a consecuencia de un aborto, un escándalo, no había cumplido los quince años. Detenido, el médico acusado ha denunciado a unos colegas a la policía, que ha desmantelado toda una organización. La redada es histórica y Argentina, estremecida, se congratula de que caigan cabezas. «Nos ha cantado el nombre de un tal Gregor, usted, Josef Mengele», ruge el oficial. «Se ha metido en un lío de mil

demonios: práctica ilegal de la medicina, abortos clandestinos, atentado a la moral de una nación que tiene la generosidad de acogerlo». Mengele, acompañado de su abogado, se mordisquea el bigote, niega en redondo y recoge velas, «fue hace mucho tiempo, por hacer un favor, dos o tres intervenciones que se desarrollaron a la perfección... Condeno rotundamente mis actos y prometo que no se volverán a repetir. Entonces, oficial, ¿por qué no llegar a un acuerdo y tapar este feo asunto?».

El oficial se frota los ojos de incredulidad, Mengele es encarcelado. El superhombre se siente agonizar. La celda apesta a orina, el colchón está infestado de piojos, el bodrio que sus carceleros le ofrecen por la mañana, al mediodía y por la noche, es infecto. El tercer día, el oficial lo convoca: «¿Cuánto?». Mengele dobla y triplica su oferta inicial, unos cientos de dólares, suficiente para vivir muy confortablemente en Buenos Aires durante varios meses.

En el punto de mira de la justicia, a merced de un policía turbio que ha guardado su expediente en sus archivos personales, Mengele vuelve a casa trastornado, derrengado, acorralado. Martha está todavía más angustiada que él cuando se arroja en brazos de Josef. Le señala, temblorosa, un telegrama de Sedlmeier recibido la víspera: «PRINCIPIOS DE AGOSTO, TE HA DENUNCIADO UN PERIODISTA EN ULM».

Ernst Schnabel había publicado unos meses atrás un superventas, *Ana Frank, el rastro de una niña*. Investigó sobre las circunstancias de su muerte en Bergen-Belsen y lamentó que numerosos SS hubieran desaparecido y se ignorase su paradero. «Nadie sabe, por ejemplo, qué fue del doctor Mengele, el médico de las selecciones de Auschwitz, si está muerto o vive en algún lugar». Varios diarios regionales publicaron extractos del libro, entre ellos el *Ulmer Nachrichten*. Ulm tan solo se halla a treinta y seis kilómetros de Günzburg. A principios del verano de 1958, el periódico recibió una carta anónima: «El viejo Mengele le contó a su anciana ama de llaves que su hijo, médico en las SS, vive en Sudamérica... La viuda

de uno de sus otros hijos fue a reunirse con él allí». El redactor jefe mandó la carta a Schnabel, quien se la remitió al fiscal de Ulm. El año anterior, este logró que condenaran a penas de prisión incondicional a nueve miembros del *Einsatzgruppe A* que habían cometido crímenes en Lituania.

Tras aceptar la denuncia, el magistrado pidió información a la policía de Günzburg, la cual se apresuró a avisar al clan Mengele.

34

Mengele rechaza violentamente a Martha y arroja contra una pared los platos dispuestos ya en la mesa para la cena. Los ojos rojos, fuera de las órbitas, vocifera, como un loco, un lobo rabioso, igual que cuando, en Auschwitz, descubría a unos gemelos en la rampa, Martha no lo reconoce, renuncia a acercarse a él, Mengele arroja los cubiertos, los vasos, una palmatoria, todo lo que está a su alcance, luego sube al dormitorio, mete unas prendas en una bolsa de deporte, fajos de billetes, su pasaporte, se precipita hasta su coche y arranca en tromba sin dirigir una sola mirada a Martha. Como para tirarse de los pelos, ha sido tan ingenuo, tan presuntuoso. ¡Hace falta ser majadero, gilipollas, se ríe de Eichmann, que se oculta con un pseudónimo, cuando él mismo figura en el listín con su propio nombre! ¡Hasta un niño podría desenmascararlo! Mengele está a punto de atropellar a varios peones en la carretera que recorre, rápido como una bala, rumbo al norte, hacia Paraguay, desaparecer en Paraguay, quiere serenarse, con un poco de suerte todo acabará arreglándose, los abortos, la denuncia del periodista, su familia es poderosa, todo se compra, basta poner el precio, y no se ha cursado ninguna orden de detención contra él, de momento.



Mengele se instala en Asunción. Lo acogen Von Eckstein y Jung; Sedlmeier y Alois van a verlo. Dado que Karl sénior se siente cansado, ha tomado las riendas de la multinacional el benjamín del clan. Los tres hombres conversan largo y tendido y solicitan los consejos de Rudel. El piloto, confidente de Stroessner e intermediario privilegiado del ejército paraguayo, a quien vende armas, tranquiliza al fugitivo: el Paraguay de Stroessner viene a ser como Argentina bajo Perón, no tiene nada que temer y debería comprar tierras allí; desde luego es un país corrupto y caótico, pero estable, nadie vendrá a importunarlo. Mengele rechina los dientes, la cara lúgubre: «¡Ahora no!». Ha rehecho su vida en Buenos Aires, posee una casa espléndida, su laboratorio farmacéutico va bien. Alois y Sedlmeier le instan a no precipitarse, cada año se presentan miles de denuncias, la mayoría acaban en nada, y aprovechando que está en Paraguay, le encargan una nueva misión, distribuir y vender una abonadora que hace furor en Europa.

Mengele se reencuentra con aldeanos, carreteras llenas de baches, el calor febril del Chaco. Pero ya no pone el corazón en ello. Le agujonea una sorda inquietud, un negro presentimiento, una vez más su existencia se tambalea, y mientras conduce piensa en el cuadro de la Pinacoteca de Múnich que le aterraba de niño, Jonás en la boca de la ballena, el profeta tragado al instante por el monstruo marino. Sus amigos lo ven cambiado, prematuramente envejecido. El elegante intelectual al que admiraban se ha transformado en un hombre taciturno e irascible. Una tarde insultó al hijo de Jung mientras le tomaba la lección de biología. En las veladas que organizan sus amigos alrededor de su piscina, picotea unos canapés, apartado de los demás, huidizo, atormentado. Cuando Von Eckstein intenta hablar con él, Mengele se limita a esbozar una sonrisa nerviosa. Solo recobra el sosiego con los Haase, Martha y Karl-Heinz, que acuden a verlo regularmente durante aquellos últimos meses de 1958. Su sobrino resulta ser un hijo cordial, confortador e inteligente, que se merece la reproducción del cuadro de Durero que le regalaron a Mengele por su cuarenta

cumpleaños. Celebran la Navidad en familia y el Año Nuevo en casa de los Jung. Los nazis brindan, 1958 será una cosecha formidable, Mengele toca madera.

Su visado está a punto de caducar, decide volver a Buenos Aires.

## 35

Lo ignora aún pero lo acecha otro sabueso. Un comunista austriaco, veterano de la Guerra Civil española, antiguo deportado de Dachau y de Auschwitz, donde fue secretario personal de Eduard Wirths, el médico jefe del campo. Y es que Hermann Langbein no olvidó nunca al doctor Mengele ni creyó en su desaparición. Encontró su rastro al ver por casualidad, en 1954, el aviso legal de su divorcio. Dos años antes había cofundado el Comité Internacional de Auschwitz para indemnizar a los supervivientes del campo y ayudarlos a llevar a sus torturadores ante la justicia reuniendo información y testimonios. Paciente y discretamente, Langbein investiga y acumula pruebas contra Mengele. Está convencido de que vive en Buenos Aires, ha tomado nota de la mediación del abogado argentino en la instrucción del divorcio. Langbein envía su expediente al ministro federal de Justicia, que se declara incompetente: corresponde a la fiscalía de un *land* hacerse cargo del caso Mengele. Los magistrados rezongan, salvo el de Friburgo, el último domicilio conocido de Mengele, que ayudó a Irene a instalarse allí al acabar la guerra. El 25 de febrero de 1959, el fiscal emite allí una orden de detención por asesinatos con premeditación y tentativas de asesinatos. Langbein insiste, Mengele vive en Buenos Aires, el ministro de Asuntos Exteriores debe pedir su extradición al gobierno argentino.

Sedlmeier telegrafía a Mengele la noticia, que se la ha revelado uno de sus informadores en la policía. Esta vez ya no cabe excusa alguna, tiene que vender la villa y las participaciones de Fadro Farm, liquidar las cuentas bancarias y buscar refugio en Paraguay. Nada indica que el nuevo gobierno liberal argentino, elegido democráticamente, se muestre tan clemente con los nazis como sus predecesores, el peronista y el militar. Entra dentro de lo posible que Buenos Aires acceda a la petición de Bonn: Mengele está aterrorizado, al borde de una crisis nerviosa, cuando reúne en una caja de cartón sus revistas científicas y se despide de sus compañeros del laboratorio farmacéutico sin dar una explicación. A Martha y a Karl-Heinz, que se quedan en Argentina pero tienen que mudarse, les exige la mayor discreción. Los abraza y los emplaza a reunirse con él en Asunción, «muy pronto».

De nuevo Rudel vuela en su auxilio. Le ayudará a obtener la nacionalidad paraguaya: no existe ningún tratado de extradición entre Bonn y Asunción, el presidente Stroessner no entregaría nunca a un conciudadano a otra nación, la soberanía de Paraguay es sagrada. Aterrado ante la idea de vivir en una gran ciudad, Mengele suplica a su amigo que le encuentre un escondite en el campo, en una colonia alemana. Siempre conciliador, Rudel lo pone en manos de Alban Krug, un nazi coloradote con espaldas de luchador que posee una finca en Nueva Bavaria, a unos kilómetros de la frontera argentina.

La vida transcurre lentamente en Hohenau. La aldea se despliega alrededor de la plaza de la iglesia, donde remolonean indios guaraníes astutos y supersticiosos. En las calles de tonos granate

del centro pululan vacas y cerdos, enjambres de insectos revolotean en torno a puestos de morcillas y de pieles de serpiente, niños rubios conducen carros de bueyes hacia el río Paraná, más abajo. Por los alrededores, los colonos europeos faenan, con el cabello empapado en sudor, en los campos de maíz y de calabaza, bajo un sol abrumador. El canto de los colibríes acompasa la taciturna vida diaria del pueblo, solazado por la fiesta de la cerveza en otoño, y por el banquete suabo todas las primaveras, cuando los campesinos achispados se atracan y bailan en interminables corros y farándolas, como en un cuadro de Brueghel el Viejo, cuatro siglos atrás, ante Mengele, que los mira despavorido.

Fiel, voraz e inculto, Alban Krug le recuerda a Heinrich Lyons. Su protector dirige con dejadez una cooperativa de granjas de balances aceptables; prefiere la cerveza producida por uno de sus socios, la cocina vigorizante de su mujer, la caza y la pesca, rodeado de su hijo Oskar y de sus hijas. Krug es totalmente lego en los métodos empresariales que su huésped intenta inculcarle. Con frecuencia de viaje, Mengele prosigue con sus actividades de representante. Transita sin descanso de colonia en colonia, de explotación en explotación, por todo Paraguay, con sus catálogos de maquinaria agrícola y sus estados de ánimo como únicos acompañantes. Mengele maldice, echa pestes, rabia por haber perdido su nido argentino, gime sobre su suerte, le tortura la idea de quedar atrapado o de vivir indefinidamente oculto en casa del idiota de Krug. A los sudores fríos les sucede a ratos un optimismo prudente. Si obtiene la nacionalidad paraguaya, podrá reconstruir su vida, comprar tierras, instalarse allí con Karl-Heinz y Martha, por más que cueste convencerla. Su esposa constituye una de sus más dolorosas preocupaciones: en vez de apoyarlo, ella no soporta el calor, los cortes de electricidad, el polvo rojo que se cuele por todas partes, «a la señora no le complacen Hohenau ni la campiña paraguaya». Hubiera debido abofetearla cuando se hundió en un mar de lágrimas porque le había picado una araña, la primera noche, al llegar. No quiere llevar una vida de fugitiva, mudarse de

continuo, dormir en el hotel, está acostumbrada a otro tren de vida y se queja amargamente de la ausencia de él; sus conocidos de Buenos Aires no cesan de preguntar por él, pero no sabe qué contestar, al igual que en el colegio los chiquillos le preguntan a Karl-Heinz, muy trastornado desde su marcha. Y si se establecen en la jungla, ¿dónde proseguirá el adolescente su escolaridad? Un Mengele no estudia en cualquier colegio. Martha está convencida de que Josef exagera. Debería volver a Buenos Aires, allí serían felices como al principio, no corre ningún peligro. En el fondo, piensa Martha, Karl júnior era más valiente.

Mengele consiente en reunirse con ella en Asunción, donde procura poner buena cara cuando cenan con los Jung y con Von Eckstein. La vida de Josef está en manos de estos dos hombres, que apadrinan su petición de naturalización, y Von Eckstein le ha presentado a uno de los mejores abogados del país, pero la operación es ilegal: en principio, se precisa haber vivido cinco años en Paraguay para optar a la ciudadanía.

Comienza una carrera contrarreloj. Bonn transmite a Buenos Aires la petición de extradición de Mengele, otra está en camino hacia Asunción, se extiende el rumor de que se ha refugiado en Paraguay. En Argentina, las diligencias se eternizan, las trabas jurídicas y administrativas se multiplican, el embajador de Alemania, Junker, se muestra reacio, duda, la petición transita, vía el Ministerio de Asuntos Exteriores, por el presidente del Senado, el fiscal general, un juez de la Corte Federal, la policía, los tribunales. En el fondo, los gobiernos argentino y alemán se dan cuenta del inmenso embrollo. En Paraguay, el Ministerio del Interior y la policía barruntan una

inminente solicitud de extradición, la Interpol les ha pedido una copia del expediente de su solicitud de nacionalización, pero Rudel acude al ministro para pedirle ayuda. A su amigo, el brillante doctor José Mengele, lo persiguen en Alemania por sus convicciones políticas, nada malo, resultará valioso en Paraguay, de modo que hay que otorgarle la naturalización urgentemente: en noviembre de 1959, es cosa hecha, la Corte Suprema paraguaya concede a Mengele la ciudadanía, un permiso de residencia, un certificado de buena conducta y un carné de identidad.

Sin embargo, Mengele llega destrozado a casa de los Jung, que dan una pequeña fiesta para celebrar la feliz noticia. Deshecho en lágrimas, balbucea que su padre acaba de morir. Alemania pierde a un patriota y él a su aliado más inquebrantable, su amparo, ese padre terrible e intransigente que, pese a todo, nunca lo abandonó. A miles de kilómetros de Günzburg, en cuya fachada del ayuntamiento cuelga un imponente retrato del difunto, Mengele desahoga sus penas al borde de la piscina enguirnaldada, en la noche pegajosa de Asunción. Refiere a Von Eckstein, a Karl-Heinz, a los Jung, a los Haase, a Rudel, el ascenso al Hirschberg con su padre en el verano de 1919. Por una vez estaban solos los dos, habían hecho pícnic en el campo, se le había posado una mariposa en la manga y, desde la cima, los lagos de Baviera centelleaban como rollos de película plateados. De niño, su padre, a quien tanto temía, le recitaba antes de dormir una oración que le habían enseñado los trapenses tras estar a punto de ahogarse en una alberca, a los seis años: *procul recedant somnia, et noctium phantasmata*: aléjense de nosotros los sueños y las quimeras de la noche.

Inconsolable, Mengele balbucea y solloza como una niña. Acudirá al entierro, cueste lo que cueste, tomará el primer avión para Europa. Rudel lo disuade, es un suicidio, lo detendrá la policía en el cementerio, debe renunciar al viaje.

En la tumba, el día del entierro, los empleados de pompas fúnebres depositan una corona de flores acompañada de un

mensaje anónimo: «Te saludo desde lejos».

Eichmann, que trabaja ahora de electricista en la Mercedes, ha sido localizado en Buenos Aires.

Lothar Hermann, un judío alemán ciego refugiado en Argentina, está seguro de haber dado con su pista. Tiempo atrás, su hija se había relacionado con Nick Eichmann, quien elogiaba las proezas de su padre durante la guerra y se lamentaba de que Alemania no hubiera aniquilado a todos los judíos. En 1957, Hermann escribe al fiscal de Hesse, Fritz Bauer. Bauer, en vez de colaborar con la embajada y los servicios secretos alemanes en Buenos Aires, infestados de antiguos nazis, opta por transmitir discretamente la información al Mossad. Los servicios secretos israelíes realizan una investigación en Argentina pero no resulta concluyente, y el Mossad la interrumpe: Hermann pide demasiado dinero; el domicilio del hombre sospechoso de ser el gran exterminador de los judíos de Europa es un cuchitril, ubicado en los suburbios de Buenos Aires. Impensable. Pero Bauer quiere dar crédito a las alegaciones de Hermann. Localiza una segunda fuente que corrobora su relato: Ricardo Klement es a todas luces Adolf Eichmann. En esta ocasión intervendrá el Mossad, la decisión de secuestrar al SS se toma en diciembre de 1959.

Iser Har'el, el director del Mossad, planea secretamente un segundo secuestro: sueña con que figure el nombre de Mengele entre sus piezas de caza cobradas. La petición de extradición alemana se ha filtrado a la prensa y el Congreso Judío Mundial alienta a los supervivientes de Auschwitz a dar cuenta ante Langbein de los crímenes de Mengele. Har'el tan solo dispone de

información dispersa y ya no válida: Mengele se hace llamar Gregor y dirige una fábrica de muebles en el centro de Buenos Aires. Su plan es sencillo: tras el arresto de Eichmann, fijado para el 11 de mayo de 1960, sus hombres dispondrán de nueve días para echar el guante al médico nazi y embarcarlo en el avión que trasladará a Eichmann a Israel.

Desde que se convirtió en ciudadano paraguayo y cobró una parte de su herencia, Mengele se esfuerza en ahuyentar sus pensamientos lúgubres. Practica el esquí náutico, descubre las tribus guayaquís con el excéntrico Von Eckstein y se plantea de nuevo el futuro con cierta serenidad. Se mitigan las tensiones con Martha, Mengele ha recobrado su libertad de movimientos. A principios de 1960, mientras los equipos del Mossad preparan el secuestro de Eichmann en Buenos Aires, pasa unos días en la pensión donde Martha se ha instalado con Karl-Heinz, en el barrio bonaerense de Vicente López. Unas semanas más tarde, en abril, se encuentran en el hotel Tirol, un lujoso establecimiento de la ciudad paraguaya de Encarnación. El infatigable Sedlmeier se reúne con ellos. Hablan de finanzas, medios de comunicación y perspectivas de crecimiento de su filial en Paraguay. Mengele muestra a su acólito las fotos de una hermosa finca que desea comprar en la región del Alto Paraná. Regresa a casa de Krug tranquilizado, casi contento, pues Martha ha consentido por fin en acompañarlo en su exilio.

A comienzos de mayo, la operación Atila entra en su fase activa con la llegada de los comandos del Mossad a Buenos Aires. Har'el ha deslizado en su equipaje el expediente codificado de Mengele. El día 11, tal como estaba previsto, Eichmann es secuestrado. En el escondite donde lo tienen oculto, los agentes israelíes lo acorralan: ¿conoce a Mengele? ¿Dónde se oculta? ¿Qué aspecto tiene en la actualidad? ¿Qué hábitos ha establecido en Buenos Aires? ¿Con quién se ve? «Eichmann, ¿dónde está Mengele?». El nazi permanece impertérrito. No obstante sus diferencias y el desprecio que le profesa, Eichmann se niega a delatar a su camarada: «Mi



honor se llama fidelidad». Los israelíes presionan, prometen, amenazan, insisten, y por fin Eichmann suelta las señas de la pensión de Vicente López.

El tiempo apremia, los israelíes juegan sobre seguro mientras que los nazis de Buenos Aires están en vilo. Los hijos de Eichmann, tan pronto como se confirma la desaparición de su padre, se han precipitado a casa de Sassen con el fin de coordinar la búsqueda. Ha sido obra de los judíos, no les cabe la menor duda, y planean hacer saltar por los aires la embajada de Israel o secuestrar al embajador en represalia; dividen en zonas la ciudad y las rastrean, ayudados por los fascistas de las milicias Tacuara y las Juventudes peronistas; Sassen se encarga de montar guardia en el aeropuerto.

Har'el envía a dos agentes a la pensión, una villa aislada rodeada de una cerca, al fondo de una calle estrecha difícil de vigilar sin ser rápidamente localizado. La dueña de la pensión no conoce a ningún señor Gregor o Mengele. Un cartero es más locuaz: una familia Mengele vivió allí, pero desapareció hace unas semanas sin dejar señas de a dónde mandar el correo. En la fábrica de muebles nadie ha oído nunca hablar de un alemán que se llame Gregor. Pasan los días, no hay modo de dar con el médico refugiado en Paraguay, pero Har'el no se resigna. Mengele «arde como un fuego en sus huesos», el jefe del Mossad llega a plantearse asaltar la pensión, convencido de que sigue ocultándose allí. Sus hombres lo disuaden, podría echar por la borda toda la operación.

El 20 de mayo de 1960, un avión de las líneas El Al despegue de Buenos Aires con destino a Tel Aviv, con Adolf Eichmann disfrazado de miembro de la tripulación y drogado a bordo. Har'el jura a sus hombres que tardarán poco en capturar a Mengele. Ellos conformarán la nueva unidad especial encargada de acorralar a los nazis y el médico de Auschwitz será su primer objetivo.

A los pocos días, cuando Ben Gurion anuncia en la Knesset la captura de Eichmann, los criminales de guerra refugiados en Sudamérica se quedan petrificados. ¿Quién será el siguiente de la lista? ¿Quién será secuestrado, apaleado, abatido a sangre fría en su cama o en un aparcamiento por un comando de vengadores surgido de improviso? ¿Quién será llevado por la fuerza a Israel, expuesto a la vindicta judía y a la opinión mundial en una degradante jaula de cristal, como un monstruo de feria, como Eichmann durante su proceso en Jerusalén, el año siguiente? Los nazis en el exilio no conocerán ya la paz. Si quieren salvar el pellejo, tendrán que recluirse, renunciar a los goces terrenales, condenarse a una existencia clandestina de fugitivos, a una fuga sin refugios ni descanso.

En esta ocasión, se ha abierto la caza de nazis.

Periodistas del mundo entero acuden a Buenos Aires para investigar. El secuestro de Eichmann inaugura una nueva era: es una humillación para Argentina, una catástrofe para Alemania Federal. La primera debe demostrar que no es un santuario de los nazis: el 20 de agosto se emite una orden de detención contra Mengele que culminará, al cabo de un año, con la captura de... Lothar Hermann, acusado de ser el médico de Auschwitz; y Alemania, que está dispuesta a juzgar a sus criminales y a enfrentarse a su pasado. Da comienzo la gran limpieza, los círculos nazis de Buenos Aires se desintegran. Sassen, de quien sus camaradas sospechan que ha traicionado a Eichmann, vende sus grabaciones a precio de oro a *Life* y a los medios de comunicación alemanes y holandeses antes de huir a Uruguay, donde se presenta como «nazi reformado».

«¡El gilipollas pretencioso de Eichie y su jodida soberbia!». A Mengele le da un ataque de rabia al enterarse del secuestro por la radio, en la cocina de los Krug. Reniega de los malditos judíos, de

los argentinos ineptos, de los alemanes corruptos, del mundo entero, y cuando Krug le dice que él no tiene nada que temer, porque ha obedecido órdenes y ha cuidado de la gente en los campos, le entran ganas de descerrajarle un balazo entre los ojos, a él y después a toda su familia, apoltronados en la mesa de la cena. Sí, los liquidaría a todos uno tras otro, a las chicas como colofón, de rodillas las zoquetas aquellas, los Krug pagarían por los judíos, los argentinos, el mundo entero, por ese hijo de puta de Eichmann, a ese ojalá pudiera cargárselo en su celda israelí, después huiría a la selva, desaparecería para siempre. Pero Mengele se echa a temblar, sus manos, sus brazos, sus piernas temblequean y, como estos amenazan con traicionarlo, la señora Krug le obliga a sentarse y a beber agua azucarada. Cuando recobra la lucidez, no puede sino enfrentarse a la misma realidad de antes, odiosa: el pozo al que le ha arrojado la captura de Eichmann y donde a todas luces va a ahogarse. Eichmann se dará el gustazo de ponerlo en manos de los israelíes. Otros hablarán, ha dejado rastros por todas partes, su documentación figura a su nombre, están su mujer, su hijo, resultará fácil seguirle la pista hasta aquella granja abierta a los cuatro vientos que solo Krug, una vieja pistola Walther y unas cuantas horcas defienden, pan comido para los matarifes aguerridos del Mossad. Y Mengele no deja de moverse; no se siente seguro en ninguna parte. De día y de noche se mordisquea el bigote, cual avispa atrapada en un vaso y amenazada de asfixia. Cuando se duerme, a eso de las tres, las cuatro de la mañana, tras haber ingerido varios comprimidos de somnífero, el más mínimo ruido, un crujido del suelo de madera, un insecto insignificante, lo despierta sobresaltado. Teme que lo reconozcan, ahora que el gobierno alemán ofrece veinte mil marcos por su cabeza y que se ha convertido (por fin) en una celebridad mundial. La prensa relata las atrocidades que cometió y difunde su foto. Rolf sabrá ya que su padre no desapareció en Rusia sino que es el Ángel de la Muerte de Auschwitz. Ante los amigos de Asunción, Mengele intenta justificarse, minimizar su papel, pero la gente se aleja de él, Jung

escurre el bulto y volverá a Alemania, solo Von Eckstein le cree. Tiene miedo, lo pasa mal, gimotea: Haase, el amigo fiel que le enviaba regularmente libros de poesía y le escribía diciéndole que no perdiera los nervios, que resistiera, que aguantara firme, acaba de morir al caerse de una escalera en Buenos Aires.

En septiembre de 1960, Mengele decide que debe largarse cuanto antes, huir, abandonarlo todo, reinventarse a los cuarenta y nueve años; de no ser así, lo detendrán los israelíes. La unidad especial del Mossad controla las idas y venidas de su mujer y de su hijo, y se acerca peligrosamente a la finca de los Krug. Rudel le facilita una pistola Mauser y un nuevo carné de identidad brasileño a nombre de Peter Hochbichler. Mengele ha de separarse de Martha y de Karl-Heinz, que regresan a Europa sin despedirse de él. En su precipitación, quema sus anotaciones, su pasaporte alemán, y destruye sus muestras de Auschwitz. Al alba de una clara mañana de octubre, Krug y Rudel lo conducen en *jeep* a la frontera brasileña. Cuando el inmenso hombretón le grita que su guerra no ha acabado, Mengele no se vuelve, se interna en los repliegues esmeralda de la selva.

Helo aquí sentenciado a la maldición de Caín, el primer asesino de la humanidad: errante y fugitivo en la Tierra, aquel que lo encuentre lo matará.

# **Segunda parte**

## **La rata**

El castigo se corresponde con la falta: verse privado de todo placer de vivir, alcanzar el más alto grado de repulsión hacia la vida.

Kierkegaard

En el Museo Tinguely, en Basilea, una sala sumida en la penumbra. Atmósfera de matanza, cámara de tortura abandonada. Un monstruo-altar con cráneo de hipopótamo está rodeado de esculturas compuestas de carcasas de reses, de maderas y vigas carbonizadas, de metales retorcidos por el fuego, de materiales recogidos por Jean Tinguely entre los escombros de una granja fulminada por un rayo, cerca del pueblo suizo donde se hallaba su taller. Entre los restos calcinados, osamentas de una enorme máquina para maíz Mengele.

Las esculturas-máquinas empiezan a sacudirse bajo un sol negro. Ruedas, poleas, cadenas, tuercas rechinan, crujen, en una estación de clasificación dislocada. Las mandíbulas de acero se abren desmesuradamente, cráneos de hombres y de animales desfilan y caen sobre una rampa con correas metálicas mientras sus sombras giran en las paredes, cual inmensas jeringuillas, hachas de verdugos, sierras, martillos, guadañas, horcas. Un vals estridente, en tanto que en el resto del museo palpitan el *jazz* y los reflejos verdes, azules y claros del Rin a través de los ventanales. Abismado en la chatarra, el visitante es absorbido por las esculturas-máquinas. Amenazan con azotarlo y lacerarlo, arrojársele encima para escoltarlo hasta la rampa. Obsesionado por la muerte en los campos nazis, Tinguely ha compuesto *Danza macabra Mengele*.

Esa danza macabra de Auschwitz se vio forzado a ejecutarla un médico forense húngaro en el verano y el otoño de 1944. Miklós Nyiszli pertenecía a los *Sonderkommandos*, los muertos vivientes condenados a recoger los cabellos y a arrancar el oro de los

cadáveres gaseados antes de arrojarlos a los hornos. El judío Nyiszli fue el bisturí de Mengele. A sus órdenes, serró bóvedas craneales, abrió tórax, cortó pericardios, y tras escapar milagrosamente del infierno, recogió lo inimaginable y terrible en un libro, *Fui asistente del doctor Mengele*, publicado en la inmediata posguerra en Hungría, y en Francia en 1961.

«Mengele es infatigable en el ejercicio de sus funciones. Pasa tanto horas enteras abismado en el trabajo como medio día de pie ante la rampa judía adonde llegan ya cuatro o cinco trenes diarios cargados de deportados de Hungría... Su brazo se alza invariablemente en la misma dirección: a la izquierda. Trenes enteros son enviados a las cámaras de gas y a las piras... La eliminación de cientos de judíos en las cámaras de gas es para él un deber patriótico».

En el barracón de experimentación del campo gitano, «se efectúan con enanos y gemelos todos los exámenes médicos que el cuerpo humano es capaz de soportar. Tomas de sangre, punciones lumbares, intercambios de sangre entre gemelos, innumerables reconocimientos agotadores, deprimentes, *in vivo*». Para el estudio comparativo de los órganos, «los gemelos deben morir al mismo tiempo. Lo hacen en uno de los barracones del campo de Auschwitz, en el barrio B, a manos del doctor Mengele».

Les inyecta cloroformo en el corazón. Los órganos extraídos, con la estampilla «material urgente de guerra», son enviados al Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín, que dirige el profesor Von Verschuer.

«A Mengele se le considera uno de los máximos representantes de la ciencia médica alemana... Y la labor que efectúa en la sala de disección está al servicio del progreso de la medicina alemana».

Cuando se declara una epidemia de escarlatina en los barracones ocupados por los judíos húngaros, «Mengele ordena transportarlos directamente en camión al crematorio».

A Nyiszli lo obsesiona el aura macabra de su torturador: «Habitualmente de buen humor, su cara placentera enmascara su crueldad. Toparse con tanto cinismo sorprende, incluso en el

campo... “Doctor Mengele” es un nombre mágico..., la persona más temida en el campo. Con solo oírlo, todo el mundo se echa a temblar».

Nyiszli describe su celo maníaco en la sala de disección del crematorio hasta el otoño de 1944, cuando Alemania ha perdido ya la guerra: «El doctor Mengele llega como de costumbre a eso de las cinco de la tarde... Pasa horas a mi lado entre los microscopios, los estudios y las probetas, u horas enteras de pie junto a la mesa de disección con la bata manchada de sangre, las manos ensangrentadas, examinando e investigando como un poseso... Hace unos días, estaba sentado junto a él en la sala de trabajo, al lado de la mesa. Hojeábamos los dosieres ya preparados, cuando, en la cubierta azul claro de un dossier, descubrió una pálida mancha de grasa. El doctor Mengele me lanzó una mirada de reproche y me dijo, con la mayor seriedad: “¡Cómo puede actuar tan descuidadamente con estos dosieres que he seleccionado con tanto amor!”».

La vida cotidiana de Nyiszli es demencial. «La luz centelleante de las piras y el humo remolineante de las chimeneas de los cuatro crematorios llegan hasta allí. La atmósfera está cargada del olor de la carne y de los cabellos que arden. En las paredes de los muros resuenan gritos de muerte y el crepitar de las balas disparadas a quemarropa. Allí es donde el doctor Mengele va a relajarse después de cada selección y cada fuego artificial. Allí pasa todos sus ratos libres, y en ese ambiente de horror, con fría locura, me hace abrir los cadáveres de cientos de inocentes enviados a la muerte. Las bacterias las cultiva en un autoclave eléctrico, alimentadas con carne humana reciente. El doctor Mengele pasa horas enteras ante los microscopios e investiga las causas del fenómeno de la gemelaridad, que nadie resolverá».



Un día bajan del convoy un padre giboso y su hijo cojo, dos judíos del gueto de Lodz. Cuando los ve en la rampa, Mengele los hace salir al instante de la fila y los envía al crematorio número uno para que los examine Nyiszli. El médico húngaro les toma las medidas y les ofrece buey salteado con macarrones, «la última cena», escribe. Unos SS se los llevan, los hacen desnudarse y los matan a quemarropa por orden de Mengele. Le llevan los cadáveres a Nyiszli, quien, «con el corazón en un puño», encarga su disección a otros compañeros.

«Ya entrada la tarde, tras enviar a no menos de diez mil hombres a la muerte, llega el doctor Mengele. Escucha con sumo interés mi informe de las observaciones realizadas tanto *in vivo* como en la autopsia de las dos víctimas minusválidas. “Estos dos cuerpos no deben ser incinerados”, dice, “hay que acondicionarlos y enviar sus esqueletos a Berlín, al Museo Antropológico. ¿Qué métodos conoce usted para la perfecta limpieza de los esqueletos?”, me pregunta».

Nyiszli propone sumergir los cadáveres en cloruro de cal, que consume las partes blandas de los cuerpos al cabo de dos semanas, o cocerlos en agua hirviendo, hasta que pueda separarse la carne de los huesos. A continuación los cadáveres serán sumergidos en un baño de gasolina, que disuelve las demás materias grasas y deja el esqueleto blanco, seco e inodoro. Mengele le ordena utilizar el procedimiento más rápido, la cocción. Preparan los fogones. Ponen al fuego unas barricas de hierro y en los calderos cuecen a fuego lento los cadáveres del jorobado y el cojo, padre e hijo, dos modestos judíos de Lodz.

«Transcurridas cinco horas», escribe Nyiszli, «me doy cuenta de que las partes blandas se separan fácilmente de los huesos. Mando, pues, apagar el fuego. Pero las barricas deben seguir donde están hasta que se enfríen».

Ese día no funciona el crematorio. Unos prisioneros albañiles reparan las chimeneas. Viene a verlo uno de los ayudantes de Nyiszli, aterrado: «“Doctor, los polacos se están comiendo la carne de las barricas”. Acudo a toda prisa. Cuatro prisioneros extranjeros, vestidos con el sayal a rayas, están de pie, alrededor de las barricas, estupefactos... Como estaban hambrientos, buscaban algo de comer en el patio y se acercaron casualmente a las barricas, durante un momento sin vigilancia. Pensaban que era carne para el *Sonderkommando* que se estaba cociendo... Los polacos se habían quedado casi paralizados de terror al saber qué clase de carne habían comido».

Al final, los esqueletos yacen tendidos en la mesa de trabajo. «El doctor Mengele está encantado: ha traído con él a varios colegas oficiales superiores para mostrarles los esqueletos. Todos parecen gente importante y se expresan con términos científicos rimbombantes... Después los esqueletos son embalados en grandes bolsas de papel recio y enviados a Berlín con un matasellos que reza: “Envío urgente, Defensa nacional”».

Mengele es el príncipe de las tinieblas europeas. El médico orgulloso ha diseccionado, torturado, quemado a niños. El hijo de buena familia ha enviado a cuatrocientos mil hombres a la cámara de gas silbando entre dientes. Durante mucho tiempo ha creído que había salido bien librado, él, «el engendro de lodo y de fuego» que se tomaba por un semidiós, él, que había pisoteado las leyes y los mandamientos e infligido sin compasión tanto sufrimiento y tanta tristeza a los hombres, sus hermanos.

Europa, valle de lágrimas.

Europa, necrópolis de una civilización aniquilada por Mengele y sus esbirros de la Orden Negra de la calavera, punta envenenada de una flecha lanzada en 1914.

Mengele, el empleado modelo de las fábricas de la muerte, el asesino de Atenas, Roma y Jerusalén, creyó que escapaba al

castigo.

Pero ahí lo tenemos, abandonado a sí mismo, esclavo de su existencia, acorralado, moderno Caín errando en Brasil.

Ahora comienza el descenso a los infiernos de Mengele. Se reconcomerá y se perderá en la noche.

42

Con una toalla anudada a la cintura en el cuarto de baño de la primera planta, Mengele se acerca al espejo entre reniegos. Se le han hinchado más las ojeras, y el color azulado de estas contrasta con la palidez de su cara, su torso enflaquecido, sus pectorales caídos. ¡Cuánto ha envejecido estos últimos meses! Frunce los labios y se mordisquea el bigote, un felpudo de feriante grisáceo, horroroso, piensa, tan poco germánico, tan poco académico, cuando sorbe sopa se lo relame como un gato viejo. Le asquea pero, al camuflar parcialmente el espacio entre sus incisivos superiores, lo sosiega, aun cuando nada lo tranquiliza durante este año que lleva en Brasil, y esa mañana del 7 de octubre de 1961 está más inquieto que de costumbre, una enorme bola le tortura el estómago. Maquinalmente, se masajea las sienes de abajo arriba ante el espejo, como si las fricciones fueran a disipar sus males y a aplanar su frente prominente, esa maldita frente que le preocupa y que acabará traicionándolo, junto con el hueco que tiene entre los dientes; ya le previno Irene quince años atrás.

Mengele cierra los ojos y, pese a que no cree en nada, repite en voz baja el mantra de Rudel, solo está perdido el que se abandona a sí mismo, mientras aprieta los puños. Ahora debe apresurarse, afeitarse y cepillarse los dientes, enfundarse un pantalón de algodón, zapatos, una camisa de color blanco crudo que se abrocha

hasta el cuello, sin corbata —hace ya mucho calor—, y encasquetarse el sombrero de ala ancha del que ya no puede prescindir. Mengele ase dos maletas y baja la escalera al pie de la cual le espera un hombre sonriente que carga con su equipaje y lo mete en el maletero de un modesto Ford Anglia. Son un poco menos de las ocho de la mañana cuando abandonan la ciudad de Itapecerica.

El hombre servicial lleva gafas oscuras y se llama Wolfgang Gerhard. Es el representante del *Kameradenwerk* de Rudel en la región de São Paulo, y el piloto había contactado con él tan pronto como decidió introducir clandestinamente a Mengele en Brasil. En Günzburg, la familia se mostró escéptica al principio: ¿no pretenderá Gerhard, que se desloma desde que abandonó Austria, sacarle cantidades exorbitantes? ¿Cabe fiarse de ese individuo que canta en un coro y suele darse a la bebida? ¿Son serios los informadores con respecto a esto? Rudel los tranquiliza. Gerhard no exigirá ni un pfennig, proteger a un criminal de guerra de la categoría de Mengele es un honor, una consagración que no tiene precio para un nazi fanático como él. Su hijo se llama Adolf. Sueña con enganchar el cadáver de Simon Wiesenthal a su coche y arrastrarlo por las calles como las latas de conserva en una boda. En Navidad, una cruz gamada corona el abeto de los Gerhard.

Mientras su chófer enfila hacia el norte, Mengele observa sus manos velludas manipular el volante y sus piernas demasiado largas para el espacio del Ford. Gerhard le recuerda a un adolescente subido en un tiiovivo infantil, encantado de sorprender a los amigos, que dudaban de su audacia. Gerhard silba entre dientes, es un gran día para él, que solo tenía veinte años cuando acabó la guerra e imprime habitualmente oscuros folletos de propaganda y un periodicucho antisemita. Una misión digna del soldado de élite que habría podido ser de no haberse confabulado las fuerzas del mal contra el nazismo: conducir al ya célebre doctor Mengele al santuario que ha encontrado él, el pequeño Gerhard, el antiguo soldado raso, una granja aislada en los alrededores de Nova

Europa, a trescientos kilómetros de São Paulo. Sus propietarios son una pareja de húngaros, Geza y Gitta Stammer. Estos habían abandonado su país después de la guerra, a raíz de la invasión soviética; Gerhard los conoció unos años atrás en una reunión de expatriados de Europa Central. Son personas sencillas y políticamente fiables, no le harán preguntas embarazosas.

Conforme el país va tornándose árido, se acrecienta la angustia de Mengele. Por enésima vez, Gerhard tiene que detallarle el plan que ha preparado, con la bendición de Rudel y de Günzburg. El austriaco ha adquirido la costumbre de tranquilizar al fugitivo; cuando Mengele recaló en Brasil, lo empleó en su taller de confección, lo consoló y lo animó como a un hijo. Para Gerhard, ayudar a Mengele es salvar a Berlín de las llamas, un deber que constituye por sí solo una recompensa; además, desde hace un año, sus negocios, su mujer y sus dos hijos han pasado a un segundo plano.

A los Stammer, Gerhard les ha presentado a Mengele como un especialista suizo en cría de ganado a quien ya no le apetece vivir solo a los cincuenta años. El excéntrico Peter Hochbichler sale de una época un poco difícil, problemas de salud, les ha contado Gerhard, por eso busca compañía y trabajo; además, acaba de heredar una buena suma de dinero que le gustaría invertir en tierras. Hochbichler podría administrar la granja: Geza, agrimensor, se ausenta regularmente durante largos periodos. Los Stammer no nadan en la abundancia y aceptan la propuesta de Gerhard. No remunerarán a Hochbichler pero lo alimentarán, lo alojarán y le lavarán la ropa.

A la carretera asfaltada le suceden kilómetros de pistas y un camino de tierra que serpentea a través de la sabana hasta una vieja granja. Fin de trayecto: unos perros saltan ladrando al paso del vehículo, y una pareja de cuádragenarios sale al umbral de la casa de madera con sus dos hijos, la familia Stammer, impaciente por conocer al misterioso huésped Peter Hochbichler.

Protegido por una guardia pretoriana de indios, un tal Mengele es localizado en una pequeña población del Mato Grosso pero logra escapar a la trampa que le tiende la policía brasileña en marzo de 1961. A los pocos meses, es detenido en un municipio de Minas Gerais. Un desafortunado error, el detenido es un Waffen-SS de veraneo. Mengele es localizado de nuevo en febrero de 1962, en una ciudad junto a la frontera de Paraguay. Su hotel es asaltado por las tropas de élite de la policía militar brasileña, pero ha abandonado su habitación esa misma mañana. La prensa argentina revela que ha asesinado a un agente del Mossad en Bariloche; armado y sumamente peligroso, dispone de un ejército privado pagado de su bolsillo y que lo acompaña en todos sus desplazamientos: desde que pusieron precio a su cabeza y se divulgaron sus crímenes, Mengele es objeto de relatos fantasiosos y no tarda en convertirse en una criatura mítica, «el médico satánico, la criatura demoniaca, en nada comparable a un hombre pese a su apariencia humana», escribe el dramaturgo Rolf Hochhuth en *El vicario* en 1963.

El Mossad no se deja distraer por los rumores extravagantes. La unidad especial ha establecido su cuartel general en París; la dirige uno de los responsables del secuestro de Eichmann, Zvi Aharoni, un judío alemán que se ha jurado llevar a su excompatriota ante un tribunal israelí. El Mossad posee información concreta y ha identificado a dos de los enlaces de Mengele en Sudamérica, Krug y Rudel, pero el seguimiento es complejo, el entorno de la familia en Günzburg impenetrable, la familia Krug desconfiada: una de las hijas de este se resiste a la ofensiva de seducción por parte del *playboy* de la unidad especial. Aharoni despliega a varios agentes en Paraguay, convencido de que Mengele sigue oculto allí, su

nacionalización ha llegado a oídos de los israelíes. Ordena seguir a Rudel por toda Sudamérica, a Martha, cuyo correo intercepta, e intenta infiltrarse en las instituciones de la comunidad alemana de Asunción. El Mossad calienta pero no quema. Mengele sigue llevándole mucha ventaja.

Hasta la primavera de 1962. En Uruguay, Aharoni ha levantado una buena pieza, la garganta profunda con la que sueña todo gran espía. Sassen canta de plano, su viejo amigo Mengele ha mancillado el honor de las SS, pero por encima de todo Sassen necesita dinero para mantener su tren de vida todavía fastuoso y a sus numerosas amantes. El Mossad lo remunera espléndidamente. El aventurero holandés ha perdido de vista a Mengele pero revela con rapidez que ha huido a Brasil y la identidad de su nuevo protector, Wolfgang Gerhard, su único contacto con el mundo exterior. Los hombres del Mossad no sueltan ya a Gerhard. Una mañana, el Ford Anglia del austriaco se interna en la sabana en dirección a una granja aislada.

Acompañado de dos agentes, ambos judíos brasileños, Aharoni sale a hacer un pícnic por los alrededores de la granja. Al cabo de un rato, tres hombres van a su encuentro. Uno de ellos, de estatura mediana y aspecto europeo, lleva bigote y un sombrero encasquetado en la cabeza. Silencioso, se mantiene apartado cuando sus dos fornidos compañeros se dirigen a los tres paseantes en portugués. Aharoni deja hablar a sus hombres mientras observa al hombre del sombrero, que rehúye su mirada. Es él, pondría la mano en el fuego, y sabe Dios lo mucho que desearía saltarle a la garganta y estrangularlo con todas sus fuerzas, pero se mantiene sereno, tiene que venir otro equipo para fotografiarlo e identificarlo ya sin asomo de duda. Solo lo harán pasadas dos o tres semanas, lo peor sería despertar suspicacias en el sospechoso. Los tres hombres regresan a la granja; Aharoni, a su cuartel general parisino, para orquestar una operación bastante más compleja que el secuestro de Eichmann.

De vuelta en Francia, en su despacho lo espera una sorpresa. El jefe del Mossad, Iser Har'el, demacrado, extrañamente nervioso, le ordena que suspenda el seguimiento de Mengele para dedicarse al de un niño de ocho años. La policía sospecha que el abuelo paterno del niño, un ultraortodoxo, lo ha secuestrado; sus padres, unos judíos laicos con grandes dificultades económicas, lo habían dejado al cuidado del pequeño Yossele; cuando fueron a buscarlo, el abuelo les dijo que el niño debía ser educado bajo los preceptos de la Torah y se negó a devolverles a su hijo; en su segunda visita, el chiquillo había desaparecido. Cuando el abuelo fue detenido por negarse a cooperar con la policía, los religiosos, exasperados, bajaron a la calle y arrojaron piedras; el Estado judío ha encerrado a un anciano, a un hombre santo, «Ben Gurion es un nazi». Israel se halla al borde de la guerra civil, ortodoxos y laicos se increpan y afilan las armas, el gobierno se tambalea, Ben Gurion se expone a perder la mayoría en el Parlamento y en los siguientes comicios. Para mitigar las tensiones, es menester dar cuanto antes con Yossele, y como el niño se encuentra a buen seguro en el extranjero, el Mossad debe intervenir, lanzar tras él a sus cuarenta mejores sabuesos, así lo exige el Primer Ministro. Es la operación Tigre, y evidentemente son requeridos los servicios de Aharoni.

El oficial tuerce el gesto pero obedece. Aunque es posible que estuvieran a punto de atrapar a Mengele, él y su equipo tienen que endosarse barbas postizas para infiltrarse entre las sectas más extravagantes del judaísmo, en toda Europa, en Estados Unidos y en Sudamérica. Los cazadores de nazis hacen cantar a rabinos en los burdeles de Pigalle, con la ayuda de fotos. Por fin se perfila una pista: a Yossele lo ha raptado una aristócrata francesa convertida al



judaísmo, una heroína de la Resistencia, Madeleine Frei, que se ha quedado prendada de los Guardianes de los Muros de Jerusalén, la secta del abuelo. Una historia rocambolesca: Frei tiñó de rubio el cabello del chiquillo y lo disfrazó de niña para abandonar el territorio israelí. Yossele es hallado finalmente en el seno de una familia ultraortodoxa de Brooklyn y devuelto a Israel. La operación Tigre duró ocho meses y costó un millón de dólares al Mossad.

Entretanto, Mengele se mudó.

45

Un año atrás, su aclimatación había sido dificultosa. Mengele llegó a Nova Europa a comienzos de la estación seca y nunca había hecho tanto calor en la región como en las postrimerías de 1961: ni una gota de lluvia antes de Navidad, las noches eran caniculares, más irrespirables que en casa de los Krug, en Hohenau. El trabajo era extenuante, los suelos áridos, y los Stammer vivían en su pequeña explotación como en la Edad Media, sin teléfono ni electricidad.

Gitta, la granjera, vigiló atentamente los primeros pasos de Peter Hochbichler en la plantación de café. El hombre trabajaba desde el amanecer y abandonaba los campos más tarde que los demás trabajadores agrícolas; sufrido en la faena, mimaba a las vacas, las gallinas, la yegua y los tres cerdos del establo-estufa que apestaba a bosta, mientras silbaba arias de Mozart y de Puccini. Al cabo de un mes, los Stammer, o más bien Gitta, ya que Geza solo volvía a casa algunos fines de semana, decidieron conservar al campesino laborioso y extrañamente narcisista: todas las mañanas, antes de acudir a los pastos, Hochbichler se rociaba con colonia y se contemplaba con languidez en el espejo de la entrada. Llevaba en todo momento un sombrero que se encajaba en la cara en cuanto

veía acercarse a un trabajador, y pese al calor reinante, grandes botas y un blusón abrochado hasta el cuello, una especie de impermeable de tela blanca que lo asemejaba a un capataz portuario encargado de llenar silos de grano. Sus manos eran extrañas, palmas y falanges callosas de trabajador manual, uñas cuidadas de gran burgués de Budapest. Se las lavaba treinta veces al día y se frotaba enérgicamente los antebrazos con jabón potásico como se desinfecta un cirujano después de una operación.

Hochbichler era un bicho raro: comía y hablaba con delicadeza, pero sabía hacer morcillas. Unos días antes de Navidad, abrió la cabeza a un cerdo con un hacha y lo degolló con un impresionante cuchillo que había afilado la víspera. Recogió la sangre que salía a borbotones, la batió y removiό con los brazos hundidos hasta los codos en un barreño para evitar que se coagulase, luego escarbó como un loco en el interior del animal, extrajo los pulmones, los riñones, el hígado y la parte grasa del intestino, con todo lo cual los Stammer, los trabajadores y sus familias disfrutaron en la cena de Nochebuena.

Una mañana en que Hochbichler estaba en el campo, Gitta entró en su habitación que, cosa poco usual, había olvidado cerrar con llave, y hurgó en sus cosas. Además de la ropa de marca doblada con esmero, descubrió un paraguas inglés, cientos de dólares en billetes grandes, periódicos y revistas científicas en español y en alemán, un grueso cuaderno cerrado con un candado, papeles bien ordenados que ella no se atrevió a descifrar, discos de ópera, libros cuyos autores no le resultaban familiares, Heidegger, Carl Schmitt, Novalis, Heinrich von Treitschke. Por eso no se sorprendió demasiado cuando descubrió por azar la verdadera identidad de Hochbichler. El sábado 27 de enero de 1962, Geza había traído un gran diario de São Paulo en el que aparecía en primera plana, para conmemorar el decimoséptimo aniversario de la liberación del campo de Auschwitz, la foto de un joven médico de las SS triunfante apodado «el Ángel de la Muerte», un tal Josef Mengele, que seguía huido. El retrato llamó la atención de Gitta, que observó la mirada

penetrante del médico, sus cejas mefistofélicas, el hueco entre sus incisivos superiores, su frente ligeramente abombada. Pidió a su hijo mayor, Roberto, que fuera a buscar a Hochbichler, a quien le mostró la foto. Este, tembloroso, pálido como un muerto, abandonó la habitación sin pronunciar palabra.

Esa misma noche, después de la cena, que apenas tocó, el granjero suizo confesó a los Stammer que «desgraciadamente» era Mengele, pero que no había cometido los crímenes de los que lo acusaba «la prensa dirigida por los judíos».

46

Fueran ciertos o no, a los Stammer les traían sin cuidado tanto los crímenes de Mengele como Auschwitz. Geza había estudiado en Alemania durante la guerra; ni a él ni a su futura mujer les había impresionado la deportación de los judíos de Hungría, las matanzas perpetradas a finales de 1944 por los miembros de la Cruz Flechada, que habían fusilado a orillas del Danubio y arrojado vivos al río helado a judíos, gitanos y opositores al régimen de Szálasi, del que eran tibios seguidores. También ellos habían sufrido: sus padres, originarios de Transilvania, habían perdido sus tierras tras la derrota de 1918; una hermana de Gitta había sido violada y asesinada por soldados del Ejército Rojo cuando este entró en Hungría, durante la Segunda Guerra Mundial. Y, desde entonces, su madre patria estaba ocupada por los soviéticos, que los habían obligado a ellos a emigrar y a pudrirse en aquel agujero. Las acusaciones vertidas por un diario brasileño contra el médico alemán les eran indiferentes. Pero deseaban vivir en paz.

No durmieron en toda la noche: su granjero suizo era uno de los criminales más buscados del mundo, el gobierno de Alemania

Federal había puesto precio a su cabeza. Geza, aterrado, no paraba de dar vueltas por la habitación con el periódico en la mano, como una antorcha incandescente. El autor del artículo revelaba, apoyándose en fuentes contrastadas, que Israel preparaba el secuestro de Mengele en Sudamérica, una operación relámpago dirigida por la unidad de vengadores que ya había secuestrado a Eichmann en Argentina. El Mossad no tardaría en asaltar la granja y asesinar a sus hijos, tenían que deshacerse cuanto antes de su huésped. Geza decidió adelantar su marcha a São Paulo y contactar lo antes posible con Gerhard.

El austriaco intentó tranquilizar al húngaro, nadie sabía dónde se escondía Mengele, los periódicos se inventaban cosas, los Stammer no corrían ningún peligro. Más bien deberían enorgullecerse de albergar a una eminencia científica del Tercer Reich y de cumplir una misión tan valiosa en aras de la causa que acabaría triunfando; para unos campesinos magiares anónimos (unos comemierdas, pensaba Gerhard), era una oportunidad inesperada. Stammer se encogió de hombros y alzó la voz, le importaba un bledo su causa, Hochbichler-Mengele debía marcharse lo más pronto posible. Gerhard acabó prometiéndoselo, pero antes tenía que contactar con la familia del interesado en Günzburg, «un poco de paciencia, querido amigo», y hasta entonces, le advirtió rozando la pistolera, ni una palabra, ninguna decisión incorrecta, los nazis gozan de mucho poder en Brasil y les harían pagar muy cara una denuncia: «Geza, piense en el futuro de sus hijos».

Pocas semanas después, el Ford Anglia de Gerhard emergió de una nube de polvo ante la granja de los Stammer. El austriaco abrió la

portezuela a un hombre rechoncho, cansado por un largo viaje transatlántico y kilómetros de pista. «El señor Hans», el agente del diablo, sostenía en la mano izquierda un maletín de cuero sujeto a la muñeca con una cadena plateada. Extrajo de él un sobre sellado. Él también pensaba en el futuro de los niños Stammer, Roberto y Miklos, cuyas cabezas rubias acarició: dos mil dólares, para ganar tiempo y dar las gracias a sus padres, ya que ni Gerhard ni Rudel habían conseguido encontrar un nuevo hogar para su amigo Hochbichler. Los Stammer contarían ahora con lo suficiente para esperar con paciencia, Gerhard regresaría allí lo más rápidamente posible para liberarlos de su embarazoso visitante.

Antes de marcharse, Sedlmeier dio un breve paseo con Mengele. Mejillas hundidas, mal afeitado, el amigo por lo habitual tan atildado resultaba irreconocible con su facha de espantajo. Desde que los Stammer descubrieran su identidad, le corroía la angustia y lo tenían traumatizado las noticias del proceso de Eichmann en Jerusalén, que le llegaban de tarde en tarde, cuando caía por allí algún periódico. Suplicó a Sedlmeier que lo sacara de aquella ratonera. No podía más, estaba agotado por aquella fuga sin fin, de escondite en escondite, aquella vida de recluso, de animal acosado, entre los jaguares y los hormigueros. Y aquella sabana y aquel calor maldito. Ya no tenía fuerzas ni para leer tres páginas seguidas: pronto se volvería completamente loco. Sedlmeier lo ayudó a incorporarse y le alargó un pañuelo tras sacudirle un poco el traje de gabardina: los Mengele no lo abandonarían, el dinero mueve montañas. Martha, que acababa de instalarse con Karl-Heinz en Merano, en Tirol del Sur, era una persona muy animosa, una esposa alemana fiel, había rechazado todos los requerimientos de los periodistas, podía confiar en ella. ¿E Irene?, no pudo evitar preguntar Mengele. Estupenda, más radiante que nunca, confesó Sedlmeier. En Friburgo, Rolf también estaba muy bien, pero, bajo el influjo de su madre, miraba por encima del hombro a sus primos y a toda la familia. Pensaba estudiar derecho. Sedlmeier clavó entonces sus ojos en los ojos enrojecidos de Mengele: tenían que dejar de

escribirse, era demasiado peligroso, rondaban desconocidos alrededor de la fábrica y de la casa familiar de Günzburg; en Merano, Martha se sentía vigilada. El mes anterior se habían presentado dos electricistas en su casa sin que nadie los hubiera llamado. Mengele solo debía hablar con Gerhard.

Las semanas siguientes fueron tormentosas en la granja de Nova Europa. Sofocantes aguaceros inundaban la sabana, los pequeños Stammer evitaban al tío Peter, Geza se reconcomía ante la idea de dejar a su familia a la merced del nazi fanático y de un raid del Mossad mientras él medía los campos lejos de los suyos por un sueldo de miseria. Gitta espiaba todos los actos y gestos de Hochbichler. Este, mudo y enfurruñado en la mesa, apartaba la mirada en cuanto ella intentaba cruzarla con la suya. Tan pronto como acababa la cena, se encerraba con dos vueltas de llave en su habitación, donde Gitta lo oía mascullar y dar mil vueltas. En los campos de maíz, Hochbichler vociferaba sus instrucciones a los trabajadores y daba rienda suelta a su furia si no respetaban o no comprendían sus gestos y su jerigonza portuguesa. Por lo menos, observaba Gitta, aquellos tres gandules (dos negros y un mestizo) lo temían y trabajaban duro, cuando por lo general no daban golpe, pues Geza carecía de autoridad. El criminal de guerra infundía respeto.

Transcurrió un mes sin que Gerhard diera señales de vida. Geza estaba cada vez más tenso. Al final anunció a Gitta que la semana siguiente se llevaría a Hochbichler a São Paulo por las buenas o por las malas. La comedia había durado suficiente, Gerhard u otro iluminado lo localizaría más tarde, no era asunto suyo, y si los nazis los importunaban, contaría toda la historia a un periodista local conocido suyo. Su mujer se opuso. Probablemente el médico tenía un arma y el austriaco era capaz de hacerles las peores jugarretas para protegerlo. Tenía una idea mejor: los ricachones bávaros los necesitaban; no podían negarles nada. Hochbichler —no quería llamarlo Mengele— era un gran filón. En vez de dejarlo tirado, era preferible pedir a Gerhard una suma disparatada. O quizá la familia

del fugitivo podía pagarles una gran granja en una región más grata. Ya encontrarían después el modo de quitárselo de encima, Hochbichler no se quedaría diez años con ellos.

Los Stammer se pelearon a la luz de las velas temblorosas. Geza le dijo a su mujer que se había vuelto loca, Gitta le replicó que todo era culpa suya; si tuviera un trabajo mejor, no habrían necesitado alojar a un alemán lunático para subsistir. Geza le había prometido el oro y el moro antes de casarse. ¿Cuánto tiempo iban a seguir viviendo en aquella ratonera? ¿Pensaba en el futuro de sus hijos? Se necesitaba más dinero para pagarles una educación. Y si, llegado el caso, la policía detenía a Hochbichler, ¿a qué se exponían? Podían declarar que desconocían su verdadera identidad y que Gerhard los había engañado.

Despuntaba el alba cuando Geza cedió a los argumentos de su mujer. En São Paulo, transmitió sus nuevas exigencias al austriaco, que en esta ocasión acudió rápidamente a entrevistarse con ellos: los Mengele aceptaban facilitarles una nueva explotación, o más bien la mitad del capital; a ellos les correspondía encontrarla y vender sus tierras de Nova Europa. Cerraron el acuerdo. Unas semanas después, los Stammer y Hochbichler se mudaron a una granja aislada de cuarenta y cinco hectáreas. Cinco meses antes de que el Mossad diera con el pequeño Yossele.

Apenas instalado en Serra Negra, el 1 de junio de 1962, Mengele se enteró de que han ahorcado a Eichmann en el patio de la cárcel de Ramla. Se queda conmocionado. No bien oye la información en el transistor de Roberto, corre a su habitación para anotar su desesperación y sus temores, ese miedo que no lo abandona, que

lo paraliza y lo entorpece desde que abandonara su nido de Buenos Aires.

¡Eichmann ejecutado por los judíos! ¡Sus cenizas dispersadas en el Mediterráneo con el fin de impedir que su mujer y sus hijos se recojan ante su tumba! Mengele tiembla, la frente perlada de sudor frío, emborronando con letra apretada páginas y páginas de cuadernos escolares en las que habla de sí mismo en tercera persona con el nombre de Andreas. Nunca habría imaginado que dedicaría más de tres líneas a aquel austriaco vilipendiado y frustrado, pero rindiendo homenaje a Eichmann, que no lo denunció, se compadece de su propia suerte, prepara su defensa y, como siempre, no piensa más que en sí mismo. Eichmann, el chivo emisario y el paria, garabatea Mengele. Los alemanes lo han traicionado y abandonado al furor vengativo de los judíos; algún día lamentarán haber sacrificado a hombres de honor que lucharon hasta el final por la patria y el Führer. Caiga el oprobio sobre los alemanes, atajo de blandengues y de cobardes, nación de tenderos mediocres afeminados por dirigentes de pacotilla, vendidos a los mejores postores, a los mercaderes del templo: ¡han abandonado a Eichmann! Le han disparado por la espalda, cuando no había hecho más que cumplir con su deber: nosotros nos hemos limitado a obedecer órdenes, en nombre de Alemania, en pro de Alemania, por la grandeza de nuestra amada patria. La ingrata Alemania nos pone ahora en la picota y deja que la manipulen nuestros peores enemigos. ¿Qué país en este mundo castiga a sus servidores más diligentes y a sus mejores patriotas? La Alemania de Adenauer es un ogro que devora a sus hijos. Pasaremos todos por el aro, uno tras otro, pobres de nosotros...

Nunca se había sentido Mengele tan solo como aquella noche de tormenta. Mientras destila su bilis mordisqueándose el bigote, los relámpagos estrían las tinieblas y ruge el cielo, como si los cañones de Stalin machacaran la colina donde se encarama la granja Santa Luzia. Maldita sea, masculla, Dios, qué bajo ha caído, cómo ha rodado por la superficie de la Tierra estos tres últimos años,



desaparecido, insignificante, apenas mantenido con vida por dos frágiles hilos: esa familia de húngaros que lo traicionará tarde o temprano, y el pegajoso Gerhard, perdedor radical, nazillón de Brasil. Esos finos hilos amenazan con romperse en cualquier momento. ¡Espantoso! Al amanecer, Mengele se desploma empapado en la cama.

49

Bañada por una luz blanca, una encrucijada rodeada de altos edificios sin puertas ni ventanas y rematados por chimeneas que trepan hasta el cielo, apesta a carne quemada. Mengele está en el centro; ha rejuvenecido veinte años y viste su uniforme de las SS con calavera. Sus botas lustrosas chapotean en la sangre, toda la plaza desierta está cubierta de sangre y la sobrevuelan grandes rapaces negras. Mengele se vuelve una y otra vez, desamparado, incapaz de orientarse; distingue ocho caminos abiertos, pero ¿cuál elegir? Por la derecha surge un ruido sordo, como una cascada, un redoble de tambores, cada vez más fuerte, atronador, ladridos, perros, sí, una jauría de perros se acerca al cruce. Mengele se abalanza a la izquierda. Corre a lo largo de un callejón salpicándose de sangre, pero los animales se aproximan, los oye sin verlos, entonces acelera con todas sus fuerzas, tuerce a la izquierda, a la derecha, de nuevo a la izquierda, jadeando. De pronto cesan los aullidos y se atenúa el olor a carne carbonizada. Mengele ya no oye más que los latidos desenfrenados de su corazón. Y un silbido lancinante cuando alcanza la siguiente encrucijada. Una cobra se yergue a mano derecha y le cierra el camino que lleva a un busto de Hitler. Dobla a la izquierda a su pesar, avanza por un largo pasillo tapizado con mil reproducciones de la Virgen iluminadas por

candelabros de oro de siete brazos. Tiene frío, sed y hambre, sangre hasta los tobillos, las paredes del corredor rezuman también sangre. Sin embargo, recobra la esperanza: percibe una luz vivísima al final del túnel, voces y risas conocidas de mujeres y niños, por fin va a salir del laberinto. Horror, está saliendo a la encrucijada inicial; gira en redondo. Un grupo de gente está corriéndose una buena juerga con música incluida en lo alto de una terraza de un edificio de la plaza. El primero que le ve avisa a los demás y ahí están todos inclinados en la barandilla, lo señalan y se burlan de él, le chillan, le arrojan huesos de aceituna, tomates, flechas y hasta un caldero con cal viva, como en la Edad Media. Mengele alza los puños pero de su boca no brota palabra alguna. Cree distinguir a Sassen, a Rudel y a Fritsch, que brindan en la terraza con Medea, la maga vengativa, y con el terrible Saturno apoyado en su guadaña, cuando las rapaces negras se abalanzan sobre él. Se arroja al suelo, reptando hasta la calleja más cercana, manchado de sangre. Se ensombrece el cielo y él aprieta de nuevo a correr hasta quedarse sin aliento, sin dejar de mirar al frente, una, dos horas, una eternidad, hasta que vuelve a toparse con la maldita encrucijada.

Ahora ha caído la noche, una luna creciente ilumina la plaza, que ha recobrado la calma. Ha desaparecido la sangre, como si la hubiera absorbido la tierra ocre. Han aparecido unos escaparates en la planta baja de los edificios de ladrillo. Cada uno alberga un voluminoso aparato de televisión en blanco y negro. Mengele se acerca y comprueba en el reflejo de la pantalla que ha recobrado sus facciones envejecidas así como su sombrero de ala ancha, su bigote, su amplio impermeable blanco. En la pantalla ve a Martha vestida con traje sastre en la cubierta de un barco y agitando la mano para saludarlo. En el segundo escaparate, el televisor muestra a Rolf adolescente leyendo un libro y pasándose la mano por el pelo. No alza los ojos para mirar a su padre. En otro escaparate, Mengele contempla a Irene haciendo el amor con el vendedor de zapatos de Friburgo. Golpea con todas sus fuerzas el vidrio pero es irrompible, entonces huye gritando de dolor hasta el siguiente

escaparate, en el que aparece un entierro, el de Karl sénior, Mengele descifra el nombre de su padre en una corona de flores, reconoce en el cortejo a su hermano Alois acompañado de su mujer, Ruth, y de su hijo Dieter, a Sedlmeier, desmoronado y vestido de negro, del brazo de su esposa, y a los concejales de Günzburg.

Suena el ángelus.

Mengele se despierta, ardiendo de fiebre.

50

Su estado empeora en los días sucesivos. Mengele guarda cama, delira, apenas toma alimentos. Gitta se preocupa: ¿y si el criminal de guerra se muere en su casa? Porque, como siempre, Geza no está ahí para ayudarla. Cuando se dispone a buscar a un médico, el enfermo hace acopio de fuerzas y la conmina a no hacerlo. Al sexto día, cede la fiebre. Gitta acude a verlo regularmente, ventila la habitación, le lleva sopa y grandes tazas de té, y le aplica compresas frías en la frente. Ahora lo llama Peter. Una tarde húmeda, cuando sus hijos están en la escuela y los trabajadores en el campo, desliza una mano impaciente bajo las mantas, acaricia y estira el miembro encogido del enfermo. Mengele se contorsiona, gime, cuando la granjera húngara se sube la falda y empieza a cabalgarlo. Gitta se recoge el pelo y se eclipsa en silencio.

Hace quince años que ella languidece bajo los trópicos. Siempre sola, cuidando de los niños, regañando a los trabajadores, cavando las tierras estériles; siempre sembrando de flores los arriates, gestionando los presupuestos, cocinando, cosiendo, lavando la ropa, mientras Geza corre sabe Dios por dónde y no vuelve más que un fin de semana de cada tres, con la cartera vacía y un ramo de flores en la mano para hacerse perdonar sus recurrentes

fracasos. Le ha robado su juventud. Gitta soñaba con la vida rutilante de primera bailarina en la Ópera de Budapest o de Viena. Ella está convencida de que no le ha sonreído la suerte. En Debrecen, su ciudad natal, el director de la compañía de danza donde ella desarrollaba sus talentos había truncado su carrera promoviendo en el escenario de la capital a su rival, pese a estar menos dotada. Un judío cabrón, repite Gitta a sus hijos, al que Dios castigó enviándolo con su familia a uno de los campos de concentración que proliferaron a los pocos años por Europa Oriental. No volvió a saberse de ellos. Pero todo había terminado para Gitta, la guerra, el exilio, el matrimonio y los embarazos quedaban atrás. El tiempo había llevado a cabo su labor destructora.

A los cuarenta y dos años, sus piernas siguen firmes, su busto erguido, su culo descaradamente rotundo. El calor, la humedad, la promiscuidad: Brasil turbó aquel cuerpo vital. Unos días después de que se marche Geza, Gitta ya se siente frustrada. En una ocasión, en una sola ocasión, antes de que llegara Hochbichler, se entregó a un aparcero de paso, un mulato alto; un revolcón que la europea, avergonzada, tardó meses en superar.

Peter la atrae. Sus sienes cenicientas, su bigote y esa manera de alisarse el pelo hacia atrás, como los pilotos de automóviles argentinos de las revistas ilustradas... Sus ojos constantemente en movimiento. Gitta aprecia su mano dura, le será imprescindible porque acaba de contratar a seis trabajadores agrícolas para cultivar los riquísimos suelos rojos de la nueva explotación. Y le resulta excitante alojar en su casa a un personaje de novela de espionaje. Por fin un poco de adrenalina... Geza se lo tiene merecido, piensa, ya le había avisado en numerosas ocasiones.

En Nova Europa, unas semanas antes de la mudanza, Peter la impresionó operando a una vaca de una hernia ventral. Abrió al animal deformado por una enorme bolsa que le colgaba hasta el suelo, corrigió la hernia y cosió la piel con destreza, con gran habilidad; a la vaca solo le había quedado una imperceptible cicatriz

y estaba más sana que una manzana. Gracias a su talento, puede ahorrarse los gastos del veterinario, siempre onerosos. El otro día, Peter la hizo reír. Descubrió un hormiguero. En vez de prenderle fuego, colgó un peso de una cuerda que enrolló en torno a una rama de eucalipto. Durante horas, como un estudiante de ingeniería, calculó, diseñó, perfiló el plano de la polea para aplastar el hormiguero. Gitta nunca lo había visto tan entregado y tan entusiasta como después de destruirlo, mucho más que después de sus escarceos. A las pocas horas, las hormigas habían instalado el hormiguero un poco más lejos.

Peter no será un amante inolvidable; no posee ni el vigor ni la fantasía de Geza, pero sí el mérito de hallarse a su disposición en las tétricas y nauseabundas tardes. No puede negarle nada; en cualquier caso, no le interesa hacerlo. Y como había previsto Gitta, gracias a él llueven los dólares, basta formular una queja a Gerhard para obtener una gratificación. Gitta se ha autorregalado dos vestidos en una tienda de Serra Negra, y les ha comprado carteras de cuero a los chicos. Ha encargado una cama nueva. Y la electricidad es una bendición.

Sorprendido por la vitalidad de Gitta, Mengele, ya restablecido, analiza la situación. Esa mujer no le gusta. Su pelo, de un rubio desvaído, es tan vulgar como sus modales y sus ojos tristes; su rostro grasiento ha conservado rastros de acné juvenil. Su boca es intimidante y los dientes los tiene probablemente picados, pues su aliento era nauseabundo cuando él guardaba cama y ella le daba la lata. Habla mejor el alemán que el imbécil de su marido, aunque su acento húngaro resulta insoportable. Pero Gitta es su seguro de

vida. Si la mantiene bajo su férula, podrá seguir oculto en casa de los Stammer. Por eso está dispuesto a poner de su parte, sobre todo porque la *fazenda* Santa Luzia no le desagrada. La finca está sepultada en la vegetación, el clima de la región es más templado que en Nova Europa, los paisajes suaves, y le fascinan las mariposas de alas rojas, azul cielo, naranja o negras con lunares blancos, del tamaño de la mano de un adulto. La selva ha sustituido a la sabana amarillenta. Las colinas y los bosques esconden fuentes cristalinas: Serra Negra es una ciudad termal desde que la fundaron pioneros italianos. Erguida sobre una colina como una fortaleza medieval, la granja domina el llano. Atormentado desde el ahorcamiento de Eichmann, Mengele se siente relativamente seguro, más que en sus anteriores escondites, desde que huyera de Argentina. Detrás de la explotación y la plantación de café, un pico rocoso, una pared salvaje de impenetrables arrecifes y unos oquedales protegen su parte trasera.

Mengele no abandona nunca la granja ni recibe a nadie, salvo a Gerhard, que le trae revistas, libros y supositorios laxantes, y en ocasiones discos de música clásica. Antes de que los Stammer reciban a sus escasos visitantes, vecinos, alemanes ricos, colonos italianos, los acribilla a preguntas: ¿quiénes son?, ¿de dónde vienen?, ¿los conocen desde hace tiempo? Aunque lo tranquilicen, no se deja ver. Los sábados desaparece apenas ha saludado a los amigos de Roberto y de Miklos que acuden a jugar por las tardes. Él es su *tio Pedro*, el viejo suizo excéntrico al que tienen prohibido sacarle fotos y mencionar en el exterior. Pide a los Stammer que contraten a un guardián, pagará su familia. Vive rodeado de perros, una jauría de una quincena de mestizos a los que tiene entrenados y de los que se rodea cuando sale por la selva. El jefe de la manada le va pisando los talones. Pero la pieza maestra de su dispositivo es un mirador de seis metros de altura que mandó construir a un trabajador de la granja con la excusa de que quería observar los pájaros. Amenazada por las termitas, la madera fue sustituida por una estructura de piedra, impresionante atalaya lindante con la

granja, desde la que Mengele, con uniforme de apicultor y unos gemelos Zeiss en torno al cuello, escruta a diario, durante horas, la carretera secundaria que serpentea a través de las colinas y la pista de tierra púrpura que asciende hasta la granja. No puede escapársele un movimiento. Con tiempo despejado, otea a kilómetros a la redonda, hasta el pueblo de Lindonia. Al caer el crepúsculo plagado de mosquitos, se encarama como un búho a su campanario y escudriña las tinieblas; al acecho, melancólico o amodorrado, deja girar incansablemente óperas de Wagner y cantatas de Bach en el electrófono Teppaz que le compró Gerhard en São Paulo. Cuando baja por fin a acostarse, sus perros montan guardia.

52

Van pasando los días, las semanas, los meses, así languidece la vida confinada de Mengele en Brasil, en su calabozo abierto al infinito y alejado de los hombres, una vida paralizada entre un incesante zumbido, entre la alternancia de las estaciones secas y húmedas, los huracanes, el calor sofocante, las lluvias lánguidas, una vida rodeada de ciempiés y de serpientes, de escorpiones y de gusanos parásitos, de eucaliptos y de yacas de raíces entrelazadas, monstruosas patas de dinosaurios.

Mengele cae enfermo con frecuencia. Infectado por una bacteria o acaso aquejado de paludismo, lo asaltan jaquecas y dolores musculares, seguidos de náuseas y de diarrea, de intensos escalofríos y picores febriles. Duerme poco y mal, minado por las pesadillas, por visiones que ya no logra ahuyentar, las llamas de un horno crematorio, bebés agonizantes cuyos ojos están prendidos como mariposas en las paredes de su laboratorio, Eichmann en su

jaula en Jerusalén, un rabino de largos bucles rojizos que le disloca los huesos y lo arroja a la grasa humana hirviente. Escucha voces, gemidos y llantos, las sirenas de los Stukas que descienden en picado sobre la granja de Santa Luzia.

A veces olvida el callejón sin salida en que se encuentra y el miedo que le corroe a diario las entrañas. Sus perros lo obedecen al menor gesto y le lamen afectuosamente. Se relaja haciendo chapuzas, trabaja la madera, con la que confecciona pequeños objetos, y se interesa por las flores y la botánica de las comarcas tropicales, como Napoleón confinado en Santa Elena. Escribe también, poemas ampulosos y el arranque de un relato épico, una descripción exhaustiva de su infancia y de sus años de formación, que destina a Karl-Heinz y a Rolf, en caso de que pudiera salir algún día de su agujero.

Todo lo demás es ingrato y laborioso. Gitta lo espía, llama a su puerta, lo acosa con regularidad. No puede negarle nada a la Bovary de los trópicos, por las noches, mientras los chicos duermen, o por las tardes, en cuanto los trabajadores vuelven la espalda, unas caricias tras un mango. El trabajo en los campos y la plantación de café lo aburre, las vacas y los cerdos lo agotan, decididamente la utopía agraria de las SS, el contacto con la tierra, la vida sana, el aire libre no están hechos para él. Así que Mengele se venga con los trabajadores agrícolas, a quienes tiraniza como los grandes terratenientes rusos humillaban a sus siervos explotados a voluntad. Les prohíbe fumar y beber alcohol, incluso los domingos: un campesino borracho es despedido en el acto. Si despreciaba a los argentinos, ahora vilipendia a los brasileños, mestizos de indios, africanos y europeos, pueblo anticristo para un teórico fanático de la raza, y lamenta la abolición de la esclavitud. Anota regularmente sus observaciones en su diario. El mestizaje es una maldición, la causa del declive de toda cultura. Sus estigmas explican el buen humor de los trabajadores, «monitos», anota Mengele, su indolencia, su sentido de la improvisación y su alegre barullo, que tanto le exasperan. «En la medida en que los brasileños son bastardos



raciales, la heterogeneidad de sus sustancias se traduce en una esquizofrenia del espíritu. Carecen de conciencia pura y de voluntad clara; en ellos coexisten y luchan entre sí seres diversos y contradictorios. Forman un pueblo inseguro, turbio y peligroso, como los judíos, mientras que los espíritus sanos y decisivos provienen de una biología fiel a su identidad racial».

Al discreto Hochbichler le ha sucedido el déspota Mengele, que se infiltra por doquier. A Roberto y a Miklos les exige más asiduidad en la escuela, mejores notas y disciplina, como si fueran sus propios hijos. El alemán de ambos le parece execrable, y rara es la ocasión en que no se lo señala. Más les valdría aprender solfeo en vez de deambular con los granujas del pueblo cazando murciélagos con el tirachinas. Les tiene prohibido mascar chicle en su presencia, les aconseja desconfiar de las chicas, no alternar más que con hijos de europeos, y se ha opuesto al guateque que Roberto pensaba organizar para sus quince años. El día en que los sorprendió escuchando un disco de cuarenta y cinco revoluciones de los Beatles con su Teppaz en lo alto del mirador, montó en cólera. Nunca habían recibido los hijos de los Stammer semejante rapapolvo; Gitta intervino. También a ella la atosiga, sobre todo a ella: experimenta un maligno placer mortificándola. La mujer duerme demasiado y debería prestar más atención a lo que come, cepillarse los dientes con más cuidado, no fumar tanto. Le echa en cara que vista como una campesina y se rasque el trasero delante de los trabajadores. Su cocina deja mucho que desear, demasiada sal y paprika, Gitta podría esmerarse, dosificar las salsas y los purés con mayor sutileza y tener limpia la casa. Al maniático Mengele le asquea patológicamente la suciedad. Ay de aquel que altere su modo de vida inmutable y ordenado, o que le coja una estilográfica, unas tijeras, un libro, o mueva una silla o una alfombra: le da un ataque de furia y vocifera y gime, como si la desaparición de un objeto hiciera tambalearse la frágil planificación de su existencia y revelara el vacío de su inmensa soledad.

Mengele recibe por fin noticias de su familia a mediados de 1963. El cartero Gerhard reemprende sus buenos oficios: Sedlmeier le informa de que los intrusos han abandonado Günzburg y de que nadie sigue ya a Martha en Merano. La caza de Mengele parece haberse interrumpido de nuevo.

Tras el laborioso éxito de la operación Tigre, el Mossad vuelve a centrarse en Oriente Medio. Su jefe, Har'el, continúa bajo presión, pues ahora la amenaza es gravísima: Israel se halla en peligro de muerte desde que, en julio de 1962, Egipto probó un misil balístico capaz de alcanzar cualquier punto de su territorio. Con ocasión de un triunfal desfile militar en las calles de El Cairo, Nasser ha exhibido sus nuevos cohetes de seiscientos kilómetros de alcance. Unos científicos nazis, veteranos del programa V2 de Hitler, asesoran a los expertos egipcios. Novecientos cohetes están construyéndose en un lugar ultrasecreto, la Factory 333; podrían ir equipados con desechos radiactivos o cabezas nucleares, advierten los informes más alarmistas.

A fuerza de consumir sus escasos recursos en la persecución de los nazis en Sudamérica y del pequeño Yossele, éxitos fulgurantes que han convertido a Har'el en una celebridad mundial, el Mossad no está cumpliendo con su verdadera misión, la seguridad de Israel. A su jefe lo están vapuleando. Sus detractores lo acusan de transformar la agencia en una oficina de relaciones públicas. Para desmentirlos, Har'el lanza la operación Damocles: la eliminación física de los científicos alemanes implicados en el programa de misiles egipcios. Algunos reciben cartas bomba, otros son secuestrados o sencillamente asesinados. Cuando los agentes israelíes que amenazaban a la hija del responsable del sistema de

guiado de cohetes son detenidos en Suiza y acusados de asesinato y de intento de asesinato, estalla el escándalo, hasta el punto de poner en peligro las relaciones con Alemania Federal, cruciales para los intereses económicos y militares del Estado hebreo. Tras verse forzado a dimitir, Har'el es sustituido por el general Meir Amit. La persecución de los nazis no es una prioridad para él, el Mossad debe dedicarse a reunir información y a luchar contra los enemigos árabes. Israel necesita aliados, y el secuestro de Eichmann ha sido mal acogido por la comunidad internacional. Los Estados no juegan con su soberanía.

Se prepara la conflagración decisiva de 1967.

La captura de Mengele pasa a segundo plano.

54

A comienzos de 1964, Mengele recibe una terrible noticia. A medida que avanza en la lectura de la carta de Martha, siente como si una daga le traspasara las costillas y se le hundiera en el corazón: lo han despojado de todos sus títulos universitarios. Acusado de haber violado el juramento de Hipócrates y cometido asesinatos en Auschwitz, las universidades de Fráncfort y de Múnich le retiran los títulos de doctor en medicina y antropología.

Tantos esfuerzos y sacrificios reducidos a la nada por oscuros burócratas... Mengele se queda anonadado. Él, el ambicioso cirujano del pueblo innumerables veces condecorado, la gran esperanza de la investigación genética, desposeído de sus más caros tesoros, de su mayor orgullo, sus experiencias invalidadas, ¡como si fuera un vulgar charlatán!

Mengele quema la carta de su mujer, abandona la plantación y se va a rumiar su infortunio a la selva, flanqueado por sus perros.

Maldita e injusta Alemania, él se limitó a cumplir con su deber de soldado de infantería de la biopolítica nazi. Una generación antes, los alemanes consideraban el darwinismo y el eugenismo como los cimientos de una sociedad moderna y funcional. Todo el mundo quería estudiar biología, pues esa disciplina permitía acceder a las carreras más prestigiosas y remuneradas. Sí, murmura Mengele al bastardo Cigano, la sociedad alemana tan solo razonaba a la sazón en términos biológicos. La raza, la sangre: las leyes fundamentales de la vida regían el derecho, la guerra, el sexo, las relaciones internacionales y la ciencia suprema, la medicina. En la universidad, toda su promoción admiraba la antigua Grecia porque en ella el individuo efímero se plegaba a las exigencias de la comunidad y del Estado. Para su generación, los inferiores, los improductivos y los parásitos no eran dignos de vivir. Hitler los guiaba. Mengele no era el único que lo siguió, todos los alemanes se habían dejado fascinar por el Führer, por la misión embriagadora y titánica que les había confiado: sanar al pueblo, purificar la raza, construir un orden social acorde con la naturaleza, extender el espacio vital, perfeccionar la especie humana. Él había estado a la altura, lo sabía. ¿Podían echárselo en cara? ¿Retirarle por las buenas sus preciados títulos universitarios? Él había tenido el valor de eliminar la enfermedad eliminando a los enfermos, el sistema le alentaba a hacerlo, sus leyes lo autorizaban, el asesinato era una empresa de Estado.

Loco de rabia, Mengele propina una fuerte patada a una termitera ante sus perros, que ladran y jadean. En Auschwitz, los cárteles alemanes se llenaron los bolsillos explotando hasta el agotamiento la mano de obra servil a su disposición. Auschwitz, una empresa fructífera: antes de su llegada al campo, los deportados ya producían un caucho sintético para IG Farben y armas para Krupp. La fábrica de fieltro Alex Zink compraba sacos enteros de cabellos de mujer a la *Kommandantur* y confeccionaba con ellos calcetines para las tripulaciones de submarinos o tubos para los ferrocarriles. Los laboratorios Schering remuneraban a un colega suyo para que llevara a cabo experimentos de fecundación *in vitro* y Bayer

ensayaba nuevos medicamentos contra el tifus con prisioneros del campo. Veinte años después, rezonga Mengele, los dirigentes de aquellas empresas han cambiado de chaqueta. ¡Se fuman su puro rodeados de su familia y degustan buenos vinos en su mansión de Múnich o de Fráncfort mientras él chapotea en bosta de vaca! ¡Traidores! ¡Enchufados! ¡Piltrafas! Trabajando mano a mano en Auschwitz, industrias, bancos y organismos gubernamentales obtuvieron ganancias exorbitantes, mientras que él, que no ganó un pfennig, tiene que pagar el pato.

## 55

Ese día Mengele está amargado. Se lamenta de su suerte, como siempre, sin remordimientos ni pesar, y descarga su hiel en sus cuadrúpedos y en los baobabs de la selva virgen, que murmura y canta pero no le escucha. Al llegar a un calvero, se sienta en un tronco, la cabeza entre las manos, y piensa en sus colegas de Auschwitz, los veinte médicos destinados al campo. Horst Schumann esterilizaba a hombres y mujeres irradiándoles rayos X antes de castrar a los primeros y someter a una ovariectomía a las segundas. Carl Clauberg implantaba fetos de animales en el vientre de sus cobayas humanas y las esterilizaba inyectándoles sustancias a base de formol en el sistema genital. El farmacéutico Victor Capesius birlaba las prótesis dentales aún sangrantes de los deportados asesinados para venderlas fuera del campo. Friedrich Entress inoculaba el tifus a los prisioneros y los eliminaba mediante inyecciones intracardiacas de fenol. August Hirt inyectaba hormonas a los homosexuales y asesinaba para establecer una tipología del esqueleto judío. Y de todos los demás que cometían barbaridades en el campo (trescientos cincuenta profesores de universidad,

biólogos, médicos) y habían participado en el programa T4 de eutanasia, ¿qué había sido de ellos? Algunos se habían dado muerte o fueron condenados en los procesos de Núremberg, pero la mayoría se había escurrido entre las mallas de la red, habían retornado a la familia y a la sociedad civil y habían reemprendido su carrera, Mengele lo sabía y se ponía enfermo.

De vuelta en la finca, trepa a su mirador. Solloza pensando que sus mentores, Eugen Fischer y el barón Otmar von Verschuer, han salido admirablemente bien librados. Fischer, el viejo patrón, teórico de la higiene racial e inspirador de Hitler tras participar en el exterminio de los hereros y los namaquas en Namibia, goza de una apacible jubilación en Friburgo de Brisgovia junto a Martin Heidegger, su mejor amigo. Miembro de honor de las sociedades alemanas de antropología y anatomía, Fischer ha publicado incluso con éxito sus memorias, *Encuentro con los muertos*. El padre de Mengele le envió a este un ejemplar antes de morir. Von Verschuer, el antiguo patrón del Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín, a quien Mengele enviaba especímenes de sangre, ojos disparejos y esqueletos de niños de Auschwitz, Von Verschuer, gran admirador del Führer —«el primer hombre de Estado en prestar atención a la herencia biológica y a la higiene de la raza», se felicitaba—, Von Verschuer fue nombrado profesor de genética humana en la Universidad de Münster, de la que luego fue nombrado decano, y dirige un gran centro de investigaciones genéticas en Alemania Federal. Mengele recuerda que con ocasión de uno de sus permisos del frente ruso fueron juntos al cine a ver *El judío eterno*. En la sala abarrotada, los dos abucheaban con los espectadores cada aparición en la pantalla del judío diabólico, mientras, al igual que sus vecinos, comían caramelos adornados con esvásticas de pasta de azúcar con sabor a frambuesa. Los dos médicos compartían el mismo entusiasmo por el nazismo. Mengele le escribió varias veces desde Argentina, no recibió respuesta. Ni Von Verschuer ni Fischer fueron procesados.

Hijos de puta, hijos de puta, gime Mengele apretando los puños en su torre.

Fischer morirá en la cama en 1967, a los noventa y tres años, Von Verschuer en un accidente de coche dos años después.

56

¿Se da cuenta de los engaños y de las mentiras de su mujer? ¿Del tumultuoso lío de esta con el nazi arisco? Geza Stammer detesta a Mengele. Al húngaro, despreocupado, vividor y perezoso, le gusta beber, cantar, fumar y disfrutar de la vida, una vida que el doctor Hochbichler, así lo llama para fastidiarlo, le envenena cuando regresa a la granja: Mengele lo desprecia, y no lo oculta. Si Gitta tuviera que contar solo con su marido, la familia Stammer seguiría pudriéndose en el fondo de la sabana. Gracias al dinero de Mengele ella ha podido mudarse, adquirir productiva maquinaria agrícola y comprarse vestidos, ropa de cama y vajilla con los que jamás en la vida habría soñado. Y, además, el alemán la posee: Mengele se considera con derecho a dar consejos al inútil de Geza. Debería exigir un aumento a su jefe, que le explota desvergonzadamente; él y su mujer deberían ser más severos con sus hijos, cuya educación deja que desear, por ejemplo el corte de pelo de tazón de Roberto es indecente, más le valdría visitar con más frecuencia al peluquero. Ese hogar es un caos porque el cabeza de familia carece de autoridad. Cuando Geza fuma o bebe una copa de aguardiente de ciruela, Mengele lo sermonea recordándole la guerra de los nazis contra el cáncer, sus campañas de prevención contra el tabaco y los aditivos químicos, la prohibición de fumar en los espacios públicos, los primeros vagones de no fumadores en los trenes del Reich. En la mesa, prohíbe a los Stammer que hablen en húngaro, convencido

de que conspiran contra él y se burlan. Reclama pan integral, que le facilita el tránsito intestinal, y se queja de los platos magiares que tanto gustan a Geza y a los chicos, la sopa de pescado con tomate y pimientos, o las costillas de ternera rellenas de hígado de oca. Aunque no le disgusta Liszt, Mengele desprecia a los húngaros, «pueblo menor» dotado de una «subcultura». Geza viene a encarnar las taras de su país, que Mengele se complace en recalcar cuando el agrimensor cornudo pasa los fines de semana en familia. Raros son los almuerzos dominicales en que el médico bávaro venido a menos les ahorre largas argumentaciones históricas sobre el fracaso de Hungría, inferior en todo punto a Alemania, «honesta y laboriosa», de la que fue una ambigua aliada durante la guerra, la Hungría desmembrada de dos tercios de su territorio y ocupada por los soviéticos, «justo castigo cuando una nación de cíngaros no produce más que salami y paprika».

Puesto contra las cuerdas, Geza evita a Mengele. Humillado ante su mujer y sus hijos, nunca se enfrenta directamente a él, el autoritario alemán es demasiado hiriente, pero le encanta provocarlo con humor y trapacería, mofándose de sus teorías sobre la raza y la superioridad teutónica —«Alemania también está ocupada, querido doctor Hochbichler»—, ridiculizando al Führer, a quien tilda de «vegetariano impotente» y al que no imita mal, colador en la cabeza, puños cerrados, rictus guerrero en la comisura de la boca espumeante, para regocijo de sus hijos y de Gitta. Geza gana todos los *rounds* frente a Mengele, que sigue venerando a Hitler, «hombre del siglo y gigante de la Historia, de la estirpe de Alejandro Magno y Napoleón». Mengele monta en cólera y sale del comedor dando un portazo y echando pestes, para refugiarse en su mirador. Alentado por sus hijos y los trabajadores, que se quejan cada dos por tres de él, Geza ha desarrollado cierto talento para atormentarlo. Un domingo, intenta sacarle una foto con su nueva Nikon; al domingo siguiente, le revela que ha visto a un grupo sospechoso de turistas israelíes en el pueblo; otro, que con su enorme mostacho se parece a Groucho Marx. No olvida nunca traerle los periódicos que relatan



sus crímenes, o el arresto de un nazi, un juicio de criminales de guerra en Alemania Federal, o alguna hazaña de Simon Wiesenthal. Las más de las veces, Gitta hace de amortiguador entre los dos hombres y se calman las cosas. Si no, pide ayuda a Gerhard y este acaba poniendo paz en el matrimonio, echando mano de una caja de bombones y un fajo de dólares: Geza vuelve a su trabajo y Mengele reanuda su malévola influencia sobre la granja.

Pero aquel lunes de Pascua de 1964, unas semanas después de que despojaran a Mengele de sus títulos universitarios, los dos hombres llegan a las manos. En la radio emiten un reportaje sobre los juicios de Auschwitz que tienen lugar en Fráncfort desde hace unos meses. El nombre de Mengele se menciona regularmente, algunos supervivientes dan testimonio de sus crímenes y de su crueldad. Geza fanfarronea: «¡Pues usted, doctor Hochbichler, debería tener también el valor de enfrentarse a la justicia! ¡Usted, que concede un valor tan positivo a la muerte, no tiene nada que temer! No hizo más que cumplir con su deber, ¿no?, pues no tiene nada que reprocharse. Vamos, compórtese como un soldado y vaya a explicarles a sus compatriotas que luchó en Auschwitz contra su degeneración y por la salud de su raza...».

Entre las innumerables reglas que Mengele ha impuesto a los Stammer, existe una en la que no transige: la prohibición total de hablar de Auschwitz, ni siquiera pronunciar el nombre del campo. Así que, aquel día, Mengele salta al cuello de Geza, dispuesto a matarlo, aprieta con todas sus fuerzas la garganta del húngaro, que vocifera y forcejea. Gitta y los chicos acuden corriendo a separarlos. Miklos tira del pelo al nazi, Gitta le propina una patada en la espinilla y Roberto entra desde el jardín con un rastrillo amenazante en la mano. Al final Mengele suelta su presa. Geza, la cara escarlata, grita que eso ya pasa de la raya, que esta vez se acabó, *raus* Hochbichler, fuera, «desaparezca, largo de aquí ahora mismo, o llamo a la policía».

Esbozando una sonrisa aviesa, Mengele escruta a los Stammer con arrogancia. Arde en deseos de decirlo todo: a Geza, que su

mujer es una zorra, y a sus hijos, que su madre es una puta degenerada, pero se contiene masticándose el bigote. Si ha escapado a las garras del Ejército Rojo durante la guerra, a los americanos y al Mossad por el momento, no va a jugarse el pellejo por unos revolcones. Los otros son cuatro, eso sin contar a los trabajadores, que lo odian y no dudarían en echarles una mano. Mengele se limita a cruzarse sosegadamente de brazos: allí está en su casa, la mitad de la granja es propiedad suya, si líá el petate, ellos se van también. Lllaman con urgencia a Gerhard con el fin de establecer los términos de un divorcio «amistoso». Incluso Gitta está decidida, están en juego su salud mental y la supervivencia de su familia, Peter ha ido demasiado lejos.

Con la aquiescencia de Sedlmeier y la ayuda de Rudel, Gerhard busca una solución alternativa. Habla a los Stammer de una vía árabe, de un eventual traslado a Egipto, a Siria, tal vez a Marruecos, pero de momento no hay nada, las gestiones son complicadísimas, nadie quiere saber nada del fastidioso Hochbichler, cuya reputación en los círculos nazis ha cruzado los océanos. Su familia tiene que tomar una importante decisión con el fin de que los Stammer acepten seguir alojando a la oveja negra. Una detención empañaría la legendaria fama de fiabilidad y de solidez de la empresa Mengele, que prosigue su fulgurante expansión en Alemania y en el mundo entero. Proponen a Geza regalarle un nuevo coche. El húngaro deja pasar tiempo, se resiste, consigue un sedán con chófer y una bonita cantidad de dinero, «imprescindible para el mantenimiento», precisa a Gerhard.

El odioso triángulo amoroso puede proseguir.

En febrero de 1965, en un baúl, en Montevideo, aparece el cadáver de Herberts Cukurs. Apodado «el Verdugo de Riga» y «el Eichmann letón», el aviador Cukurs encerraba a los judíos en las sinagogas, prendía fuego a estas y los quemaba vivos. Lo mató un comando de vengadores del Mossad, «los que nunca olvidarán». Sus ejecutores prendieron en su cuerpo su veredicto mecanografiado: *Dada la gravedad de los crímenes de que se acusa a Herberts Cukurs, particularmente su responsabilidad en el asesinato de treinta mil hombres, mujeres y niños, y dada la espantosa crueldad que mostró Herberts Cukurs en la ejecución de sus crímenes, condenamos a muerte al susodicho Cukurs.*

Cuando Mengele se entera de la muerte de su compañero, redobra la vigilancia. Se rodea de más perros, se compra unos prismáticos más sofisticados, desde su atalaya espía la campiña con más detenimiento. Una noche distingue un foco luminoso desde lo alto. Unos faros se apagan, se encienden y se acercan, a Mengele le da un vuelco el corazón, un vehículo asciende, sus perros gruñen, arma la pistola y la dirige tembloroso hacia las tinieblas, quiere bajar del mirador pero no le obedecen las piernas ahora que el coche está detenido en el portal. Oye las portezuelas, oye el murmullo de unos hombres jóvenes, vislumbra unas sombras que se deslizan, los perros ladran, saltan cuando de repente suena un grito: «¡Soy yo! ¡Soy yo!», vocifera Roberto, que ha salido de juerga con unos amigos.

Mengele refuerza también la seguridad de sus intercambios epistolares con Alemania no utilizando ya más que iniciales, un juego de niños, la P es él, la R Rolf; Situ Uno, Serra Negra... Sus cartas, selladas, van dirigidas a un apartado de correos de Suiza o, más raramente, a un amigo de la familia que reside en Augsburgo, después Sedlmeier las recupera y las distribuye; el correo dirigido a él llega a una lista de correos de Brasil a nombre de Gerhard.

Mengele, cuya escritura diminuta es fácil de identificar, no tardará en utilizar una máquina de escribir.

A mediados de 1964, unos meses antes de la ejecución de Cukurs, se salva por poco de muy graves problemas: el sistema de comunicación con Günzburg está a punto de ser descubierto. En Fráncfort, el fiscal Bauer emite una orden para registrar la casa de Sedlmeier, convencido de que este es el intermediario de Mengele con su tribu. Pero la policía no encuentra ninguna carta, ningún rastro ni ninguna prueba comprometedoras en el domicilio de Sedlmeier: de nuevo recibe un aviso *in extremis* de una operación inminente, gracias a una llamada telefónica de su contacto en la policía.

Desde que expidieron las órdenes de arresto, las autoridades judiciales de Alemania Federal siguen el rastro de Mengele sin demasiada convicción. Han necesitado más de un año para enviar sus huellas digitales a sus embajadas sudamericanas. Cuando Mengele era aún viajante de comercio en Paraguay, en una colonia alemana se cruzó con una mecanógrafa de la embajada que se había hecho un esguince en el tobillo y la había atendido. Ella sabe su nombre, pero no conoce su pasado. De vuelta en Asunción, a la joven le extrañó que el médico no estuviera registrado en el consulado y se lo comunicó a los diplomáticos. Se abrió una investigación, con dejadez, que condujo al encargado de negocios hasta Krug, cuyas mentiras se creyeron a pies juntillas.

Bonn no dedica fondos especiales a seguirle la pista a Mengele ni envía sobre el terreno a agentes ni a comandos de espías. A sus servicios secretos, infestados de antiguos nazis, no les costaría lo más mínimo contactar con Rudel, Sassen, Krug o Von Eckstein, que no han ocultado nunca su fidelidad al Tercer Reich. La República Federal Alemana se apega a las normas y se limita a poner precio a la cabeza del autor de esos crímenes contra la humanidad; centra sus búsquedas en Paraguay después de que sus servicios diplomáticos hayan obtenido la copia de los documentos donde se demuestra que Mengele obtuvo la ciudadanía del país. Los

alemanes occidentales están convencidos de que Mengele reside en Asunción o en la región del Alto Paraná. En 1962 solicitan su extradición. El general Stroessner, a quien Rudel ha informado de la marcha de Mengele a Brasil, se niega a colaborar. Experimenta un malicioso placer borrando las pistas: Mengele ha abandonado el país, pero si lo detienen en su territorio, se negará a extraditarlo, Paraguay defiende a sus ciudadanos. Al año siguiente, el canciller Adenauer promete diez millones de dólares de ayuda al desarrollo si Paraguay entrega al médico. El dictador no quiere saber nada. Bonn concluye que las más altas instancias protegen al fugitivo. En 1964, mientras el mundo tiene puestos los ojos en Fráncfort, donde se celebran los juicios de Auschwitz, aumentan las presiones alemanas. El Ministerio de Asuntos Exteriores anuncia públicamente que Mengele es ciudadano paraguayo, que reside en la región de las tres fronteras y que va con frecuencia a Brasil. El embajador alemán en Asunción pide a Stroessner que lo despoje de su ciudadanía, ya que mintió para obtenerla. El presidente le repite que Mengele se marchó hace tiempo y que considera inadmisible la injerencia alemana: si su excelencia persiste en su actitud, se le declarará *persona non grata*; una potencia extranjera no puede atentar contra la soberanía de Paraguay. Unos meses después, al mismo tiempo que se produce la operación policial en casa de Sedlmeier, Fritz Bauer convoca a los medios de comunicación: se ofrece una recompensa de cincuenta mil marcos a aquel que entregue a Mengele; este, libre de movimientos, vive bajo su verdadera identidad en Paraguay y posee allí mucho dinero y amigos influyentes que lo protegen. El ministro de Interior paraguayo niega las afirmaciones del fiscal, Mengele se esconde en Brasil o en Perú. Nadie da crédito ya a los desmentidos del gobierno de Stroessner cuando, al año siguiente, un antiguo oficial de las SS es detenido en Paraguay, donde jura haberse cruzado varias veces con el doctor Mengele.

Los alemanes se topan con un muro. En 1965 nombran a un nuevo embajador en Asunción con el fin de mejorar las relaciones

entre ambos Estados: en Paraguay vive un gran número de alemanes y descendientes de alemanes y el país es una pieza importante en el dispositivo occidental dedicado a atajar los movimientos de las guerrillas marxistas que Moscú y La Habana teledirigen en Sudamérica. Las presiones alemanas respecto a Mengele se interrumpen.

Los israelíes han dejado de perseguirlo, la amenaza sirio-egipcia se vuelve más concreta, se juegan su supervivencia. El Mossad no ha transmitido sus informaciones brasileñas a los servicios secretos alemanes, resulta comprensible, pero ¿por qué no ha contactado directamente con Bauer, que le había entregado a Eichmann?

Misterio.

58

Dado que los Estados están acaparados por las contingencias de la *realpolitik*, entran en escena los periodistas y los cazadores de nazis, atraídos por la miel de la gloria, las exclusivas periodísticas de sus vidas y el dinero. Ellos también rastrean Paraguay y construyen la leyenda de un supermalo tan inaprensible como Goldfinger, una figura pop del mal, invencible, riquísimo y astuto, que despista a sus perseguidores y se zafa de las situaciones más peligrosas sin sufrir un arañazo. En esa primera mitad de la década de 1960, James Bond triunfa en las pantallas y Doctor Mengele pasa a ser una marca cuya evocación hiela la sangre y hace subir las tiradas de los libros y de los semanarios: el arquetipo del nazi frío y sádico, un monstruo.

Y ahí tenemos a Mengele en camiseta, filmado durante unos segundos para un documental checo por un brasileño que afirma que se hace llamar doctor Engwald, vive en la frontera de Paraguay

y Argentina y navega a bordo del Viking por el río Paraná. Un periodista argentino revela que se esconde en una finca próxima a la ciudad paraguaya de Altos, del brazo de una mujer sublime: Mengele es un irresistible Casanova. En plena forma a pesar de su edad, le gusta bailar y frecuenta la vida mundana. Un antiguo SS asegura que ha recurrido a la cirugía plástica, como su amigo Martin Bormann (muerto en Berlín en 1945), con quien cena regularmente en los restaurantes de Asunción y de La Paz. Un barquero confiesa que Mengele, taciturno y grosero, luce barba y atraviesa regularmente el Paraná. Un exguardaespalda de Bormann desvela al *Sunday Times* que se ha unido a las filas del ejército paraguayo con el grado de comandante en una unidad del norte del país, donde trabaja como médico. En mayo de 1966, la policía brasileña anuncia a los medios de comunicación la captura de Mengele; una vez verificada su identidad, resulta ser un turista alemán. Dos años después, un expolicía jura haberlo abatido a bordo de una embarcación mientras descendía el Paraná. Alcanzado en el pecho y en el cuello, el Ángel de la Muerte cayó al agua y se ahogó.

El mito del asesino al que nadie puede echarle el guante debe mucho a Simon Wiesenthal. Antiguo deportado cuya familia, originaria de Galitzia, fue diezmada durante la Shoah, comenzó a recabar información sobre los criminales nazis al acabar la guerra, en Linz y luego en Viena, donde fundó un modesto centro de documentación. Wiesenthal se convirtió en una estrella internacional tras la publicación de su autobiografía, *Yo cacé a Eichmann*, donde se atribuye un papel decisivo en la captura del oficial de las SS, cuando su participación fue a lo sumo accesorio; la labor de Bauer sigue siendo un secreto, y los hombres del Mossad se ven sometidos a la más estricta confidencialidad. A ojos del gran público, particularmente el norteamericano, ese hombre astuto y seductor que viste chaquetas de *tweed* y habla inglés y alemán con acento *yiddish* encarna la figura del justiciero solitario amenazado regularmente de muerte en su despacho alemán, donde se alza un intimidante mapa de los campos de concentración y de exterminio

nazis. Es el último mohicano del mundo desaparecido de los judíos de la Europa Central y Oriental. Además de haber ayudado a localizar a numerosos nazis y contribuido a la prolongación y luego a la supresión del plazo de prescripción de los crímenes de guerra en Alemania, Wiesenthal es, por encima de todo, un narrador genial que conquistó muy pronto a los medios de comunicación. Ya juzgado y ejecutado Eichmann, dedica gran parte de su inagotable energía a seguir la pista de Mengele. A falta de saber dónde se oculta pese a su red de informadores, Wiesenthal mantiene en alerta a la opinión mundial hilvanando improbables historias para que nadie eche en el olvido las fechorías del médico de guantes blancos de Auschwitz y para que el culpable no se sienta seguro en ningún lugar.

Wiesenthal publica en julio de 1967 *Los asesinos entre nosotros*. A Mengele le dedica un capítulo titulado «El hombre que coleccionaba los ojos azules».

Se apropia de la leyenda del asesinato de una agente del Mossad a manos del nazi en Bariloche y la adorna con colores tornasolados: la espía rubia y atractiva, como debe ser, fue esterilizada en Auschwitz por Mengele, quien la ha reconocido en Bariloche y descubre su tatuaje en el antebrazo bailando con ella. Posteriormente la arroja por un precipicio mientras ella camina por un sendero de montaña.

Mengele es un miembro de la *jet set* con dones de ubicuidad, a quien Wiesenthal persigue en Perú y en Chile, en Brasil y hasta en los campos más agazapados del ejército paraguayo. Rodeado de guardaespaldas, frecuenta los mejores restaurantes de Asunción y conduce un potente Mercedes negro. Tras negarle Nasser la entrada en Egipto, Mengele se embarca con Martha en un yate que los deja en la isla griega de Citnos. Alertado, Wiesenthal envía a un periodista para que acorrale a los fugitivos. El gerente del hotel de la Roca Cilcádica le declara que un alemán y su esposa habían abandonado su establecimiento la víspera y se habían embarcado en un velero con rumbo desconocido. «Mengele ha ganado otra



manga», escribe Wiesenthal. Este cuenta también, en otra ocasión, que Mengele escapó de un comando de supervivientes de Auschwitz, el «comité de los doce», que se presentó con intención de secuestrarlo en el hotel Tirol de la ciudad paraguaya de Encarnación, «una noche oscura y cálida» de marzo de 1964. Mengele, el hombre del sexto sentido, el mago: «Es la una de la madrugada cuando los hombres suben las escaleras a paso de carga y derriban la puerta de la habitación número veintiséis de la segunda planta. Está vacía» y la cama aún tibia. Advertido por teléfono de la inminente llegada de los vengadores, Mengele ha huido a la selva en pijama diez minutos antes.

Wiesenthal reserva una última revelación a sus lectores: la localización concreta del criminal ese año de 1967. «Mengele vive... en la zona militar entre Puerto San Vicente, en la carretera principal Asunción-São Paulo, y la fortaleza de Carlos Antonio López, situada en la frontera, en el río Paraná. Mengele se halla en un pequeño campamento de barracas blanco, en una zona de la selva habilitada para los inmigrantes alemanes. Tan solo dos carreteras conducen a esa vivienda apartada, dos carreteras patrulladas por soldados y policías uruguayos que tienen la orden de detener todos los coches y de disparar a quienquiera que transgreda las órdenes. Y llegado el caso de que la policía cometiese un error, cuatro guardaespaldas, armados hasta los dientes y cargados de radios y de *walkie-talkies*, velan por Mengele. Este les paga de su bolsillo».

Mientras se especula sobre su maléfica omnipotencia, una noche de septiembre de 1967 Mengele se reconcome en su cama, en su madriguera de Serra Negra, que no ha abandonado desde su

llegada, hace ya cinco años. Una vez más, lo atenaza la angustia. No tendría que haber leído ese viejo *Spiegel* que Gerhard encontró en una gasolinera. Le ha exasperado la entrevista de Albert Speer, recién salido de la cárcel tras veinte años de reclusión en el penal de Berlín-Spandau. Mengele se queda sin respiración al descubrir el arrepentimiento expresado por el arquitecto de Hitler, un «criminal», a su entender. ¿O sea que desconocía el exterminio de los judíos, él, el favorito del Führer, el exministro de Armamento y Producción Bélica del Reich, él, que recurrió a la mano de obra de los campos de concentración? Mengele arroja furioso la revista tras ver las fotos de Speer posando, con cara contrita, ante su grandiosa villa de Heidelberg. No podrá conciliar el sueño, de modo que se levanta y se dirige a su mirador.

Inmerso en la oscuridad, escucha el *Concierto para violín* de Schumann a pesar del zumbido suave, ese ruido de fondo de los trópicos, que crepitan día y noche. El viento se desliza entre el follaje y Mengele medita, envuelto en el olor corrompido de los frutos putrefactos de las yacas, sobre la prematura muerte de Schumann presa de alucinaciones acústicas; sobre el suicidio de Bernhard Förster en una habitación de hotel tras el fracaso de Nueva Germania, que fundó con su mujer Elisabeth Nietzsche; sobre el tiempo que transcurre en ese paisaje de estaciones inmutables, un tiempo que acentúa su nostalgia y lo atormenta: echa de menos las brumas otoñales, las primeras nieves de noviembre, los prados salpicados de flores recién abiertas en primavera y los lagos plateados de su juventud perdida. Mengele sabe que uno no escapa de una cárcel a cielo abierto. Se pregunta si no debería poner fin a sus días en vez de infligirse la vacuidad y la tortura del exilio, ese juego de la oca que está condenado a perder, pues sus aliados lo traicionan y proliferan sus enemigos.

Franz Stangl, el excomandante de los campos de exterminio de Sobibor y de Treblinka, es detenido en febrero en su domicilio de São Paulo por las autoridades brasileñas, que no han tardado en extraditarlo a la República Federal Alemana. Cuando se hizo pública

la noticia de su captura, Gerhard, indignado, se precipitó a Serra Negra para anunciarle a Mengele que se planteaba salir fiador del oficial de las SS, su compatriota, «un hombre ejemplar, el mejor de los comandantes de campo de Polonia», aseguró Gerhard refiriéndose al responsable de la muerte de un millón de personas. Mengele consiguió convencerlo de que se estuviese quieto y también de que frenara las actividades neonazis en la región de São Paulo: se exponía a llamar la atención de la policía y atraerla hacia él. A los tormentos causados por la detención de Stangl se suma en junio la decepción por la Guerra de los Seis Días, que Mengele siguió a diario en el televisor que Geza había regalado a sus hijos hacía unas semanas. Nasser es un mitómano, de la misma ralea que Perón. Sus ejércitos y los de sus aliados árabes fueron aplastados por los «judiílllos», que se apoderaron de Jerusalén, del Golán, del Sinaí, de toda Palestina: Mengele no sale de su asombro.

Temblando de frío e impotencia en su mísero mirador, contempla la luna roja camuflada tras nubes negruzcas cargadas de lluvia. Esa noche de septiembre de 1967, Mengele presiente que ha perdido. No entiende ya nada de un mundo que se le escapa y al que ya no pertenece, un mundo que lo ha expulsado, a él, el «cochero del diablo». Durante todo el invierno austral ha visto en la televisión a los jóvenes alemanes cuestionar el orden ancestral, la disciplina, la jerarquía, la autoridad, pedir cuentas a sus padres; ha visto a melenudos desmadrados bailar en el Summer of Love de San Francisco e irse a Katmandú, a blancos defender a los negros en Norteamérica. Lo descomponen los artistas contemporáneos alemanes, las primeras comunas aparecidas en Colonia, Múnich y Berlín Oeste, Beuys y sus esculturas sociales de carbón, residuos y hierro oxidado, el movimiento Zero, Richter, Kieffer, los accionistas vieneses, Brus, Muehl, Nitsch, que se laceran la piel y manchan sus lienzos con sangre, y los músicos psicodélicos cuyos sintetizadores contestatarios, flautas y percusiones liberadoras entierran el lirismo wagneriano. Sus melopeas cósmicas exploran las entrañas del alma alemana y claman su desesperación pisoteando el pasado.

Obsesionados por la guerra, artistas plásticos, pintores y músicos abandonan la Alemania del eufemismo, su hipocresía y sus mentiras, Alemania y su furor iconoclasta, cámara de tortura, lodazal de los pecados humanos, Alemania, a la que asocian con el panel derecho del *Jardín de las delicias* del Bosco, con el infierno y el diablo, el foco de la gran peste que acaba de devastar Europa, sus fábricas de la muerte, Auschwitz, Treblinka: Mengele.

60

Las noches ante el televisor pasan a ser un ritual en casa de los Stammer. Mengele, en zapatillas, rumia la actualidad, arrebujaado bajo una manta, con Cigano dormitando en sus rodillas. Obliga a Gitta y a los chicos a ver las noticias, a escucharle elogiar la dictadura «viril» de los militares brasileños y la intervención «decisiva» de los soviéticos en Praga, a celebrar el hundimiento estadounidense en Vietnam, a deplorar el declive de Occidente, «gangrenado por el materialismo y el individualismo, por todas las marranadas importadas de Estados Unidos desde el final de la guerra», a mofarse de las revueltas estudiantiles de 1968, «todos los jóvenes cretinos apátridas que confunden libertad con anarquía». La actualidad alemana lo pone fuera de sí, la gran coalición dirigida por «el nazi Kiesinger y el desertor Brandt», «la molicie y la incuria de los dirigentes», y los hijos Stammer se ríen por lo bajinis cuando el tío Peter comienza a proferir sus insultos contra los «traidores, ratas, separatistas, mentirosos, tontos del culo» que acompañan a las apariciones de un ministro o de un nazi convertido a la democracia, o cuando salta del canapé y empieza a pasear arriba y abajo por la sala jurando su odio al Antiguo Testamento y al cristianismo, «responsables de la decadencia» de

su lejana patria. Sedlmeier le transmite no obstante una información alentadora: su adversario más peligroso, el fiscal Bauer, ha muerto en misteriosas circunstancias, el 1 de julio de 1968.

Sus relaciones con Geza siguen siendo espantosas. Los dos hombres se buscan y se insultan con frecuencia. El húngaro ha recobrado los favores de su mujer desde que esta sospecha que tiene una amante en São Paulo. Mengele se venga acostándose ostensiblemente con las empleadas de la granja; Gitta gime en los brazos de Geza y le acaricia la nuca en presencia de Peter: Gerhard debe intervenir cada tanto para calmar los ánimos. Pero la crisis de octubre de 1968 lo supera. Los Stammer quieren vender la granja de Serra Negra, abandonar la agricultura y mudarse. Geza es ascendido y quiere acercarse a su puesto de trabajo, mientras que el doctor Hochbichler se niega a abandonar su fortín. Aterrorizados, los Mengele contactan con Rudel, su representante en Paraguay desde que el paria de la familia huyó a la desesperada.

A las pocas semanas, el expiloto envía a Gerhard una prometedora noticia: Klaus Barbie se muestra dispuesto a acoger a Mengele. El «Carnicero de Lyon» prospera ahora en Bolivia, tras haber informado a los servicios especiales estadounidenses sobre las actividades comunistas en el ejército y en la zona de Ocupación francesa. Dos veces condenado a muerte en rebeldía por el tribunal militar de Lyon, se hace llamar Klaus Altmann y reside en La Paz, donde ha dirigido una empresa de explotación maderera y trafica con estupefacientes y armas, compinchado con Rudel. Con el beneplácito de la CIA y de los servicios secretos alemanes, el exmiembro de la Gestapo forma a los oficiales bolivianos en técnicas de interrogatorio brutales desde que los militares subieron al poder, en 1964.

Al infantil Gerhard, la opción boliviana le parece interesante. Ya se imagina con una gorra a cuadros, atravesando selvas y fronteras acompañado del querido doctor y conociendo a Barbie, cuya hoja de servicios lo impresiona. Mengele no quiere ni oír hablar de ello. Solo pensar en subir en el pequeño coche del austriaco le hiela la sangre,

de modo que cambiar de país, por enésima vez, a sus casi sesenta años, queda descartado. No conoce a Barbie, pero una cosa tiene clara, no podrá manipularlo como lo hace con los Stammer. En Serra Negra él domina el espacio, a los hombres y a los animales. No piensa correr ningún riesgo; además, Rudel no es de fiar y lo ha defraudado. No lo ha visitado una sola vez desde que vive en Brasil ni le ha felicitado en su último cumpleaños. De los Mengele, lo único que le interesa son las generosas comisiones que cobra por la venta de la menor carretilla: *solo está perdido el que se abandona a sí mismo*, su dichosa divisa, en ese punto, al menos, no lo ha traicionado. Rudel, sus chaquetas de cachemir y su plan boliviano pueden irse al infierno. Una vez transmitida la información, Barbie se siente humillado, Rudel abochornado. «Mengele es el rey de los tocanarices», le dice a Gerhard. «Que en adelante se las apañe solo, no quiero volver a oír hablar de él».

Mengele se niega a marcharse de allí, pero no quiere vivir solo; los Stammer necesitan su parte de la venta de Serra Negra para adquirir la finca de sus sueños, un imponente caserón ubicado en una colina boscosa. Dispone de cuatro dormitorios y una parcela de más de ocho mil metros cuadrados en las cercanías de Caieiras, a unos treinta kilómetros de São Paulo.

Mengele debe decidirse a seguirlos, y los Stammer, a llevarlo con ellos. Se mudan a principios de 1969.

Sin mirador esta vez pero con una cerca: Mengele acomete de inmediato obras de fortificación. Planta estacas, las une con cuerda, abre agujeros donde introduce profundamente postes de dos metros de altura, la tierra se resiste, y se desloma con el zapapico y el

taladro, ante la mirada de Geza, que, sarcástico, lo observa desriñonarse mientras cava durante semanas, mientras repite la operación, escuadra en mano, porque los pilares quedan torcidos en el terreno empinado, y lo ve verter en los orificios gravilla, cemento, agua y tierra alrededor de los postes, clavar las vigas de apoyo, colocar finalmente las tablas verticales, una, dos, tres capas de madera imputrescible, que laquea y pinta de blanco. Tras la sólida empalizada, una pantalla de arbustos y limoneros completa su dispositivo.

En sus ratos de ocio, Mengele se aclimata a duras penas a su nuevo entorno. Se ha visto obligado a separarse de varios de sus perros bastardos, y tan solo se pasea al alba y al crepúsculo en aquella zona más densamente poblada que la campiña en torno a Serra Negra. Hace bricolaje, recompone puertas y suelos de madera, construye estantes para sus libros, y evita la compañía de los Stammer. Geza no se ausenta más que dos o tres días por semana, y a Mengele no le importaría recuperar a Gitta, pero esta ya no quiere trato con él, su carácter fastidioso ha acabado asqueándola. Mengele suele cenar solo en la cocina o ante el televisor. Garrapatea en las hojas de su diario, escribe poemas lacrimosos y prosigue su exploración de la fauna y la flora. Mengele espía las arañas bananeras, los escarabajos y se descubre una pasión por las *Blattodea*, que los Stammer llaman cucarachas, como todo el mundo. Ante la imposibilidad de arrinconarlas con las manos —los bichos pueden cambiar de dirección veinticinco veces por segundo, lee—, les pone un terrón de azúcar o un trozo de carne en el suelo del cuarto de baño para atraerlas con el fin de observar la sangre blanca que les brota del tórax herido y de dibujar en sus cuadernos de colegial croquis de sus grandes ojos compuestos, de sus caparazones de vivos colores y motivos psicodélicos. Una pata crece de inmediato al ser arrancada. Tienen seis, rematadas por dieciocho articulaciones; sus largas antenas y la pelusilla que les cubre los flancos les permiten detectar el menor movimiento de aire provocado por un depredador. Mengele envidia a esos alegres

insectos que desconocen las Tablas de la Ley y el código penal y podrían sobrevivir a una bomba atómica, según dicen. Descubre con satisfacción que la curiana germánica es la más peligrosa de las especies: portadora de microbios, provoca alergias en el hombre. Aplicada a una herida, una papilla de cucarachas calmaría el dolor. La próxima vez que Gitta se corte preparando una ensalada, le aplicará bálsamo de curianas en el dedo dolorido. O bien en el tobillo al testarudo de Roberto, que se lastima regularmente jugando al fútbol. La idea le divierte, jodida vida.

Jodida vida, letanía de lo cotidiano. Discusiones con Geza y Gitta con respecto al papel pintado de la entrada, la comida, las facturas de electricidad, la elección de los estudios de los chicos, que no tardarán en dejar el instituto; angustias, insomnios: ¿qué harán los israelíes y qué tramará Wiesenthal? Este anuncia a los cuatro vientos que él se oculta en Paraguay, Mengele ha leído recortes de prensa. Pero ¿no es una maniobra para que baje la guardia? Los medios de comunicación afirmaban que Eichmann se escondía en Kuwait mientras el Mossad preparaba su secuestro en Argentina. ¿Quiénes eran los dos tipos fortachones con los que se cruzó el otro día en la selva? Y Rudel y Barbie, ¿van a traicionarle? Mengele envía cartas cada vez más despavoridas a Günzburg: Alois debería enviar más dinero a los Stammer. Mengele ha echado cuentas, la recompensa de cincuenta mil marcos supera la cantidad que pone él en la compra de la nueva casa. ¡Si Geza lo echa, sale ganando! Mengele se queja a Gitta de la falta de generosidad de su familia. El bombero Sedlmeier debe intervenir en 1969. Pasa por Caieiras para untar a los Stammer y tranquilizar a Mengele.



Ahora que Mengele está más cerca de São Paulo, Gerhard lo visita con más frecuencia. Una tarde lo acompaña un hombre delgado de unos cincuenta años con marcado acento austriaco. Pelo corto, sienes rasuradas, Wolfram Bossert luce corbata oscura sobre camisa inmaculada y zapatos negros. Trae pasteles a los Stammer, y al que Gerhard le presenta como Hochbichler le tiende una mano y una sonrisa atrayentes. Está encantado de conocer al agricultor suizo cuyos méritos tanto ha elogiado su compatriota.

Los dos austriacos se conocieron en el club alemán de São Paulo, años atrás. Antiguo cabo de la Wehrmacht, Bossert ha acudido también a buscar El Dorado en Brasil tras la derrota del Reich. Responsable de mantenimiento en una fábrica de papel, no ha tenido un triunfo espectacular, pero se las ha apañado mejor que su compatriota. Gran aficionado a la música clásica, hasta el punto de que lo llaman Musikus, Bossert tiene pretensiones intelectuales y artísticas y le gusta compartirlas con quienes le rodean. Podría distraer a Mengele de su lúgubre vida diaria.

Gerhard ha insistido tanto que el criminal de guerra ha consentido en conocer a Bossert, a condición de que no le revele su identidad. Mientras toman el té, Mengele examina y pone a prueba al desconocido. Sus orígenes y currículum son birriosos, pero quedan compensados por cierta cultura y unas convicciones irreprochables, o eso parece: racista, antisemita y reaccionario, Bossert recita su breviario de odio sin notas discordantes. Es un nazi fanático, un soldado perdido de Hitler, «el alemán por excelencia, el más ilustre de todos los tiempos», afirma de buena gana. Siempre acompañado de Gerhard, regresa varias veces a Caieiras durante las semanas siguientes, intrigado por el suizo silencioso con sombrero tropical. Por el alemán que habla, por su acento bávaro que disimula mal y por sus reflexiones puntuales sobre historia y biología, adivina que Hochbichler no es una persona cualquiera.

La compañía de Musikus no es desagradable, pero Mengele se mantiene a la defensiva: podría ser un agente israelí encubierto, un

actor consumado, un asqueroso soplón. Gerhard no lo cree así. Conoce a la «encantadora» mujer de Musikus, Liselotte, que, «entre nosotros, doctor, tiene un buen culo», y a sus dos jóvenes hijos, Sabine y Andreas, Mengele no tiene nada que temer e incluso debería revelar su auténtica identidad a Bossert. Gerhard se lo ha consultado ya a Sedlmeier, que se ha mostrado de acuerdo tras haber conocido brevemente al técnico durante su última estancia en Brasil.

Mengele se desenmascara a regañadientes; Bossert ha de jurar por sus hijos ante Gerhard que no revelará a nadie el secreto.

63

Por vez primera desde que llegó a Brasil, Mengele decide aventurarse a salir al exterior. El miércoles por la noche, febril, se peina el pelo hacia atrás, se viste con esmero y oculta su revólver en un bolsillo del impermeable antes de salir a cenar a casa de los Bossert. Las primeras veces tuvo que acompañarlo Gerhard, Mengele se temía una trampa. Después, Musikus pasa a recogerlo en Caieiras a las siete en punto y, cuando el tráfico es más fluido, recalán en veinte minutos en un chalé anodino situado en las afueras de São Paulo, el enclave germánico de los Bossert: severos retratos de familia, baratijas de adorno alpinas y pots de loza de Gmunden rodean a la esposa y a los bien educados hijos, que acogen cordialmente al tío Peter. Objeto de todas las atenciones, Mengele ha hallado un oasis; durante unas horas olvida su vida miserable, a los Stammer y el miedo. Enseña a Sabine y a Andreas a jugar al Monopoly, permite sin reparos que le sirvan varios platos de sopa con albóndigas de hígado, y asado de cerdo que Musikus trincha, un poco nervioso. Alternar con el hombre que coleccionaba

los ojos azules, el nazi vivo más famoso del planeta, es un gran honor para el matrimonio Bossert. No bien acaba la cena, Liselotte se va a fregar los platos a la cocina y los dos hombres se encierran en el salón para escuchar música clásica.

Conversan largo y tendido. O, mejor dicho, Bossert sorbe un *schnaps* y fuma en su pipa de porcelana mientras el visitante se lamenta de su suerte y descarga su bilis: la raza nórdica, los judíos reptiles, la excelencia biológica, el pueblo alemán orgulloso y heroico... Mengele despliega hasta el infinito sus viejas obsesiones, sus ideas fijas y su visión predatoria e inquieta del mundo centrada en la degradación de Alemania y de Austria dirigidas por el «desertor Brandt y el judío Kreisky». «La esterilización forzosa y la eliminación de los improductivos resultan imprescindibles para reducir la demografía de los más primitivos y preservar el puro e inocente movimiento de la naturaleza tras milenios de alienación judeocristiana». El cabo austriaco asiente, duda en anotar las palabras del ingeniero de la raza, a quien adula servilmente; nunca ha tenido ocasión de alternar con un sabio de tal envergadura. Mengele ha hallado al discípulo que buscaba desde la muerte de Haase en Buenos Aires, diez años atrás; Krug, y ahora Gerhard, no son más que despreciables ayudas de campo. Mörike, Novalis, Spengler... Musikus sigue al pie de la letra sus consejos de lectura, escucha los discos que el otro le recomienda y se lanza al estudio del helenismo y de la botánica. Incluso lo sigue en su fascinación por las cucarachas: Musikus admira arrobado al viejo nazi. Mengele disfruta con la influencia que ejerce sobre ese hombre dócil y cumplido, tan diferente de los Stammer, que se burlan de sus obsesiones y le despojan de su fortuna. Esos bárbaros: maldice a la familia húngara todos los miércoles por la noche. Es inútil interrumpirle o llevarle la contraria, Bossert sufre esa cruel experiencia cuando le sugiere tímidamente que se avenga a lo que le piden los Stammer, por su propio interés. Mengele corta en seco la conversación con una expresión demente en los ojos.

Musikus lo acompaña poco antes de medianoche. Le sorprende el brusco cambio de fisonomía de su invitado cuando se disponen a marcharse. El arrogante parlanchín se parapeta en el silencio, se encasqueta el sombrero de ala ancha y se sube el cuello del abrigo temblando, los rasgos crispados. La visión de un policía lo hace empaparse de sudor en el coche, se oculta la cara entre las manos y agacha la cabeza para atarse los zapatos cuando se detiene un vehículo a su altura con el semáforo en rojo. En cuanto se separa de los Bossert, Mengele vuelve a enfundarse en su traje de animal acosado.

Sin embargo, consiente en acompañar a sus amigos a pasar un fin de semana en la selva y permite que Musikus le saque una foto por primera vez desde finales de los cincuenta. Bossert intenta convencerlo de que es irreconocible y lo anima a abandonar su aislamiento; si no, acabará mal. «Para eso, más le vale suicidarse», le dice Musikus a su mujer después de dejarlo una noche en su termitera. ¿Y su frente prominente? ¿Y el hueco entre los incisivos? Bossert insiste: si no llama la atención, no corre ningún peligro. Comienza una lenta reeducación. Acompañado de Gerhard y de Musikus, Mengele se permite breves excursiones, lejos de los Stammer, sin sombrero ni impermeable cuando sube la temperatura. El proscrito se interna de incógnito en la ciudad, los hijos de Bossert lo escoltan en el bus, en el supermercado, en el cine. Suda y tiembla asustado ante la idea de que lo reconozca algún superviviente de Auschwitz o un fisionomista fastidioso, pero aprieta los dientes, gana seguridad (un poco) y en ocasiones da en soñar con una vida menos mutilada, cuando llegue a la vejez. Su familia cede por enésima vez ayudándolo a comprar un apartamento en São Paulo cuyo alquiler percibirá. Pero los negocios son los negocios: el título de propiedad se pone a nombre de Miklos Stammer.

Al día siguiente de su sesenta cumpleaños, le duele el vientre y sufre molestos calambres, causados tal vez por el pastel de queso de Liselotte, que debía de estar en mal estado a causa del calor, o si no por el estrés: con la voz rota, Gerhard le ha anunciado durante la pequeña fiesta que dentro de poco abandonará para siempre Brasil. No sale adelante económicamente, y puede que su mujer y su hijo padezcan serios problemas de salud, tienen que someterse a una serie de pruebas, análisis de sangre, radiografías, extracciones de médula que es preferible efectuar en Austria, donde los atenderán mejor. «¿Y yo qué, y yo qué?», pregunta Mengele. Bossert será su nueva niñera, hará de intermediario entre Günzburg y los Stammer, le pasará la correspondencia y hará sus encargos. Gerhard le da su carné de identidad como regalo de despedida. No tiene más que sustituir la foto por la suya, pan comido, Musikus le ayudará a laminar el documento, le irá de perlas para resolver sus gestiones administrativas, el que está a nombre de Hochbichler es una falsificación más bien tosca que acabará trayéndole problemas.

A los pocos meses se presentan otra vez, agudos, alarmantes, los dolores de vientre. Mengele sufre de cólicos. Se aplica una bolsa de hielo en el vientre, se extiende arcilla verde diluida en agua caliente, ayuna un día entero, pero nada surte efecto, ni las infusiones con espino albar ni los medicamentos y antibióticos que le compra Bossert. Empeora, a las diarreas les suceden flatulencias, vómitos, un fuerte estreñimiento, tiene el intestino obstruido y su organismo se debilita, le crecen ganglios en el cuello, aparece la fiebre. Cuando Mengele se palpa el vientre al despertarse una mañana y descubre un bulto a la altura del estómago, piensa de inmediato en un tumor, o si no, es que lo han envenenado los Stammer; para ellos serán la casa, el apartamento, sus cuadernos, que venderán por una fortuna a una editorial. Se retuerce de dolor pero se niega a que vaya un médico a auscultarlo a Caieiras: «Es

demasiado peligroso», murmura a Bossert, que ha acudido a su cabecera. Geza se opone también, teme las posibles complicaciones que ocasionaría una visita y no cree en la afección; su inquilino, ese viejo zorro hipocondríaco, acabará recuperándose, como siempre. Pero, en esta ocasión, la cosa es grave. Los días siguientes Mengele ya no puede comer, se hidrata a duras penas y un atroz sabor a mierda le intoxica la boca. Todavía lúcido, adivina que puede tener vómitos fecaloides, una peritonitis, que va a reventar. Tiene que consultar urgentemente a un especialista. Bossert le lleva a un hospital de São Paulo.

El médico palpa el vientre del moribundo gimoteante, observa su cara del color de la cera, el bigote nevado y los surcos de la frente, comprueba su historia clínica basada en la documentación que Bossert ha facilitado al servicio de admisiones. Las radiografías no tardarán en emitir su veredicto. El médico está perplejo. En veinte años de carrera, les dice, nunca ha auscultado a un paciente blanco cuyo cuerpo y organismo estén tan castigados a los cuarenta y seis, cuarenta y siete años: el señor Gerhard no ha debido de llevar una vida fácil. Musikus recuerda de pronto que el año que consta en el «auténtico» falso carné de identidad de Mengele es 1925 y no 1911. Alega un error de la administración hospitalaria que habrá que enmendar, tiene razón el médico, el enfermo tiene en verdad diez años más; bravo, doctor. Entra oportunamente una enfermera con las radiografías de las vísceras en la mano: «Todo irá bien, Wolfgang, todo irá bien», dice Bossert a su gurú lívido.

Una esfera oscura del tamaño de una bola de billar obstruye en efecto sus intestinos. ¿Se ha tragado un cuerpo extraño? No, lleva días sin comer, los primeros dolores se remontan al año pasado. ¿Qué es, entonces? Misterio, pero hay que operar de inmediato.

El médico extrae del vientre de Mengele una impresionante pelota de pelos. A fuerza de mordisquearse el bigote, han ido acumulándose hasta obstruirle el tránsito. Se ha salvado de una buena, en todos los aspectos. «Wolfgang Gerhard» abona sus gastos de hospitalización al contado y se desvanece sin dejar rastro.

Mengele sale destrozado. Su herida cicatriza, pero le fallan las fuerzas, su cuerpo deteriorado emite señales inquietantes. Se pinza una vértebra levantando un simple leño y las jaquecas que a veces le acometen son tan intensas que debe guardar cama varios días en la habitación a oscuras. Se le inflama la próstata, pierde vista y los dientes le torturan. A finales de 1972 se arranca con un trozo de cordel y un cuchillo una muela cariada que amenazaba con infectar la encía inferior. El dolor era insoportable, un herrero le martilleaba la pulpa, el esmalte, sus nervios aullaban. Mengele evita la consulta, aún traumatizado por la observación del médico del hospital sobre su fecha de nacimiento, un regalo envenenado de Gerhard, aquel carné de identidad. Sabe que está pagando el estrés, la soledad y las noches en blanco de los diez últimos años, el trabajo físico a pleno sol, las humillaciones y las peleas, las separaciones, el calor, la melancolía y la humedad, su corazón seco, su corazón atrofiado. Reaparecen las ideas mórbidas y las angustias existenciales, la sombra de la muerte. La indiferencia de los Stammer ante su zozobra le desespera.

Tan solo cuenta con Musikus, su último aliado. Pero Bossert no es Gerhard. No se sube al Volkswagen por naderías: no es tan servicial y fanático como su compatriota. Si bien admira la contumacia del fugitivo, mantiene las distancias y no piensa sacrificar por él ni su carrera ni a su familia. Mengele es un manipulador egocéntrico, a Bossert le ha dolido su cinismo para con Gerhard, cuyo destino es una sucesión de calamidades: los reconocimientos médicos han revelado que su mujer padecía un cáncer de estómago y su hijo, Adolf, un cáncer de huesos. Los

tratamientos cuestan un dineral. Gerhard ha recurrido a su antiguo protegido, a quien nunca, a lo largo de diez años, ha reclamado un centavo por sus leales servicios. Pero Mengele se muestra reacio, convencido de que Gerhard intenta extorsionarle hinchando el monto de los gastos médicos: ¡más le vale aceptar lo inevitable, la muerte de su mujer en breve plazo, en vez de dilapidar el dinero de los demás! De no haber insistido Bossert, Mengele no habría pedido a su hermano que ayudase a Gerhard, y, medita Bossert, no lo habría hecho si no temiese que su antiguo factótum desesperado fuera a vender alguno de sus secretos a un periodista o a la policía. Fiel a sí mismo, Mengele escribió luego a Gerhard diciéndole que le sorprendía la mezquindad de su familia.

El viejo nazi irrita a sus allegados. En ese inicio de la década de 1970, Mengele desanima a su último círculo de fieles a fuerza de lamentarse por su suerte y de inmiscuirse en la intimidad de sus familiares, de prodigarles consejos, de mendigar su atención constante (y dinero y correo), como un niño. Martha le escribe raras veces. Su hermano Alois no tolera que critique su gestión de la empresa y la educación de su hijo Dieter, a quien Josef ni siquiera conoce; que se permita enviarle una lista de familias que debe evitar en Günzburg en caso de que Dieter quisiera casarse. Alois le pide también que deje de mandar a su sobrino Karl-Heinz aquellas largas cartas en las que reitera sus frustraciones, elogia al Führer y el eugenismo, vilipendia la República Federal Alemana, que tanta indulgencia ha mostrado con ellos. Ha cambiado el orden del mundo: tras la muerte de su padre en 1974, Dieter se niega a responder a las solicitudes de su tío de América. Incluso el fiel Sedlmeier se cansa de las agotadoras idas y venidas a Brasil, de los lamentos y la obstinación de Mengele, de sus sempiternas peleas con los Stammer y de su falta de gratitud. ¡Ningún nazi huido se ha beneficiado de semejante apoyo! Mengele se ha convertido en una pesada carga, pero el clan de Günzburg no puede abandonarlo: si lo detuvieran, la revelación de los vínculos indefectibles de la familia con el Ángel de la Muerte resultaría dramática para los negocios de



la multinacional, cuyo volumen de negocio es de millones de marcos y cuenta ya con más de dos mil asalariados. En 1971, Sedlmeier ha vuelto a mentir a un juez de instrucción cuando declaraba bajo juramento: Mengele no mantiene ninguna relación con su familia; nunca ha trabajado para la empresa; vive sin lugar a dudas en Paraguay... Sedlmeier lee la prensa, como todo el mundo; se cruzó con él por última vez en el aeropuerto de Buenos Aires, hace más de diez años.

66

Rolf Mengele es un joven atormentado. Allí donde va lo recibe un silencio incómodo, miradas turbadas. ¿Mengele, como...? Sí, Mengele. El hijo de Satán. Maldito patronímico, su eterno calvario, nunca olvidará su consternación y su pena cuando descubrió, leyendo los periódicos, que el tío bromista que le contaba historias de gauchos e indios en el hotel Engel era su padre, el médico torturador de Auschwitz. Funesta familia: educado por su madre, abogado en Friburgo, Rolf huye del clan de Günzburg. Desprecia el silencio de los Mengele en torno a los crímenes de su padre y su desprecio por sus víctimas. Su solidaridad tribal, su codicia, su cobardía le resultan odiosas. Rolf se reivindica de izquierdas, en lucha contra el capitalismo y el fascismo, los Mercedes, la hipocresía y la conciencia tranquila de la buena sociedad de Alemania del Oeste. Rolf es un niño contestatario de la posguerra, a quien sus primos Dieter y Karl-Heinz llaman «el comunista». Un rebelde, pero un rebelde frágil, enredado en sus contradicciones, torturado por ese padre agobiante y venenoso.

En la Pinacoteca de Múnich, plantado ante los cuerpos desnudos entremezclados de *La caída de los condenados* de Rubens, no

puede evitar pensar en él, en la rampa de selección, gran orquestador del *ballet* macabro, demonio de immaculado uniforme que precipitaba a los hombres a las tinieblas. Si al menos hubiera muerto en Rusia, como lo pretendió la leyenda familiar durante mucho tiempo... Si al menos él, Rolf, hubiera tenido el valor de mandarlo a paseo, de anunciarle su matrimonio con una judía polaca o una zaireña en vez de con una alemana de buena familia, su entrada en un kibutz, como un buen amigo suyo, o si se viera con fuerzas para entregarlo a la justicia... Pero Rolf es incapaz de tal cosa. Sería un parricidio, más tormentos, un drama adicional. Su padre es Josef Mengele. Él es hijo de Josef Mengele. Rolf debe saber, saber por qué, cómo, lo de las selecciones, los experimentos, Auschwitz. ¿No siente el viejo ningún pesar, ningún remordimiento? ¿Es la bestia cruel que describen los periódicos? ¿Es hasta tal punto infame y degenerado? ¿Puede él, Rolf, ayudarlo a salvar su alma? Y él, Rolf, ¿es un ser malvado por su culpa?

A comienzos de los setenta, padre e hijo intensifican sus intercambios epistolares. Durante mucho tiempo, Mengele descuidó a Rolf porque este había permanecido pegado a las faldas de Irene. Prefería a Karl-Heinz, ese hijo espiritual al que había sabido modelar de adolescente cuando vivía con él en Argentina. Pero desde que le ha rozado la muerte, a Mengele se le ha metido en la cabeza reanudar la relación con ese hijo biológico, con quien no se cruzó más que una decena de días en Suiza, quince años atrás. Espera de él la compasión que le niegan los demás, y no le escatima ninguno de sus quebraderos diarios, de sus problemas de salud, las sinusitis, los discos dorsales deteriorados —«un probable inicio de artrosis de la columna vertebral»—, confiando así apiadar a Rolf, a quien sabe más frágil y sensible que el resto de la tribu Mengele. Culpabilizar, cosquillear el orgullo, manipular. Con toda idea, el padre elogia al hijo las cualidades del primo, Karl-Heinz, «el alemán ejemplar», trabajador, modesto y afectuoso, que le envía regularmente dinero a espaldas de Alois y de Dieter, a quien Rolf debería imitar. Quiere meter en vereda al mocoso, a su hijo

confundido «por los medios judaizantes vendidos a las potencias del dinero», por la educación laxa de Irene y del vendedor de zapatos de Friburgo. «Sin autoridad, el mundo es incoherente y la existencia incomprensible», le escribe. Mengele critica su modo de vida, el físico de su mujer, y no le extrañan nada sus problemas sentimentales —Rolf se divorcia al año de su matrimonio—. Cuando el joven renuncia a terminar la tesis de doctorado, manifiesta su desprecio por su falta de ambición: «Hoy en día cualquiera puede ser abogado, si quieres que me enorgullezca de ti, termina tu doctorado en derecho». Después Mengele se amansa y le mendiga un poco de afecto, fotos, postales de la Selva Negra y de Múnich, es tan desdichado y está tan solo «en medio de la jungla, relegado al otro extremo del mundo».

Rolf lucha consigo mismo, cede, rechaza, pregunta: pero ¿y Auschwitz qué, *papá*? Mengele se declara inocente de los crímenes de los que se le acusa. Ha luchado por defender «valores tradicionales incontestables» y nunca ha matado a nadie. Por el contrario, al decidir quiénes eran aptos para trabajar, salvó vidas. Rolf está mal informado, tiene que aprender a borrar ciertos acontecimientos dolorosos: remover eternamente el pasado es malsano. Alemania estaba en peligro de muerte. Además, un padre y un hijo deben quererse, cualesquiera que sean las circunstancias. Le pide que vaya a verlo a Brasil, «con la mente abierta, sin prejuicios».

Rolf se interroga. En el fondo de sí mismo, sabe que solo hallará la paz encarándose con su progenitor, el médico que se reía en Auschwitz y silbaba arias de ópera en la rampa de selección. Frente a frente, de hombre a hombre, Mengele contra Mengele. Comienzan a planificar su viaje hasta que estalla una nueva crisis con los Stammer.

Mengele le ha levantado la mano a Gitta. Una pelea absurda que ha degenerado, la última porción de una tableta de chocolate, un tarro de confitura roto, las nalgas de la exbailarina rozadas, la causa del litigio es oscura, pero Gitta gritó y Mengele le soltó un bofetón. Geza agarró del cuello al nazi tronado e inmediatamente llamó a Bossert. Mengele tuvo que instalarse unos días en casa de sus amigos, lo que tardara Sedlmeier en cruzar el Atlántico. En esta ocasión, los Stammer se muestran inflexibles: incluso los cinco mil dólares que Sedlmeier les agita en las narices los dejan fríos, después de trece años de vida en común se ha consumado el divorcio, adiós Peter, adiós Hochbichler, por fin tranquilos. ¿Qué hacer con Mengele? Musikus no dispone de los contactos de Gerhard; Rudel se ha eclipsado. La única alternativa de Musikus se va al garete. Un pariente suyo, que había dado su conformidad y luego renunció, no pega ojo por la noche, convencido de que lo siguen unos misteriosos desconocidos desde que Musikus le confió su plan. A su mujer, Liselotte, no le hace gracia que Mengele le pegue un repaso a las piernas y al trasero en cuanto se da la vuelta: Bossert le ha jurado que Mengele no iría a sembrar cizaña a su casa. El tiempo apremia, los Stammer han vendido ya Caieiras y se han mudado a una suntuosa villa de mil metros cuadrados en São Paulo; Mengele y Cigano tienen dos meses para desalojar; si no, los pondrán en la calle a fines de 1975. Sin escapatoria, el sexagenario opta por lo impensable: vivir solo, por primera vez desde que abandonó Buenos Aires. Geza decide hacerle pagar caro la revelación de su aventura con Gitta. Le inflige una última humillación, alquilarle una casita que ha comprado con la parte del propio Mengele de la venta de Caieiras, un cuchitril de estuco en Eldorado, un suburbio miserable de São Paulo: Mengele no apelará a la justicia.

La caída. Una sensación vertiginosa cuando Bossert lo deja en su nuevo domicilio como quien devuelve un envase retornable y

desaparece sin decir palabra, con una sonrisa incómoda en los labios. Se cierra la puerta, Cigano ladra y Mengele se tambalea apesadumbrado descubriendo la trampa, con atmósfera húmeda de sótano, que le conducirá a las profundidades. Lo intuye, la próxima etapa de su derrumbe será el cementerio o la cárcel. ¡Eldorado! La casa de la calle Alvarenga es lúgubre, las paredes son de color gris verdoso, el cuarto de baño infecto y minúsculo, la cocina de butano, el tejado tiene goteras. Última estación del eugenista de buena familia en la isla caótica y mestiza, las entrañas de Brasil se disponen a devorarlo.

Los primeros meses quiere remozar el tugurio y hacerlo más seguro, pero la soledad le come la energía. Comienza con el embaldosado y los arreglos de la cocina, aunque no llega a acabarlos. Tumbado desnudo en el suelo de hormigón, con la pistola al alcance de la mano, durante horas trata de fijar las aspas del ventilador, antes de terminar de instalar los barrotes en las ventanas. Él, tan madrugador desde la infancia, tarda en levantarse de la cama. A veces vuelve a acostarse, con un nudo en la garganta. ¿Para qué, masculla a Cigano, y cuántos mazazos más? Todo cuanto acomete se esfuma como por arte de magia. El agua filtrada gracias al aparato que ha montado en el tejado sigue sabiendo a hierro; por más que ventila la habitación, el tufo a moho no se disipa y las cucarachas, que proliferan, han dejado de interesarle; se consume de tristeza, Irene, Martha, un gesto de consuelo, hasta a los Stammer los echa de menos a ratos, únicamente los ve para hacer cuentas, el alquiler de la casita menos el alquiler del apartamento que pertenece a Mengele, adiós y gracias, Gitta espera en el coche mientras Geza cobra. Solo Bossert le aporta un pequeño respiro. Acude a cenar todos los miércoles por la noche, a escuchar a Bach y las jeremiadas de Mengele, sus quejas permanentes, Alemania, Hitler, familia, salud. Tiene la tensión muy alta. Padece de reumatismo e insomnio, se teme una operación de próstata; le agobia la espalda, sus vértebras están tan deterioradas que camina con dificultad. «Rolf es blandengue,

Sedlmeier egoísta, Rudel un renegado materialista y Dieter un hijo de puta como lo era su padre, el rácano de Alois»: no le envía suficiente dinero, menos mal que Karl-Heinz se encarga de completar su magra pensión; aun así —los fines de mes se hacen cuesta arriba—, Mengele se lo pensó dos veces antes de comprar un magnetofón. Y Mengele habla de su nueva obsesión, el *bárrio* turbio adonde lo ha arrojado la Providencia, «un nido de negros y mulatos disolutos, de malhechores y drogadictos» donde «se acumulan las basuras y las ratas campan a sus anchas». «Hace unos días llamaron a mi casa unos golfos en plena noche y ya no pude conciliar el sueño». «Una pesadilla», repite cada semana el hijo de Günzburg a Musikus: tráfico demencial, cortes de electricidad, detonaciones, porquería, mezcolanza de chabolas, inseguridad, jaleo. Las borracheras de los fines de semana y los delirios colectivos las noches de partido de fútbol y de macumba... «Qué decadencia..., me hago cruces de haber caído tan bajo».

Para los vecinos, Mengele es Pedro, un anciano esmirriado y estrafalario. No ha vuelto a salir del barrio desde que una pareja le echó una mirada en el metro —en fin, desde que piensa que un hombre murmuró algo al oído de una mujer y ella lo miró fijamente—. Mengele sigue cayendo en la paranoia, su frente saliente le obsesiona, le corroe el hueco entre sus incisivos, cada vez que se aventura cabizbajo hasta la tienda de ultramarinos, con el bastardo Cigano pisándole los talones, le estremece la posibilidad de ser desenmascarado, interpelado, capturado, golpeado, los periódicos que compra siguen hablando de él, no sueltan la presa, y lo dejan asombrado, estupefacto, las fábulas que lo describen omnipotente en la selva paraguaya, en Pedro Juan Caballero, o riquísimo en Perú, los periódicos hablan también del maldito Wiesel, que pretende no haberlo pillado por un pelo en España, las decenas de miles de dólares ofrecidos por su captura, por no hablar de esa película hollywoodense en rodaje, *Marathon Man*, donde Laurence Olivier interpreta al Ángel Blanco, un dentista nazi «libremente inspirado en el espantoso doctor Mengele, el Ángel de la Muerte de

Auschwitz aún huido», lee, cuando ya no es más que una ruina humana, incapaz de recordar los rasgos de las mujeres que lo amaron, reducido a reconcomerse en su casa y a sobresaltarse por el maullido de un gato, cuando agoniza con discreción y le gustaría clamar a la faz del mundo que está enfermo y solo como un perro, solo reventando en las ruinas de la favela. Huyen de él. Todos lo evitan, incluido el joven Luis, dieciséis años, un jardinero del barrio. Les gustaba cuidar de sus flores juntos, hablar de botánica mientras tomaban helados bajo las couropitas de la plaza municipal, detrás de la casa. Pedro creía que Luis le tenía cariño: él le abrió la puerta de su cuchitril, le ofreció caramelos y bombones, y lo inició en la música clásica. Compró un televisor por complacerle.

Pero el muchacho se asustó cuando el viejo bigotudo empezó a bailar, solo, y le ofreció que durmiera en su casa: podrían mirar la telenovela y construir una cabaña al día siguiente.

Luis no volvió a aparecer.

En el otoño de 1975, Bossert alerta a Sedlmeier: Brasil se dispone a modificar el formato de sus carnés de identidad. Gerhard tiene que volver a São Paulo, solo él puede conseguir un carné que se ajuste a la nueva legislación. Mengele no puede presentarse en la administración. Sedlmeier debe convencer a Gerhard de que preste un último servicio a su viejo amigo. La misión es delicada. Gerhard está muy resentido con los Mengele, que se mostraron reacios a pagar los tratamientos de su mujer y de su hijo y se negaron a financiar la tienda de material fotográfico que quería abrir en Austria. Les pedía treinta mil marcos, pero tan solo obtuvo mil tras ásperas

negociaciones. Entretanto, su esposa falleció y el joven Adolf sigue delicado.

Así pues, Gerhard necesita dinero, pero también consideración. Sedlmeier ha comprendido que no bastará con untarle, de modo que pasa a recogerlo en el Mercedes y se lo lleva a comer al mejor restaurante de Braunau am Inn, donde empezó todo. Hitler nació en una casa de la Salzburger Vorstadt, que visitan tras una opulenta comida y unos gruesos cigarros puros. El fanático llora de emoción, y Sedlmeier aprovecha para exponerle el plan: en memoria del Führer volverá a Brasil, renovará el carné de identidad y salvará al capitán de las SS Mengele.

Gerhard llega a São Paulo a principios de 1976.

Cambiar los papeles no es más que una formalidad, manipularlos y volver a manipularlos también, pero ahora parecen aún menos verosímiles que antes, hasta tal punto se ha arrugado Mengele estos últimos tiempos. Macilento y mal afeitado, a Gerhard le da pena verlo. El austriaco lo ayuda a repintar el salón y a colgar una cabeza de jabalí disecada en su habitación, pero su hijo enfermo requiere su presencia en Europa. Gerhard pide a Bossert que dedique más tiempo a su amigo común o que le presente a una familia que acceda a distraerlo de vez en cuando. Musikus piensa en un ingeniero textil argentino de origen alemán, Ernesto Glawe, a quien pone a prueba ante Gerhard. «Un buen hombre, servirá», convienen ambos cómplices, si bien queda descartado revelarle la auténtica identidad de Pedro Gerhard, exmédico militar en el frente ruso y pariente lejano de Wolfgang Gerhard. Antes de marcharse, este presenta a Glawe al viejo, y cumple discretamente la última misión que le ha encomendado Sedlmeier y de la que Bossert ha sido informado: reservar, para un tío médico, un lugar junto a la tumba de su madre en el cementerio del municipio de Embu. Gerhard no volverá a ver a Mengele: se desploma ante su coche en 1978, a los cincuenta y tres años.



Y en compañía de los Glawe pasa Mengele el domingo 16 de mayo de 1976. Por primera vez ha ido a compartir el *asado*, la gran barbacoa argentina; por lo general lo visitan Ernesto y su hijo Norberto, le llevan paquetes de galletas y platos cocinados dispuestos en una cesta —Bossert les ha advertido que Pedro tiene poco apetito y no sabe cocinar—. Pese a que están en el cenador del jardín, Mengele se asfixia ese tórrido domingo y pide a Norberto que lo lleve a casa antes del café, se disculpa pero se le viene encima una de sus espantosas jaquecas, no, no quiere tumbarse, quiere volver cuanto antes, «gracias, pequeño». Al llegar ante la puerta, no acierta a abrirla, qué raro, no tiene fuerzas para girar la llave en la cerradura, su brazo derecho adormecido no responde a las órdenes dictadas por el cerebro, que de pronto le duele atrozmente, como si se hubiera abierto una compuerta y se le inundara la cabeza, explotan algunos conductos y no puede pedir ayuda, hablar y ni siquiera ver con claridad, entonces renquea hasta el coche de Norberto, aterrado; el viejo vomita sobre la portezuela; el labio inferior le pende por el lado derecho.

Hospitalizado durante quince días, Mengele se recupera lentamente de su accidente vascular cerebral. Los Bossert y los Glawe se turnan a su cabecera, y a su regreso de la clínica Norberto se instalará en su casa: por el momento, aunque según los médicos ha tenido mucha suerte y le quedarán pocas secuelas del ictus, el tío Pedro no está en condiciones de vivir solo.

La cohabitación del joven sudamericano con el nazi extenuado no tarda en agriarse. Norberto carece de la paciencia y de las competencias de una enfermera para lidiar con la ansiedad devoradora de Pedro. Este se vuelve loco de rabia cuando la memoria le juega malas pasadas, arroja el destornillador o el libro que su mano derecha temblequeante ya no puede sostener o se queja de la cocción de los espaguetis. Al día siguiente de una noche

en que el anciano ha soñado y vociferado en alemán, Norberto decide abandonarlo. Los Glawe no quieren volver a saber de él.

«Se busca asistente, buena cocinera, paciente y fiel, para pariente mayor. Se exigen referencias. No serias, abstenerse...». Responde al anuncio por palabras una mujer angulosa de unos treinta años. Elsa Gulpian de Oliveira entra al servicio de don Pedro a finales de 1976.

70

Puntual y sonriente, Elsa ventila, limpia y desempolva el cuchitril de arriba abajo. Le da lástima el viejo, siempre solo, rezongando, comiéndose las uñas nerviosamente o recitando poesías alemanas para ejercitar la memoria. «Don Pedro, no debería usted abandonarse tanto»: ella lo anima a acompañarla a hacer la compra y a caminar, y Mengele obedece, tomando del brazo a la enérgica criadita, que además no es mala cocinera. La lleva a cenar, la invita al cine: aparte de Bossert, no tiene a nadie más en su vida. El día en que murió Cigano, la chica lo abrazó, con cariño, instintivamente, como nadie lo había hecho desde Martha. La presencia de Elsa lo tranquiliza, recobra una pizca de vivacidad y espera poder mantener la promesa que se ha hecho a sí mismo, hace ya varios años: conseguir que su hijo venga a Brasil.

A los nuevos titubeos de Rolf, Mengele replica con cartas patéticas en las que se entreveran amenazas y lamentos. Está tan solo y recibe tan poco cariño que se suicidará si Rolf no acude. Su salud va de mal en peor, en dos ocasiones ha estado al borde de la muerte; los israelíes van a asesinarlo: «Rolf, te necesito, tenemos que vernos cuanto antes».

Al final, el joven abogado torturado se decide. Su padre prepara el viaje como un general la batalla decisiva. Nada se dejará al azar, Rolf deberá respetar todas sus instrucciones para llegar hasta él, multiplicar las pistas falsas, reservar habitación en varios hoteles, aprender a perderse en la multitud y a camuflarse —«son imprescindibles unas gafas de sol y un sombrero», precisa—, también a detectar cualquier seguimiento policial y a despistar a sus perseguidores, «Rolf, espero que estés en buenas condiciones físicas, de no ser así, haz deporte a fin de prepararte para la expedición». Si lo desea, Bossert le entregará un arma a su llegada a São Paulo. Y sobre todo necesita un pasaporte. Mengele junior no puede viajar a Sudamérica con su auténtico nombre. Huelga tanta precaución: ya nadie busca realmente a Mengele en esa mitad de los años setenta. Los alemanes siguen creyendo que está en Paraguay. Los israelíes no disponen de información reciente ni planean ya secuestrarlo. Desde la Guerra de los Seis Días, todos los votos cuentan en el Consejo de Seguridad de la ONU, los de los países de Latinoamérica tanto como los de los demás, de modo que se evita apremiarlos por un viejo nazi que quizá esté muerto, y a *fortiori* violar su soberanía.

Sedlmeier se encarga de supervisar los preparativos. Pobre de Rolf como se permita poner objeciones. Mengele echa pestes, le escribe sin parar. Rolf quiere ir con un amigo con quien tiene plena confianza, pero Mengele no lo conoce, debe ir solo, «no conoces a ningún amigo mío, papá», etcétera. Decenas de cartas cruzan el Atlántico, corre el tiempo, Rolf se enamora en Alemania y demora su marcha, Mengele, angustiado, culpa a Sedlmeier, que se mesa los cabellos. Por fin se reserva el billete de avión: Rolf volará el 10 de octubre de 1977. Tendrá que traer «buenos regalos» a los Bossert, insiste Mengele, convencido de que la avaricia de su familia es el motivo de su divorcio con los Stammer, piezas de recambio para su maquinilla de afeitar eléctrica, pepinillos en salmuera del Spreewald, y tapetes de encaje para Elsa, a quien anuncia la inminente llegada de su sobrino. Antes de su marcha, Rolf se ve con Karl-Heinz en el

jardín de Sedlmeier, y Karl-Heinz confía a su primo varios miles de dólares para que se los entregue a Mengele, el marido de su madre, el querido «tío Fritz» de ambos.

Rolf y su amigo llegan sin tropiezos a Río de Janeiro. Rolf exhibe en la aduana el pasaporte que le ha quitado a un amigo mientras que su cómplice lleva el pasaporte auténtico en el bolsillo, por si acaso, pero el funcionario le sonrío: bienvenido a Brasil, joven. Tras pasar una noche en Río, Rolf vuela solo a São Paulo. Como habían convenido, un primer taxi lo deja en el punto A, otro en el punto B, un tercero en casa de Bossert. Sin cruzar palabra, ambos hombres se dirigen de inmediato a Eldorado. Llegan a Alvarenga. La calle apesta a carne achicharrada, cuelgan cables de los postes de electricidad, los perros hurgan en los cubos de la basura. Rolf observa las chabolas, a los hombres desharrapados, a las negras rollizas en camiseta de tirantes. El corazón le late desbocado. El coche avanza dando tumbos y estaciona ante el 5555. Un anciano con bigote se yergue en el umbral, los puños en las caderas, los brazos en jarras.

Su padre, Josef Mengele.

Lo primero que le sobrecoge es el olor a cuchitril de la casa, y la voz temblequeante de su padre. Viril e imperiosa en otro tiempo, lo impresionó de niño, durante las vacaciones en la montaña. Pero Rolf no se deja enternecer ni por las lágrimas que derrama el viejo al darle la bienvenida, ni por su mano derecha deforme y su mirada de animal acosado. Sedlmeier lo ha puesto en guardia: «Josef es un comediante de cuidado». Rolf le pide que se siente y va directo al grano. Después de tantos años, de cartas ambiguas y noches en

blanco, su padre le debe de una vez por todas la verdad. ¿Por qué fue a Auschwitz? ¿Qué hizo allí? ¿Es culpable de los crímenes de los que lo acusan?

Por vez primera, Mengele se ve enfrentado a sus inconcebibles crímenes. Tose mientras mira a su hijo, retrato calcado de su madre, y le parece más guapo que en foto, de no ser por su pelo largo de actor americano, que debería cortarse durante su estancia en Brasil, y sus odiosos pantalones de pata de elefante. ¿Solo quiere beber agua? Mengele ha comprado cerveza y vino en su honor. ¿Por qué no come algo? «Habla, papá, luego ya veremos». ¿De esas cosas antediluvianas?, suspira Mengele.

Sí, de esas cosas antediluvianas.

La humanidad es una morfología que no tiene ya más objeto ni sentido que la orquídea o la mariposa. Existe un crecimiento y una vejez de los pueblos y de las lenguas, al igual que existen robles, pinos y flores, jóvenes y viejos. Todas las culturas conocen posibilidades de expresión nuevas que germinan, maduran, se marchitan y desaparecen irreversiblemente, dice el padre, que se ha preparado para el interrogatorio del hijo. Tras la Primera Guerra Mundial, Occidente había alcanzado un punto crítico y Alemania una fase inexorable de su civilización, gangrenada por la modernidad técnica y capitalista, las masas, el individualismo, el cosmopolitismo. Cabían dos opciones: morir o actuar. «Nosotros los alemanes, raza superior, debíamos actuar. Debíamos inocular una vitalidad nueva con el fin de defender la comunidad natural y garantizar la eternidad de la raza nórdica», dice Mengele. Hitler proyectaba conseguir cien millones de germanos, doscientos cincuenta a medio plazo y mil millones en 2200. «¡Mil millones, Rolf! Era nuestro César y nosotros, sus ingenieros, encargados de velar por que dispusiera siempre de un número creciente de familias sanas y racialmente satisfactorias...».

Rolf tamborilea con los dedos en la mesa. Conoce las teorías de Spengler sobre la decadencia de Occidente y no se ha aventurado a

viajar a Brasil para oír a su padre recitar la *novlangue* del catecismo nazi: «Papá, ¿qué hiciste en Auschwitz?».

Mengele esboza un gesto de irritación, no se le suele interrumpir. «Mi deber», le dice mirándolo a los ojos, «mi deber de soldado de la ciencia alemana: proteger la comunidad orgánica biológica, purificar la sangre, desembarazarla de sus cuerpos extraños». Debía clasificar, seleccionar y eliminar a los no aptos que llegaban a millares todos los días al campo. «Intenté designar a ello el mayor número de trabajadores para ahorrar un máximo de vidas. Los gemelos con los que contribuí al progreso de la ciencia me deben la vida», osa decir. Rolf lo mira ceñudo. Mengele intenta explicar su principio de selección: en un hospital militar, no todos los heridos son operables. Algunos han de morir, es la guerra, así se rigen las leyes de la vida, solo sobreviven los más fuertes. Al llegar los convoyes, había muchísimos muertos vivientes. ¿Qué hacer con ellos? Auschwitz no era un asilo sino un campo de trabajo, dice Mengele: más valía ahorrarles múltiples sufrimientos eliminándolos de inmediato. «Créeme, no era fácil tener que hacerlo a diario. ¿Entiendes?». No, Rolf no lo entiende en absoluto, pero no contradice a su padre. Puede que, si lo deja hablar, a Mengele se le escape por fin una confesión, algún remordimiento. «Obedecía las órdenes porque amaba a Alemania y esa era la política de su Führer. De nuestro Führer: legal y moralmente, debía desempeñar mi misión. No tenía elección. Yo no inventé Auschwitz, las cámaras de gas ni los hornos crematorios. Yo no era sino un engranaje más. Si se cometieron algunos excesos, yo no soy responsable de ellos, yo...». Rolf se levanta y le da la espalda a su padre, ha dejado de escuchar. Se masajea la nuca mientras observa por la ventana a unos chiquillos jugando al balón.

«¿Y los judíos, qué te han hecho los judíos?», inquiera, tras sentarse de nuevo frente a él. Mengele vuelve a la carga con la biología, los bacilos, los microbios y las larvas que es menester erradicar. Le señala un grueso mosquito que corre por la pared. «Vamos a matarlo porque amenaza nuestro entorno y puede transmitirnos enfermedades si nos pica. Lo mismo pasa con los judíos». Rolf cierra los ojos. Le gustaría escapar de allí, pero conmina a su padre a no moverse, no han acabado, el insecto esperará. «¿Nunca sentiste lástima de los niños, las mujeres y los ancianos a los que mandabas a la cámara de gas? ¿No te remuerde la conciencia?». Mengele lanza una mirada aviesa a su hijo, que realmente no comprende nada. «La piedad no es una categoría válida, porque los judíos no pertenecen al género humano», dice. «Nos han declarado la guerra, desde hace milenios desean la derrota de la humanidad nórdica. Había que eliminarlos a todos. Más adelante, los muchachos se habrían hecho hombres y las muchachas madres ávidas de venganza. Por eso los supervivientes emponzoñan la actual Alemania e Israel amenaza la paz mundial. Entérate, Rolf, de que la conciencia es una disposición enfermiza, inventada por seres mórbidos con el fin de entorpecer la acción y paralizar a quien actúa», dice Mengele. No se ha entregado a la justicia porque los jueces no son más que justicieros y vengadores.

Ha caído la noche sobre Eldorado. Los Mengele cenan en silencio. El hijo observa al padre, ese extraño, chafar la yema del huevo y mojar glotonamente el pan. Tiene el bigote impregnado de restos de espinacas. «¿Tú has matado, papá? ¿Has torturado y arrojado a recién nacidos al fuego?», pregunta de súbito Rolf. Mengele se incorpora, lo fulmina con la mirada. Jura no haber hecho daño a nadie, sencillamente solo ha cumplido con su deber de soldado y de científico. Cuando un piloto lanza bombas sobre una ciudad en territorio enemigo, la colectividad no lo incrimina, por el contrario, lo considera un héroe. Entonces, ¿por qué la tiene tomada con él? Además, los alemanes nunca han protestado, tampoco el

Papa. ¡Es tan injusto como infame!, exclama Mengele. En su calidad de cirujano del pueblo, ha luchado por proyectar a la raza aria a la eternidad y en aras de la felicidad de la comunidad. El individuo no contaba.

El anciano, arrebolado, se levanta con brusquedad y vocifera: «¡Tú, mi único hijo, te crees todas las cochinadas que se escriben sobre mí! No eres más que un burguesito influido por el idiota de tu suegro, tus estudios de derecho y los medios de comunicación, como toda tu generación de mierda. Este asunto os viene grande, así que dejad en paz a vuestros mayores y respetadlos. No he hecho nada malo, Rolf, ¿me oyes?».

Se acabó. Tras dos días y dos noches de discusiones sin respiro, Rolf se rinde. Su padre es un ser cerril, obcecado y dañino, un criminal de guerra, alguien que ha cometido crímenes contra la humanidad, impenitente. Sí, se acabó, se dice Rolf, y el resto de la estancia ya no importa, los paseos, las fotos con los Bossert y la comida en la playa de Bertioga son meras apariencias. Se marcha antes de lo previsto. En el aeropuerto, su padre le susurra que espera volver a verlo.

Rolf se aleja hacia la zona de embarque.

Mengele ha vivido la estancia de su hijo como una victoria, su placidez de los últimos días como una redención tras el tormentoso inicio. Rolf le ha devuelto una pizca de vigor, pero cuatro, cinco, seis días después de su marcha, sigue sin confirmarle que ha regresado bien. ¿Lo detuvieron en Río? ¿A su llegada a Alemania? Y eso que Mengele intentó disuadirlo de que presentara su pasaporte auténtico para volver a Europa. Le escribe cartas aterradas, devora la prensa,



escucha y mira con ansiedad las noticias, el hijo del Ángel de la Muerte ha podido ser detenido al regresar de Brasil. Mengele se reconcome las uñas y la sangre, hasta que Sedlmeier lo tranquiliza, pero solo un mes después. Por lo tanto la visita de Rolf no había servido de nada. El muy cabroncete. Mengele está consternado; lo invaden de nuevo el vacío y la melancolía. Bossert le sugiere que se mude a un barrio más acogedor, pero él no quiere abandonar Eldorado, donde a nadie se le ocurrirá buscar al criminal más temido del universo. Por otra parte, no tiene fuerzas ni ganas de familiarizarse con un nuevo entorno.

Y además, en Eldorado está Elsa. Elsa, que lo lleva en palmitas y lo cuida a diario como una madre; Elsa, a la que Mengele inicia en la música clásica, el latín y el griego; Elsa, a quien regala chales, una pulsera de oro y otros generosos obsequios gracias al dinero de Karl-Heinz y a la venta del apartamento en São Paulo. Sufre cuando su asistente lo abandona al final del día tras pintarse los labios de puntillas ante el espejo del cuarto de baño para salir con otros hombres. Cuando Elsa prepara el café por las mañanas, cree estar viendo a Irene, de espaldas; ambas mujeres se parecen, con esas caderas finas, ese cabello rubio veneciano ondulado recogido en un moño. Elsa le ha tomado afecto a don Pedro, que le recuerda a su padre, fallecido cuando ella tenía quince años; es bueno con ella, distinguido, muy diferente de los brutos borrachines que la rondan en el barrio.

Don Pedro la acompaña a la boda de su hermana. Se niega a aparecer en las fotos de familia pero baila de buen grado con la joven, pegado a su cuerpo grácil, hasta inhalar su aliento con efluvios de limón verde y cachaza. Mengele aduce un malestar, un dolor súbito y punzadas en una pierna para que ella lo acompañe a su casa.

Elsa masajea el cuerpo reseco de don Pedro. Le duele el muslo derecho. Cuando la cándida pega ahí la mano con apuro, Mengele la dirige hacia su sexo. Elsa protesta, «por las formas», piensa él apretándole la muñeca. Elsa obedece, siempre ansiosa de contentar

a don Pedro, y comienza a rozarle el pene, a acariciarlo con delicadeza, a agitarlo con más energía, pero no crece, por el contrario se encoge como un caracol, Mengele insiste, «despacio», «más deprisa», pero no se empalma. Un desastre. La asistente le acaricia el pelo y lo acuna como al hijo que no tiene: sí, consiente en dormir en la cama de don Pedro esta noche.

A la mañana siguiente, propone a Elsa que se instale en su casa. Ella se niega —«Eso estaría feo, don Pedro, ¿qué dirían los vecinos, y mi madre? Somos una familia pobre pero respetable»—. O sí, pero con una condición, que se case con ella.

74

«No, imposible, imposible», balbuce Mengele desamparado, prorrumpiendo en sollozos. Le gustaría, oh, adoraría que esa mujer dulce y atenta se convirtiera en su esposa y compartiera sus últimos años, pero no puede explicarle que le aterroriza presentar la «auténtica» falsa documentación de Gerhard al funcionario del registro civil del municipio de Eldorado. Elsa, también deshecha en llanto, se santigua tres veces y oculta la cara entre las manos. Si don Pedro no tiene nada más que decir ni se digna darle una explicación, se marchará, ella no es una puta. Don Pedro es un hombre valioso pero tendrá que buscarse otra criada.

El viejo nazi no dejará marchar a su última aliada. Va a ver a su madre, le jura que le subirá la paga a Elsa y le ofrecerá la mejor de las vidas, se hinca de rodillas juntando las manos ante su pecho sofocado: le suplica que convenza a su hija para que siga trabajando en su casa. «Entonces cátese con ella». ¡Malditas convenciones! ¡Jodido catolicismo! Mengele está desesperado. Las atosiga, se pasea delante de su chabola, les manda flores, solloza,

implora, gime. Lo cierto es que don Pedro es un anciano raro. La madre le dice a la hija que él ha perdido la cabeza y le aconseja que mantenga las distancias. En octubre de 1978, Elsa anuncia a Mengele que va a casarse y que tiene que dejarla en paz. Él se desmorona, la insta a renunciar, ningún hombre se ocupará de ella tan bien como él, pero la muchacha no quiere saber nada. «Entonces, poco me queda de vida», murmura don Pedro.

La marcha de Elsa es el golpe de gracia.

La precaria salud de Mengele se deteriora rápidamente, pese a la llegada de una nueva criada, Inez, que se muda a una cabaña al fondo del jardín. Urticaria, herpes y dolencias hepáticas, su cuerpo lo abandona. Ha perdido el apetito y adelgaza a ojos vistas, su vida carece de sentido, su soledad es una tortura, ha perdido todos los combates, escribe a Sedlmeier, y puesto que todo el mundo lo abandona, esta vez está dispuesto a suicidarse. Sus noches son atroces, devoradas por angustias que le oprimen la caja torácica, dolores punzantes, como si fuera a ahogarse. De rodillas, con los ojos cerrados, pronuncia antes de acostarse la oración en latín que le recitaba su padre para sosegarlo: *procul recedant somnia, et noctium phantasmata*, aléjense de nosotros los sueños y las quimeras de la noche. Pero no hay nada que salve su alma y calme sus trastornos. Mengele ya no duerme. Como un niño, le pide a Inez que deje la luz de la sala encendida y sale a darle las buenas noches a su cabaña, si quisiera dormir con él, bueno, podría descansar unas horas. A ratos oye voces y deambula de noche por la casa como un sonámbulo en busca de sus fantasmas. La demencia lo ronda. De día, se da con los muebles y farfulla solo, Rolf, Irene, papá. No se ve con fuerzas para celebrar la Nochebuena en casa de los Bossert. Cuando Musikus pasa la mañana del 25 para traerle restos de carne y una porción del pastel, se lo encuentra lívido, en medio de un charco de orina y excrementos. En la mesita de noche, una caja de supositorios, recortes de uñas, una tarjeta de felicitación. Sedlmeier le desea un feliz año 1979 y le anuncia que

es abuelo desde hace unos meses. Rolf no le ha informado del nacimiento de su hijo.

En enero, la canícula golpea el estado de São Paulo. Bossert propone a Mengele abandonar su sauna e ir a refrescarse a orillas del océano, en su casa de verano de Bertioga: los niños se alegrarán de ver a su tío. Al amanecer del 7 de febrero de 1979, Mengele toma un autobús con destino al puerto de Santos. Musikus lo recoge en la estación de autobuses, postrado y de un humor de perros, tan cansado que no almuerza y se encierra en su habitación para echarse la siesta.

Mengele sueña. Por primera vez desde hace un montón de tiempo, Mengele sueña.

75

Un bosque perdido en la bruma, oscuras campiñas, llantos y suspiros, idiomas diversos, horribles jerigonzas. Multitudes de niños, mujeres y hombres desnudos, acosados por las moscas y las avispas, son escoltados por demonios negros. Entre los presos, Eichmann, Rudel, Gitta y Geza Stammer, Von Verschuer, el genetista sin escrúpulos, y todo el clan de Günzburg, la santa familia reunida, padre, madre, hermanos, esposas, hijos y sobrinos empujan cada uno una mole de granito mientras se insultan. Se está preparando una inmensa hoguera. Machos cabríos y simios acarrearán carretas cargadas de leña, una orquesta afina los instrumentos. Encaramada a un estrado, con los brazos alzados hacia las estrellas y las nubes que amenazan nieve, una bruja desgredada arenga al cortejo. Es víspera de Carnaval y la diosa Germania va a ser sometida a suplicio.

«¡Mengele!», vociferan dos voces rotas, «¡Mengele!». Se vuelve: dos hombres harapientos lo encañonan. Reconoce de inmediato al padre y al hijo a quienes hizo hervir en Auschwitz, el jorobado y el cojo, aquellos judíos modestos de Lodz. Se adelantan y pegan la pistola a la sien del viejo médico en bata inmaculada. Mengele se estremece, se arrodilla, suplica. El jorobado suelta una carcajada y el cojo silba entre dientes un aria de *Tosca*.

76

Se despierta exhausto y bañado en sudor, el corazón palpitante, y tiembla de pies a cabeza porque presiente que llega al final de su macabro viaje, ese 7 de febrero de 1979.

Pese a sus dolores de espalda, acierta a levantarse, se embute el traje de baño, se viste y sale, sin beber ni comer nada. Alcanza la playa situada más abajo de la casa de verano. Bossert lo llama con la mano. ¿Le apetece tumbarse bajo la sombrilla? ¿Un vaso de limonada, un buñuelo de bacalao? Mengele le propone, en vez de eso, caminar a lo largo de la orilla. Cabeza y torso desnudos, avanza atontado por la luz cegadora, sin prestar atención a la charla anodina de Bossert. Se ha quedado sin aliento y le da vueltas la cabeza; tiene que sentarse en una roca. Silencio. Flotando en el aire, gritos de niños, un vuelo de aves, el oleaje y el viento salado de altamar, ardiente, que levanta llamaradas de arena amarilla. Y de súbito Mengele empieza a hablar, confusamente, de escombros, de sus parientes y de Günzburg, mirando el horizonte. Sueña con regresar y acabar allí sus días, le dice a Bossert. Se muere de calor y de sed.

Se muere, sencillamente. Entonces, impulsado por una fuerza oscura, entra solo en el agua turquesa, cabeza abajo, y flota, no

siente ya su cuerpo dolorido ni sus órganos degradados, llevado por la corriente que lo arrastra hacia altamar y las grandes profundidades, cuando bruscamente su nuca se agarrota, sus mandíbulas se cierran, sus miembros y su vida se paralizan, Mengele sufre estertores, dos gaviotas agitan las alas y planean gritando gozosas, Mengele se ahoga. Aún respira mientras Bossert lucha contra las olas para llevarlo a la playa, pero lo que extrae del mar es su cadáver.

«¡Ha muerto el tío Pedro!», exclaman Liselotte y los niños. El tío Pedro ha muerto en la inmensidad del océano, bajo el sol de Brasil, furtivamente, sin haber tenido que enfrentarse a la justicia de los hombres ni a sus víctimas por sus nefandos crímenes.

Al día siguiente, Mengele es inhumado con su falsa identidad en Embu. Bossert, hospitalizado, no acude al entierro. Solo su mujer, el director y un empleado del cementerio asisten a la inhumación de «Wolfgang Gerhard».

# **Epílogo**

## **El fantasma**

Ese 27 de enero de 1985 nieva en Auschwitz. Entre los supervivientes que han acudido a conmemorar el cuadragésimo aniversario de la liberación del campo se halla ese día un grupo de quincuagenarios y sexagenarios con deformidades, gemelos, enanos y lisiados. Secuelas del zoo humano de Mengele reclaman justicia ante las cámaras del mundo entero e instan a los gobiernos a capturar de una vez a su torturador. «Sabemos que está vivo. Debe pagar».

Desde Polonia, la mayoría de ellos vuela a Israel. El 4 de febrero da comienzo el simulacro de proceso del criminal contra la humanidad en el memorial del Holocausto de Yad Vashem, en Jerusalén. Preside el tribunal el fiscal general del proceso de Eichmann. Durante tres tardes seguidas, los cobayas de Mengele relatan el martirio que sufrieron. Una exguardiana de un bloque de gemelos gitanos lo recuerda. Tras inyectar esperma de un gemelo en las entrañas de una gemela con el fin de que la joven alumbrase a un par de criaturas, Mengele, al comprobar que no alberga más que un niño, le arrancó el bebé del útero y lo arrojó al fuego. Abrumada, una mujer dice que tuvo que asesinar a su hijita de ocho días. Mengele ordenó que le vendaran el pecho para destetar a la criatura: quería comprobar lo que duraba la vida de un lactante no alimentado. La madre oía llorar sin parar a su bebé y acabó inyectándole morfina facilitada por un médico judío. Unas mujeres cuentan que unos SS aplastaron el cráneo de lactantes vivos y describen la pared de ojos prendidos con alfileres como mariposas en el despacho de Mengele. Las declaraciones son emitidas por



Mundovisión y tienen gran difusión: antes de que finalice el proceso, el ministro de Justicia estadounidense exige la revisión completa del sumario y el arresto del criminal, presionado por el Centro Simon Wiesenthal de Los Ángeles, que acaba de hacer público un memorándum desclasificado del contraespionaje que señala que los estadounidenses tenían en su poder a Mengele en 1947. La información es errónea, pero provoca un gran escándalo: ¿dejaron escapar los estadounidenses al Ángel de la Muerte? ¿Utilizaron sus servicios como los de tantos nazis después de la guerra? La Oficina de Investigaciones Especiales creada por la administración Carter para seguir la pista de los criminales nazis en Estados Unidos coordina la investigación. Ponen a su disposición a la CIA, a la Agencia de Seguridad Nacional, al Departamento de Estado y al de Defensa, los ilimitados recursos de la superpotencia estadounidense. Dos días después, el 8 de febrero, los israelíes anuncian que reemprenden la caza y ofrecen un millón de dólares a quien les entregue a Mengele. Las recompensas por su captura alcanzan cantidades exorbitantes: el Centro Simon Wiesenthal y el *Washington Times* añaden un millón cada uno, la República Federal Alemana un millón de marcos... Cuarenta años después de finalizar la guerra, la cabeza de Mengele vale tres millones cuatrocientos mil dólares. Norteamericanos, israelíes y alemanes del Oeste se comprometen a coordinar esfuerzos y a compartir información. Periodistas y aventureros invaden Günzburg y Sudamérica; los medios de comunicación convierten en un folletín la mayor caza del hombre jamás organizada a finales del siglo XX. Pretenden cazar a un fantasma, pero de momento todo el mundo lo ignora.

La ola Holocausto acaba de estallar en Occidente. A finales de los años setenta, la serie protagonizada por Meryl Streep y James Woods ha sensibilizado a millones de hogares respecto a la aniquilación de los judíos de Europa. El impacto es inmenso, la emoción considerable, el término pasa a formar parte del lenguaje corriente, los supervivientes de los campos hablan por fin. En Alemania, la generación de los mandos y ejecutores del nazismo se

ha jubilado y puede dar comienzo una dolorosa labor de memoria oficial. En Estados Unidos, el Holocausto se convierte en un punto de referencia moral. El Congreso aprueba la construcción de un museo en Washington; le seguirán veintidós más en todo el país. Claude Lanzmann está terminando *Shoah*.

Hay que atrapar por fin al monstruo y llevar ante la justicia al «símbolo de la crueldad nazi», dice el presidente del tribunal de Yad Vashem, el fiscal general del proceso a Eichmann. Durante los últimos años ha seguido circulando información de lo más insólita, el mito se ha hinchado de nuevo, «*Herr Doktor*» permanece inaccesible. Por más que Paraguay haya revocado finalmente su ciudadanía en el verano de 1979, muchos piensan que sigue viviendo allí, protegido por los esbirros del presidente Stroessner. En mayo de 1985, Beate Klarsfeld protesta bajo las ventanas del palacio presidencial de Asunción. Simon Wiesenthal afirma que Mengele se mueve entre Chile, Bolivia y Paraguay; Israel, que se oculta en Uruguay. El *New York Post* lo ha localizado en el condado de Westchester, junto a una *yeshiva* ortodoxa, no lejos de Nueva York. Bajo el pseudónimo de Henrique Wollman, al parecer es uno de los barones del tráfico de droga entre Sudamérica y Estados Unidos y ha estado a punto de ser detenido en Miami. Al hilo del éxito de la película *Los niños del Brasil*, en la que Gregory Peck interpreta a un Josef Mengele fiel a la leyenda —jefe de una conspiración neonazi, ha clonado a noventa y cuatro pequeños Adolf Hitler con el fin de construir un Cuarto Reich—, un bulo sostiene que se oculta tras la proliferación de gemelos rubios en Cândido Godói, una aldea del sur de Brasil.

En Günzburg, los primos Karl-Heinz y Dieter están preocupados. La tormenta mediática y judicial amenaza la empresa, unos periodistas rondan ante la fábrica y su domicilio, las recompensas ofrecidas podrían soltar las lenguas de sus codiciosos cómplices sudamericanos. Su pacto de silencio dura ya seis años. Tras la muerte de su padre, Rolf retornó a Brasil para recoger sus efectos personales, su correspondencia y sus cuadernos. Remuneró generosamente a los Bossert por sus leales servicios y les regaló la mitad de la casa de Eldorado. Asignó la otra mitad a los Stammer, que se apresuraron a vendérsela a los Bossert. Ambas familias juraron no divulgar nunca el secreto de la muerte de Pedro. El clan de Günzburg cerró filas y no hizo tampoco ninguna declaración; el anuncio habría suscitado preguntas engorrosas, la revelación del apoyo indefectible al fugitivo y una publicidad indeseable para la multinacional. Los Mengele disfrutaron viendo los vanos esfuerzos de los supervivientes, de los gobiernos y de los cazadores de nazis por capturar al fugitivo. Rolf, fiel a sus contradicciones, calló por consideración a los aliados de su padre. Aunque detestaba a sus primos, esperó como ellos que no se descubrieran los restos y que el tiempo sepultara a Mengele. Los testigos comprometedores desaparecen uno tras otro, Gerhard hace tiempo, Rudel y Krug en 1982.

Pero, a finales del invierno de 1985, los Mengele se ven obligados a cambiar de táctica. La presión es demasiado fuerte, algunos artículos incriminan a la empresa, de la que se sospecha que alimenta la cuenta en Suiza del criminal fugado. En marzo, Dieter concede una entrevista a una gran cadena de televisión estadounidense. Desmiente cualquier tipo de contacto con su tío desde su huida a Argentina, minimiza sus crímenes y supone que está muerto —«los hombres mueren jóvenes en la familia»—, Mengele contaría setenta y cuatro años. Que no se equivoquen, no dispone de información alguna. Su declaración no hace sino alimentar más especulaciones: no cabe duda de que Mengele está vivo, su sobrino trapacea; ahora que todos los servicios secretos y

policías le pisan los talones, deben intensificarse las investigaciones. Rolf está furioso con Dieter, que no le había advertido de su intervención televisada. A finales de marzo, los tres primos se reúnen en Günzburg. Dieter propone desenterrar los huesos en el cementerio de Embu, llevarlos a Alemania y depositarlos ante la puerta del fiscal encargado de la captura con una nota anónima: «Aquí están los restos de Josef Mengele». Rolf se niega. Defiende el silencio absoluto. Con un poco de suerte, el esqueleto no se encontrará nunca.

Pero la suerte da un vuelco. En otoño de 1984, el fiel Sedlmeier ha hecho sin querer unas confidencias durante una cena en la Selva Negra, donde el recién jubilado y su mujer estaban de vacaciones. Una velada simpática, regada con mucho alcohol, y el agente del diablo ha fallado: le ha contado a un amigo que no dejó nunca de mandarle dinero a Mengele. El hombre ha hablado con la policía, que dispone ahora de un mandamiento judicial: el 10 de marzo de 1985, en Fráncfort, el fiscal alemán informa a sus colegas estadounidenses e israelíes de la inminencia de un registro en casa de Sedlmeier. En esta ocasión mantendrán al margen a la policía de Günzburg, que no podrá avisar al interesado.

A finales de mes, los policías entran en la lujosa villa de Sedlmeier. En el guardarropa de su mujer, encuentran y se incautan de una agenda de direcciones y de números de teléfono codificados, cartas fotocopiadas de Mengele, de los Bossert y de los Stammer. Una de las cartas de Bossert anuncia la muerte del tío. Sedlmeier se niega a colaborar, es condenado a arresto domiciliario hasta que la policía descifre la agenda. Esta conduce a Brasil; alertada, la policía de São Paulo vigila durante cuatro días, las veinticuatro horas del día, las idas y venidas de los Bossert y de los Stammer. Ni rastro de Mengele. Al final, al amanecer del 5 de junio, entra en casa de los Bossert.

Vestigios, objetos y fotos recientes del viejo del bigote hallados en una cómoda confirman los vínculos de la familia con Mengele. Los Bossert no tardan en cantar de plano: Mengele está muerto y

enterrado en el cementerio de Embu con el nombre de Wolfgang Gerhard. Al día siguiente, Gitta Stammer se muestra más dura de pelar: sí, reconoce al hombre de la foto, es Peter Hochbichler, el suizo que dirigió las granjas del matrimonio durante mucho tiempo, se lo presentó Gerhard. No conoce a Josef Mengele. Geza no es interrogado, está en un crucero por Asia.

Ese mismo día, al otro lado del mundo, la información sensacionalista salta a la prensa: a cinco columnas en primera plana, el diario *Die Welt* anuncia que ha aparecido el cadáver de Mengele en Brasil. El 6, un tropel de cámaras, fotógrafos y micrófonos rodea a la policía y a los Bossert, que han acudido a exhumar el cadáver de Gerhard en el cementerio de Embu. Cavan, izan el ataúd, revientan la tapa y aparece por fin el esqueleto. El director del laboratorio de la policía científica de São Paulo muestra el cráneo como si exhumara el fósil de un reptil mítico buscado desde hace siglos, el auténtico rostro del monstruo, de color barro, plagado de gusanos, una vanidad, el triunfo de la muerte.

Los mejores forenses acuden a Brasil para identificar los restos. Los israelíes y los Klarsfeld se muestran escépticos. ¿Por qué ha guardado silencio la familia durante seis años? ¿Por qué se han complicado tanto la vida? ¿Y por qué ahora? A todas luces es una nueva pantalla de humo con el fin de que Mengele pueda disfrutar apaciblemente de sus últimos años. Tampoco Wiesenthal da crédito al descubrimiento, es la séptima vez que el criminal muere: fallecido una vez en el frente ruso, dos veces en Paraguay, una vez en Brasil, otra en Bolivia, e incluso en Portugal, donde se dijo que se había suicidado recientemente.

Entretanto, los expertos fijan el grupo sanguíneo del esqueleto, arrancan un cabello, pelos del bigote, una huella dactilar, miden los huesos y el hueco entre los incisivos superiores, examinan las vértebras, los fémures, un agujero en la mejilla y la prominencia de la frente, superponen fotos de Mengele joven y viejo, consultan su hoja de servicios en las SS, donde se menciona una fractura de la pelvis a resultas de un accidente de moto en Auschwitz. Rolf decide

romper el silencio. En un principio se plantea vender al semanario *Stern* cartas, carnés y fotos de su padre que tomó durante su viaje a Brasil, pero al final los cede gratuitamente a *Bunte*, una revista ilustrada de gran tirada. Los beneficios irán a parar a asociaciones de supervivientes de los campos de concentración. En la portada del 18 de junio, los alemanes del Oeste descubren a un Mengele surcado de arrugas, en camisa de grandes solapas y tocado con un sombrero de paja. Un dossier especial revela que su familia sabía dónde se ocultaba y lo ayudó económicamente hasta el final. Rolf confirma, en un breve comunicado, que su padre murió en Brasil en 1979 y manifiesta su profunda simpatía por las víctimas y sus allegados. No reveló el fallecimiento por consideración a las personas que ayudaron a su padre. No dice una palabra de sus tropelías; Dieter, Karl-Heinz y Sedlmeier se parapetan en el silencio.

El 21 de junio, la policía convoca a la prensa en su cuartel general de São Paulo. Con una certeza científica razonable, los forenses han identificado el esqueleto descubierto en Embu como perteneciente a Josef Mengele.

79

En 1992, unos análisis de ADN confirmarían la opinión de los expertos.

Ese mismo año, Alemania, Israel y Estados Unidos archivan definitivamente el expediente Mengele.

Sus restos son almacenados en un armario de la policía científica de São Paulo. La familia no los reclama. Mengele se verá privado de sepultura.

Dieter, Karl-Heinz y Sedlmeier nunca fueron procesados, tampoco Rolf. En Alemania, el delito de amparo a un criminal en

busca y captura prescribe a los cinco años.

La empresa Mengele Agrartechnik se vino abajo tras las revelaciones de junio de 1985. En 1991 solo contaba con seiscientos cincuenta asalariados, la mitad que seis años atrás. Fue vendida aquel año. La marca desapareció definitivamente en 2011.

Dieter y Karl-Heinz crearon en 2009 una fundación dedicada a ayudar a los menesterosos de Günzburg y destinada a devolver un poco de lustre al patronímico «asociado a cosas negativas estos últimos años», declaró Dieter al *Augsburger Allgemeine*.

Los cuadernos y diarios de exilio de Josef Mengele fueron subastados en Estados Unidos por doscientos cuarenta y cinco mil dólares en 2011. El vendedor y el comprador permanecieron en el anonimato.

Rolf Mengele vive y trabaja de abogado en Múnich. Ha cambiado su apellido por el de su mujer.

En una entrevista a un periódico israelí en 2008, pidió al pueblo judío que no lo odiara por los crímenes que había perpetrado su padre.

80

Los huesos de Mengele fueron legados a la medicina brasileña en marzo de 2016.

81

Con sus restos abandonados a las manipulaciones de los médicos aprendices de la Universidad de São Paulo: así concluye la fuga de Josef Mengele, más de setenta años después de finalizar la guerra que aniquiló a un continente culto y cosmopolita, Europa. Mengele o la historia de un hombre sin escrúpulos y alma acerrojada, impregnada de una ideología venenosa en una sociedad desquiciada por la irrupción de la modernidad. A esa ideología le cuesta poco seducir al joven médico ambicioso, embaucarlo con sus mediocres inclinaciones, la vanidad, la envidia, el dinero, hasta inducirlo a cometer crímenes abyectos y a justificarlos. Cada dos o tres generaciones, cuando se agosta la memoria y desaparecen los últimos testigos de las masacres anteriores, la razón se eclipsa y otros hombres vuelven a propagar el mal.

Aléjense de nosotros los sueños y las quimeras de la noche.

Desconfianza, el hombre es una criatura maleable, hay que desconfiar de los hombres.



## Fuentes y bibliografía

Este libro relata la historia de Josef Mengele en Sudamérica. Algunas sombras nunca se aclararán. Solo la forma novelesca me permitía acercarme en la medida de lo posible a la macabra trayectoria del médico nazi.

Para preparar este libro, viajé a Günzburg, a Argentina y a Brasil, donde di, entre otras cosas, con la granja Santa Luzia, en las cercanías de Serra Negra.

Entre las numerosas obras estudiadas, algunas resultaron fundamentales para la preparación de este libro. La de Miklós Nyiszli, *Fui asistente del doctor Mengele* (Frap-Books, 2011), para empezar. Citaría las obras de Ulrich Völklein, *Josef Mengele, der Arzt von Auschwitz* (Steidl, 2003); de Gerald Astor, *El último nazi* (Ediciones B, 2006), y de Sven Keller, *Günzburg und der Fall Josef Mengele* (Oldenbourg, 2003). *Mengele: el médico de los experimentos de Hitler*, de Gerald L. Posner y John Ware (La Esfera de los Libros, 2002), es una inigualable mina de información y hasta la fecha, a mi parecer, la mejor biografía de Mengele. En la década de 1980, Posner y Ware tuvieron acceso a los diarios más íntimos del médico fugado. Con respecto a la Argentina de Perón y a su política de acogida a los criminales de guerra nazis, *La auténtica Odessa*, de Uki Goñi (Ariel Argentina, 2017), y *Eichmann Before Jerusalem*, de Bettina Stangneth (The Bodley Head, 2014; ed. castellano: *Adolf Eichmann. Historia de un asesino de masas*, Edhasa, 2014), son libros imprescindibles. *La Loi du sang*

(Gallimard, 2014), de Johann Chapoutot, me resultó muy valioso para captar la visión del mundo nazi.

Hannah Arendt, *Responsabilidad y juicio* (Paidós Ibérica, 2016)

Gerald Astor, *Mengele. El último nazi* (Ediciones B, 2006)

Michel Bar-Zohar, *The Avengers* (Hawthorn Books, 1967)

Neal Bascomb, *A la caza de Eichmann* (Debate, 2012)

Carmen Bernand, *Historia de Buenos Aires* (Fondo de Cultura Económica, 2005)

—, *Buenos Aires 1880-1936. Un mythe des confins* (Autrement, 2001)

Laurence Bertrand Dorleac, *Contre-déclin* (Gallimard, 2012)

Laurent Binet, *HHhH* (Seix Barral, 2011)

Esteban Buch, *El pintor de la Suiza argentina* (Editorial Sudamericana, 1991)

Jorge Camarasa, *Mengele* (Norma, 2008)

Johann Chapoutot, *La Loi du sang* (Gallimard, 2014)

Bruce Chatwin, *En la Patagonia* (Península, 2014)

Jean Clair, *La barbarie ordinaria. Music en Dachau* (Antonio Machado, 2008)

—, *Hubris* (Gallimard, 2012)

Eckart Conze, Norbert Frei, Peter Hayes, Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit* (Blessing, 2010)

Tania Crasnianski, *Hijos de nazis* (La Esfera de los Libros, 2017)

Michel Cymes, *Hippocrate aux enfers* (Stock, 2015)

Erri De Luca, *El crimen del soldado* (Seix Barral, 2013)

Eric Deshayes, *Au-delà du rock, la vague planante électronique et expérimentale allemande des années 70* (Le Mot et le Reste, 2007)

—, *Kraftwerk* (Le Mot et le Reste, 2014)

Otto Dix, *La Guerre* (Gallimard, 2015)

Tomas Eloy Martínez, *La novela de Perón* (Alfaguara, 2003)

—, *Santa Evita* (Punto de Lectura, 2006)

Reiner Engelmann, *Der Fotograf von Auschwitz* (Random House, 2015)

Federico Finchelstein, *Fascismo transatlántico* (Fondo de Cultura Económica, 2010)

László F. Földényi, *Melancolía* (Galaxia Gutenberg, 2008)

Elise Fontenaille-N'Diaye, *Blue Book* (Calmann-Levy, 2015)

Norbert Frei, *Adenauer's Germany and the Nazi Past* (Columbia University Press, 2002)

Witold Gombrowicz, *Transatlántico* (Seix Barral, 2004)

—, *Peregrinaciones argentinas* (Alianza Editorial, 1987)

Uki Goñi, *La auténtica Odessa. La fuga nazi a la Argentina de Perón* (Paidós Ibérica, 2002)

Graham Greene, *Viajes con mi tía* (Quinteto Bolsillo, 2010)

Vassili Grossman, *Años de guerra* (Galaxia Gutenberg, 2009)

Olivier Guez, *L'Impossible Retour, une histoire des juifs en Allemagne depuis 1945* (Flammarion, 2007)

Lise Haddad, Jean-Marc Dreyfus, *Une médecine de mort* (Vendémiaire, 2014)

Donald C. Hodges, *Argentina's «Dirty War»* (University of Texas, 1991)

Christian Ingrao, *La Promesse de l'Est* (Le Seuil, 2016)

Jean-Paul Kauffmann, *La Chambre noire de Longwood* (La Table Ronde, 1997)

Sven Keller, *Günzburg und der Fall Josef Mengele* (Oldenbourg, 2003)

Philip Kerr, *Una llama misteriosa* (RBA Libros, 2009)

Ian Kershaw, *Descenso a los infiernos: Europa, 1914-1949* (Crítica, 2016)

Imre Kertész, *Kaddish por el hijo no nacido* (Acantilado, 2007)

Beate y Serge Klarsfeld, *Mémoires* (Fayard/Flammarion, 2015)

Alexandra Laignel-Lavastine, *Esprits d'Europe* (Calmann-Levy, 2005)

Hermann Langbein, *Hommes et femmes à Auschwitz* (Tallandier, 2011)

Alan Levy, *Nazi Hunter. The Wiesenthal File* (Constable & Robinson Ltd, 2002)

Herbert Lieberman, *El clima del infierno* (Júcar, 1989)

Albert Londres, *El camino de Buenos Aires: la trata de blancas* (Libros del Zorzal, 2008)

Ben Macintyre, *Forgotten Fatherland* (Macmillan, 1992)

Gabriel Miremont, *La estética del peronismo, 1945-1955* (Ediciones del Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón, 2013)

Miklós Molnar, *Histoire de la Hongrie* (Perrin, 2004)

Paul Morand, *Argentine Air Indien* (La Revue des Deux Mondes, 1932) / *Aire indio: visiones americanas* (Zig-Zag, 1932)

Peter Novick, *Judíos, ¿vergüenza o victimismo?* (Marcial Pons, 2007)

Miklós Nyiszli, *Fui asistente del doctor Mengele* (Frap-Books, 2011)

Alan Pauls, *El factor Borges* (Anagrama, 2006)

Gerald L. Posner, John Ware, *Mengele. El médico de los experimentos de Hitler* (La Esfera de los Libros, 2005)

Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* (Acantilado, 1999)

David Rock, *Argentina 1516-1987* (Alianza Editorial, 1989)

Alain Rouquie, *América Latina. Introducción al extremo occidente* (Siglo XXI, 1989)

Ernesto Sábato, *El túnel* (Seix-Barral, 2001)

W. G. Sebald, *Austerlitz* (Anagrama, 2006)

Tom Segev, *Simon Wiesenthal* (Liana Levi, 2010)

Gitta Sereny, *Desde aquella oscuridad* (Edhasa, 2009)

Thomas E. Skidmore, Peter H. Smith, *Historia contemporánea de América Latina* (Crítica, 1999)

Timothy Snyder, *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin* (Galaxia Gutenberg, 2011)

Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente* (Espasa, 2011)

Daniel Stahl, *Nazi-Jagd* (Wallstein, 2013)

Bettina Stangneth, *Adolf Eichmann. Historia de un asesino de masas* (Edhasa, 2014)

Gerald Steinacher, *Nazis auf der Flucht* (Fischer, 2010) / *Les Nazis en fuite* (Perrin, 2015)

Ronen Steinke, *Fritz Bauer oder Auschwitz vor Gericht* (Piper, 2013)

William Styron, *Esa visible oscuridad* (Belaqua, 2009)  
Abram de Swaan, *Dividir para matar* (Semana Libros, 2016)  
Gordon Thomas, *Mossad: la historia secreta* (Javier Vergara, 2000)  
Ulrich Volklein, *Josef Mengele, der Arzt von Auschwitz* (Steidl, 2003)  
Rodolfo Walsh, *Operación masacre* (451 Editores, 2008)  
Guy Walters, *Hunting Evil* (Transworld Publishers Ltd, 2009) / *La Traque du mal* (Flammarion, 2010)  
Peter Watson, *The German Genius* (Simon & Schuster, 2010)  
Paul Weindling, *L'Hygiène de la race* (La Decouverte, 1998)  
Simon Wiesenthal, *Los asesinos entre nosotros: memorias* (Noguer, 1967)  
—, *Justicia, no venganza* (Ediciones B, 1990)

[Las citas de los capítulos 40 y 41 proceden de la obra *Fui asistente del doctor Mengele*, de Miklós Nyiszli].

## **Agradecimientos**

A Juliette Joste, Christophe Bataille y Olivier Nora, Marion Naccache, Juan Alberto Schulz, Uki Goñi, Sébastien Le Fol, Lars Kraume, Léa Salamé, Sylvie y Gilles Guez, Danièle Hirsch.

A Annabelle Hirsch. Annabelle.